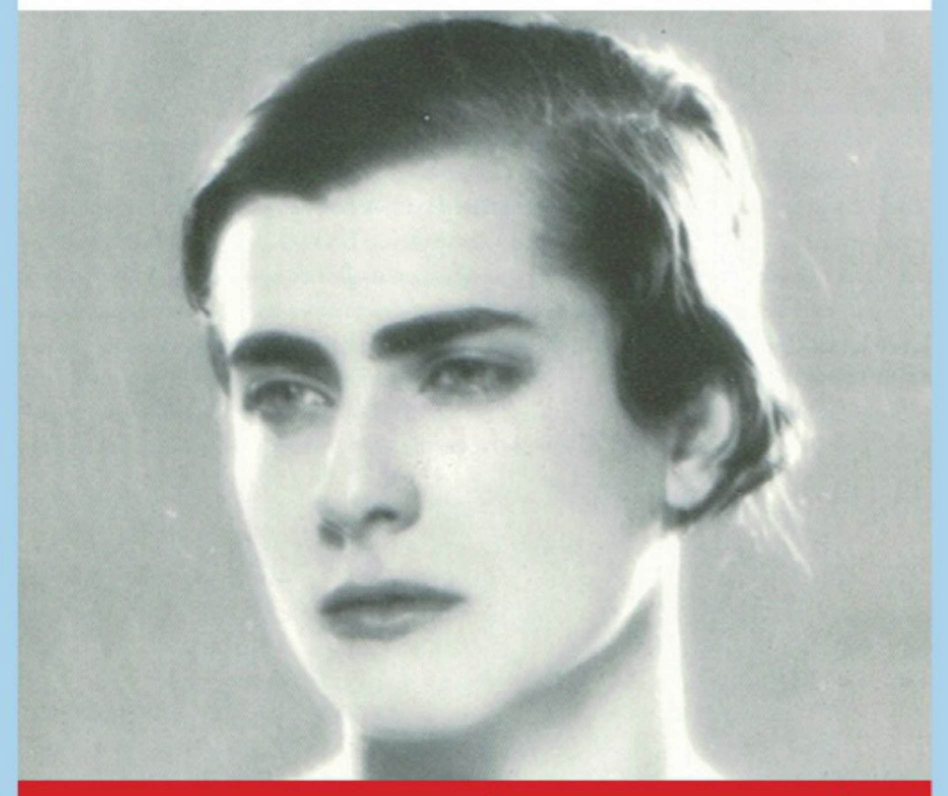
MARGA CLARK

Amarga luz



3.ª EDICIÓN

La tragedia amorosa entre la escultora Marga Gil Roësset y el poeta Juan Ramón Jiménez

Annotation

En su constante y profunda búsqueda del pasado, Marga Clark realiza un apasionado y lírico recorrido por sus recuerdos familiares. En este testimonio novelado, narrado en primera persona, la autora establece un diálogo interior con la misteriosa figura de su tía, la genial escultora y niña prodigio, Marga Gil Roësset, cuyo brillante futuro se vio truncado por la tragedia de un amor no correspondido hacia el poeta Juan Ramón Jiménez. El diario íntimo, las tres cartas de despedida que la artista nos dejó el mismo día de su muerte, la destrucción de sus esculturas y su trágico final en 1932, con sólo 24 años, marcan la culminación de una de las historias artísticas más románticas y desconocidas del siglo XX. Amarga luz no sólo es importante por el descubrimiento de una artista cuya breve existencia nos privó de un genio y de un talento tan extraordinario, sino también porque simboliza la liberación de un espíritu romántico y sensible que agonizaba en la sombría tumba del olvido.

MARGA CLARK

Amarga luz

Editorial Funambulista

Sinopsis

En su constante y profunda búsqueda del pasado, Marga Clark realiza un apasionado y lírico recorrido por sus recuerdos familiares. En este testimonio novelado, narrado en primera persona, la autora establece un diálogo interior con la misteriosa figura de su tía, la genial escultora y niña prodigio, Marga Gil Roësset, cuyo brillante futuro se vio truncado por la tragedia de un amor no correspondido hacia el poeta Juan Ramón Jiménez. El diario íntimo, las tres cartas de despedida que la artista nos dejó el mismo día de su muerte, la destrucción de sus esculturas y su trágico final en 1932, con sólo 24 años, marcan la culminación de una de las historias artísticas más románticas y desconocidas del siglo XX. Amarga luz no sólo es importante por el descubrimiento de una artista cuya breve existencia nos privó de un genio y de un talento tan extraordinario, sino también porque simboliza la liberación de un espíritu romántico y sensible que agonizaba en la sombría tumba del olvido.

ISBN: 9788496601963
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Silicon, 12/01/2025

Marga Clark

Amarga luz

MARGA CLARK 2011

Editorial Funambulista. 2011
ISBN. 978-84-96601-96-3

A mi tía Marga Gil Roésset,
por despertarme con su luz

NOTA DE LA AUTORA

ANTES de que el lector se sumerja en la lectura de estas páginas, convendría subrayar que esta narración es un testimonio novelado. Como muchos escritores han hecho en determinados momentos de sus vidas, he recurrido al baúl de mis recuerdos y he liberado a unos personajes reales de mi pasado, coloreados a veces por mi imaginación, para revivir unas experiencias volviendo a un tiempo y a unos escenarios, que mis ojos de niña —aún muy presentes— contemplan desde lejos con la desenfocada mirada del recuerdo.

Pero, ¿qué es ficticio y qué es real? —pregunta especialmente vana en mi caso, ya que siempre he tratado de inventar mi realidad—. O lo que es más importante, ¿qué es la verdad y por qué la buscamos tan insistentemente? Esto es un tema tan personal que me es literalmente imposible diferenciar la verdad de «mi verdad», sobre todo cuando ésta se encuentra tan alterada por su propia autora. ¿Recordamos de nuestras vidas lo que hemos vivido o lo que realmente nos hubiera gustado vivir? ¿Nos engañamos a nosotros mismos por vicio, o por necesidad? Me gustaría que el lector fuera consciente de que mi verdad se encuentra, a veces, sutilmente maquillada, y otras, inadvertidamente transformada. Pero no dejará de ser una verdad: la que ha sobrevivido en mi mente y mi corazón a través de todos estos años.

También conviene advertir que en esta novela, el orden cronológico de algunos hechos han sido alterados por exigencias narrativas. Las fotos, el diario que dejó la tía Marga —escrito sólo días antes de su muerte—, las tres cartas de despedida a Zenobia Camprubí, su madre y su hermana, junto con la carta de despedida que dejó mi tío Enrique, también antes de morir, son los documentos testimoniales de esta novela. Y por último, recordar que ficción y realidad caminan armónicamente cogidas de la mano a través de esta historia familiar.

Existen familiares del pasado, no muy lejano, que por haber sido imaginados y nunca realmente conocidos, mantienen un halo misterioso y permanecen intactos e inalterables en los desvanes de la memoria. Estos son precisamente los personajes más verdaderos.

Mi tía Marga Gil Roésset es uno de estos personajes que, por su trágica desaparición y su inexplicable e injusta condena al olvido, ha permanecido más fiel en mi recuerdo. En mi familia no se hablaba mucho sobre Marga. Yo sólo sabía que era hermana de mi padre, que me llamaban como a ella, y que había muerto muy joven. Sus dibujos y esculturas —de madera, piedra y granito— eran para mí las pruebas

más contundentes de su espíritu sensible y romántico y, sobre todo, de su genial talento creativo. No me cabe la menor duda de que su obra, dramática y desgarradora, despertó mi interés y curiosidad hacia ese mundo mágico, y a veces pedregoso, de la creación. Cuando la abuela Margot enseñó al maestro Victorio Macho las obras de la tía Marga, éste le sugirió que no permitiera que su hija estudiara con nadie y que siguiera trabajando sola. El crítico de arte José Francés escribió sobre Marga en *La Esfera*, en 1929: «Se está, pues, en presencia de un artista verdadero, que no debe nada a profesores ni maestros. En ella estaba todo como un don del más allá...» «...de ahora en adelante, cuando se hable de la escultura española, hay que citar el nombre de Marga y el arte de Marga». Pero por razones ajenas a mi conocimiento, esto no fue así, y la trágica muerte de Marga también se llevó consigo su recuerdo. Una artista de la envergadura de la tía Marga quedó relegada al olvido.

Esta novela —escrita ya desde las últimas décadas en mi mente— trata de rescatar la memoria de esta genial artista y entrañable mujer, que durante casi setenta años permaneció oculta en el silencio más devastador. Pero la figura de mi tía Marga que aquí os presento, es la que inevitablemente se convirtió en una especie de voz interior con la que yo hablaba asiduamente cuando era pequeña, la que acompañaba mi soledad y nutría mi espíritu, y la que mantuve escondida en mi mundo imaginario hasta que su nombre salió a la luz. Marga Gil Roésset es el personaje más verdadero de mi historia, porque proviene directamente del más profundo de los conocimientos: la intuición.

Quisiera expresar mi agradecimiento a mi familia, en especial a mis hijos y hermanos, y a todas las personas que me han ayudado y animado en la realización de esta novela, que son pocas y sabrán reconocerse. Y por último, agregar, que esta novela no sólo es un pequeño homenaje a la memoria de todos los familiares que aquí aparecen y que ya nos han abandonado físicamente, sino también simboliza la liberación de un espíritu romántico y un talento extraordinario, como el de la escultora y niña prodigio, Marga Gil Roésset, que agonizaba en la sombría tumba del olvido.

Marga Clark
Madrid, 2010

Mi amor es infinito...
la muerte es infinita...
el mar es infinito...
la soledad infinita...
yo con ellos...

¡contigo...!
Mañana tú ya
sabes...
yo... con lo infinito...

Marga Gil Roésset
Fragmento del diario intimo
(Madrid, 1908-1932)

Tu sufrimiento, muerta tú,
se ha quedado expandido sobre mí,
como el rojo del sol,
después de puesto, por la tarde.
Sentimiento sordo, profundo,
concentrado, inmenso,
como el rojo de la puesta de sol
en un crepúsculo eterno

Juan Ramón Jiménez
Fechas de mi voz (Agosto, 1932)

I

EL CUARTO estaba abarrotado de gente. Un sudor frío me recorría el cuerpo y un nudo seco se había instalado en mi garganta. Traté de desabrochar el cuello almidonado de mi traje de Primera Comunión que se incrustaba como un hierro en mi delicada piel. Alcé con recelo y un tanto furtivamente un vaso que alguien había dejado casi vacío en un rincón de la mesa. Me atraía el color del líquido rojo intenso que contenía, y sin pensarlo dos veces me lo tragué de golpe. Mi especialidad era beberme a escondidas los restos de los vasos abandonados en las grandes fiestas que daban mis padres. Me estaba convirtiendo en toda una experta de los distintos sabores de vinos y cócteles que con tanto esmero preparaba mi padre. El problema era que una vez me mareé tanto que acabé durmiéndome en el jardín, delante de las ruedas del coche de uno de los invitados, y casi acabó todo en tragedia. Pero no nos desviemos de este gran día. Era el seis de mayo, y mi hermano y yo celebrábamos nuestra Primera Comunión. Aquella mañana me había levantado con el pie izquierdo. Mamá estaba muy nerviosa, más de lo que era habitual en ella, mientras vestía a mi hermano. Cuando llegó mi turno, entró en mi cuarto y me encontró con la cara y las manos manchadas de todos los dulces y bombones que tan sólo hacía unos minutos había estado paladeando. Al oír los histéricos chillidos de mi madre, los vecinos bajaron corriendo y tuvieron que salvarme de sus manos. Mamá me llevó a medio vestir y casi a rastras por las calles de Vitoria, donde vivíamos entonces. Mientras atravesábamos la plaza de la Virgen Blanca me empujaba y propinaba algún que otro cachete. «Pero ¿por qué has hecho esto? —me gritaba furiosa—, ¿es que no sabes que tienes que guardar veinticuatro horas de ayuno antes de comulgar?». «No, si ya lo decía yo —continuaba fuera de sí—, esta niña a los seis años todavía no tiene uso de razón». Yo corría horrorizada delante de ella intentando esquivar sus golpes con mis manos, mientras me preguntaba qué quería decir eso de tener «uso de razón», pues si yo no lo tenía, ella me parecía a mí que tampoco. Cuando por fin llegamos al colegio del Pilar y mi madre le explicó toda llorosa al señor obispo mi «pequeña travesura» añadiendo, con gran dramatismo, que toda la familia y un gran número de invitados venían desde Madrid para celebrar tal acontecimiento, fui perdonada de inmediato bajo la condición de que fuera a la capilla y rezara tres avemarías. Esta corta penitencia marcó el principio de la desconfianza hacia los curas y la Iglesia Católica que ya persistiría en mí siempre, pues no podía comprender cómo un pecado mortal se podía perdonar de una forma

tan rápida y sencilla. Desde entonces, no consideré necesario comulgar en ayunas y nunca sentí el menor remordimiento por ello. En la foto que más tarde mi madre enseñaría con orgullo a sus amigas, se veían dos filas de niños perfectamente alineadas en el pasillo central de la capilla, y una niña, engalanada con su traje blanco inmaculado, al lado derecho del obispo que avanzaba lentamente por el centro. Lo que la foto no captó fue que, debido a mi imposibilidad de caminar en línea recta sosteniendo una vela encendida entre mis manos, me ladeé súbitamente hacia el centro interceptando el paso del señor obispo. Este, a su vez, se tambaleó de una forma muy poco ceremoniosa y pisó mi largo velo, el cual se desprendió de la corona de flores que lo sujetaba y cayó sobre la alfombra. Se armó un gran revuelo y desconcierto. Creo que esta vez el obispo debió de arrepentirse por haber perdonado con tanta ligereza a una niña, según él, «de carita inocente». Pero aquí no se acabaron todas mis desventuras pues a la hora de comulgar, y ante el grave problema de no poder tragarme la hostia, tuve que pactar con Jesús y decirle que lo tendría que masticar aunque trataría de no hacerle demasiado daño. Ese fue un secreto que guardé con él durante muchos años, ya que hasta que no empecé a llevar medias de seda y tacón alto no pude tragar nada más grande del tamaño de una lenteja.

Otra vez me estoy alejando del acontecimiento principal de aquel día tan importante para mí como accidentado. Volvamos a la habitación llena de gente donde, a pesar de estar viviendo mi gran día, me encontraba incómoda, cansada y aburrida. Salí a la terraza con el deseo de estar sola. Apenas llegaba con mi barbilla al borde de la baranda. Me empiné sobre ella para poder ver mejor la calle. Era estrecha y solitaria, con árboles y bancos de madera donde algunas viejas solían dormitar al sol por las mañanas. En ese preciso instante no había nadie paseando y el silencio se hacía más dramático desde mi altura de seis pisos. Por unos segundos sentí la atracción del vértigo y cerré los ojos para detener el mareo. Unas manos grandes me sujetaron con fuerza por la cintura. Los ojos marrones de mi padre me contemplaban serenos desde lo alto. Me oprimió contra su pecho en silencio, y rodeándome con sus brazos nos apoyamos sobre la balaustrada de madera mirando hacia abajo ensimismados. Eran esos momentos mágicos los que me hacían querer más a mi padre, pero ese día rompí yo la magia con una pregunta inesperada: «¿Es verdad, papá, que si me tiro ahora abajo iré derecha al cielo?». Los ojos de mi padre se achicaron peligrosamente mientras sentía la palma de su mano como una quemazón en la mejilla. Le miré asombrada, era la primera vez que me pegaba y más que miedo sentí vergüenza. «¡No vuelvas a decir una tontería semejante nunca más!, ¿me oyes?... ¡nunca más!», y zarandeaba mi sorprendido cuerpo con violencia.

Sostuve impasible su mirada extraviada, sus ojos terribles y despiadados. Era como si un extraño me mirara. No sé por qué en ese instante le vi tan desesperado que me dio pena y, en vez de llorar, le abracé con fuerza para no ver más esa expresión de locura inquietante y desconocida. Sentí un frío inmenso, pero sólo por un instante; sus manos acariciaban mi pelo mientras repetía bajito: «¡Nunca más, mi pequeña, nunca más!...». Entonces no sabía que su voz encerraba un secreto. Ahora soy consciente de que aquélla fue la primera vez que entré en contacto directo con el fantasma escondido de la tía Marga.

II

YO TAMBIÉN me llamo Marga, y llevo mi nombre con orgullo. Me costó mucho de pequeña imponerlo entre todos los demás nombres ridículos que me atribuían. Margarita me sonaba cursi; Margot, demasiado francés (mi abuela paterna era de origen francés); Tirina, más propio del zoológico y Tito, casi una ofensa. Marga era para mí el nombre perfecto. Me gustaba su sonido claro, conciso, rotundo, directo, sobrio y decidido. Sin embargo, las monjas de mi colegio no pensaban igual, y me martirizaban todos los días con el interminable y dulzón soniquete de Margarita. Siempre he pensado que el nombre tiene que ver con la esencia de la persona. Es como la llave que abre el caparazón agreste y solitario donde nos escondemos todos. Por eso es primordial que uno mismo elija el suyo propio y no se lo impongan, sobre todo cuando aún no puede decidir el interesado. Hay muchas personas que viven con nombres que no les corresponden, y si nunca se lo han cambiado es porque no se conocen y siempre vivirán como si hieran extraños consigo mismos. Por ejemplo, me acuerdo de una Angelines del colegio que era todo menos un ángel, y de una Blanca que decía muchas mentiras, además de tener siempre el pelo sucio y las manos manchadas de tinta. Pero también estaban: Pilar, siempre muy sólida; Paloma, cuya imaginación nos hacía volar a todas; Estrella, con sus ojos chispeantes; Marina, tan resalada; Angustias, siempre atormentada y sufriendo por todo. Podría seguir enumerando toda una lista, pero lo que en realidad quiero decir es que el nombre delata, cuando de verdad nos pertenece, y esto a muchos no les gusta. Por eso van por el mundo de prestado, con identidad postiza, porque si ellos mismos no se conocen, tampoco quieren que les conozcan los demás. En el colegio me entretenía rebautizando a todas las compañeras cuyos nombres, yo pensaba, no les correspondían, ganándome así la enemistad de muchas de ellas. Tengo que confesar que ésta es una práctica que todavía mantengo viva.

Una tarde de otoño en Madrid descubrí lo mucho que el nombre de Marga significaba para mí. Tenía yo diez años y ya habíamos regresado de Vitoria, cuando vi por primera vez la firma de una tal Marga grabada en una escultura grande y oscura que se erguía desafiante sobre un viejo arcén del vestíbulo. La sensación que me produjo fue de estupor. En el transcurso de mi corta vida nunca me había encontrado con otra Marga y no sabía muy bien cómo tomármelo. La dura y laboriosa elección de mi nombre me había inyectado una buena dosis de sentimiento individualista, reafirmando mi identidad de una forma tan desmesurada como para sentirme con

derecho a reclamar la exclusividad de tal nombre. ¿Quién sería esta impostora? —me preguntaba—, ¿por qué yo no sabía nada de su existencia? Miré la escultura con curiosidad, los cuerpos desnudos de un niño y una niña de edad indefinida se apoyaban el uno en el otro, desvalidos, un sentimiento todavía desconocido para mí. Me inquietó la unión de esos dos cuerpos inanimados que me trasmitían frío, hambre, desolación. Cerré los ojos para poder imaginarme mejor que estaba totalmente sola y desvalida en el mundo, que la oscuridad era mi único acompañante. Era una sensación nueva y me gustaba, pero también estaba segura de que en cuanto los abriera de nuevo, esa especie de hormigueo extraño que sentía en el estómago desaparecería al instante. Me encantaba esa escultura que me hacía sentir todas aquellas emociones y que nunca antes me había llamado la atención. Por algún tiempo mantuve oculto este hallazgo. Si nadie me había hablado de su autora y ni siquiera había oído mencionar su nombre en las conversaciones de los mayores, debía existir una razón poderosa que yo, inconscientemente, prefería ignorar por el momento. Me excitaba la idea de la existencia de otra Marga secreta en mi mundo imaginario, alguien con quien poder hablar a cualquier hora. Suponía que si ella había creado esa escultura tan enigmática y además se llamaba Marga, tenía que ser una persona muy especial.

A los pocos días de este interesante descubrimiento, entré en el despacho de mi padre con el deseo de encontrar unas cuartillas blancas. Hacía tiempo que quería escribir los cuentos que nos contaba Manuela, la chica que nos cuidaba a los tres hermanos. Eran cuentos imaginativos aunque un poco macabros, y pensé cambiar los finales para así poder usarlos en mi clase de composición. La madre Valero me repetía continuamente que tenía talento para la escritura y que, como toda buena escritora, debía apuntar en un pequeño libro de notas todo lo que se me ocurriese o despertara mi curiosidad. Años más tarde, cuando empecé a escribir con más frecuencia y seriedad, los relatos y cuentos que nos había contado Manuela fueron para mí una constante fuente de inspiración. El cuarto estaba medio oscuro. Esperé a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra antes de entrar. Todo estaba en perfecto orden. Cerré la puerta con cuidado detrás de mí. Una oportunidad como ésta, pensé, no se presentaba todos los días y tenía que aprovecharla ya que no había nadie en casa excepto Manuela, que preparaba la cena en la cocina. Me dirigí a la mesa de despacho y abrí los cajones con sumo cuidado para no hacer ruido. Me fascinaba ver la cantidad de diferentes objetos que guardaba mi padre en su cajón del centro: una brújula, un abrecartas, tres tijeras de diversos tamaños, papel celo, un cortaúñas, chinchetas, clips, sellos, tarjetas, gafas, llaves, lápices, gomas de borrar, plumas, y finalmente su magnífico tintero: ese estanque transparente, grande y

alargado, en el que tantas veces, a escondidas, había sumergido mi pluma. Lo abrí con cautela intentando no mancharme los dedos y aspiré su aroma con verdadero deleite. ¿A qué olía la tinta? No lo sabía explicar, pero su esencia me hacía sentir siempre feliz y segura, como si fuera algo muy cercano y familiar. Lo mecí con cuidado entre mis manos observando cómo la tinta negra y algo viscosa se esparcía de un lado a otro sin derramar ni una gota. Era mágico, pensé, embaucada en su hipnótico vaivén, que de ese líquido pudieran salir tantas palabras. Quizá vivieran allí todas apretujadas en esa cápsula de cristal, esperando a que alguien las liberara y les diera forma. Recordé el día no muy lejano, en el colegio, en que no habiéndome aprendido la lección de geografía, vacié medio tintero en mi boca convencida de que ese elixir mágico y oscuro llenaría mi mente con todas las palabras que me faltaban. Dejé el tintero suavemente en su sitio porque allí, en aquella mesa intimidante, todo tenía su espacio asignado, y nada se salía ni un centímetro de su límite. Pero ¿dónde estaban las cuartillas? Empecé a buscar por los cajones de los lados, había uno que debía de estar atascado porque no se abría. Empujé primero levemente para dar luego un tirón con todas mis fuerzas. Imposible, no se podía abrir. Me entró una curiosidad enorme, era el único compartimiento que papá había cerrado con llave. Me indignó pensar que pudiera ocultarnos algo, pero enseguida me vino a la mente que yo también tenía mis escondrijos, y eso me hizo sentir mejor. Por fin, en el último cajón, encontré las cuartillas: blancas, grandes, esplendorosas, sin rayas ni cuadrículas que limitaran mi imaginación. No sé por qué al tocarlas siempre me entraba un cosquilleo en el cuerpo; esa sensación que le invade a uno justo antes de abrir un regalo. Tomé tres hojas sintiéndome culpable, no quería que papá se diera cuenta de mi intromisión. Nadie me impedía pedírselo, pero entonces me preguntaría todo tipo de cosas y querría ver lo que había escrito, comentaría si era una buena o mala escritora, me sermonearía ofreciéndome todo tipo de consejos y, como consecuencia, yo no volvería a escribir más. Era mejor no decírselo y seguir birlando sus cuartillas siempre que se me presentara la ocasión. Este sería otro de mis numerosos secretos.

Salí del despacho con sigilo. Cuando estaba sola en casa, me encantaba deambular por todos sus rincones como si fuera un fantasma. Recorría con los ojos cerrados los pasillos y las habitaciones, y con mis brazos extendidos tanteaba las paredes y los muebles intentando descifrar y reconocer todo a mí alrededor. Era sólo entonces cuando yo me sentía más predispuesta a encontrar lo

inesperado. Alguna vez que otra me ganaba un cachete de mi madre porque decía que yo siempre andaba escondida por ahí y nunca acudía a su llamada. Entré en mi cuarto, me dirigí a mi pequeño escritorio, cogí una de las cuartillas, mi pluma favorita, y me fui directa a la ventana para ver mejor. Entonces ocurrió lo inesperado. En el centro de la cuartilla, casi translúcido, apareció la mágica silueta de un galgo —más tarde descubriría que era la marca del papel. El trazo era tan suave y delicado que apenas se vislumbraba. Parecía uno de esos fantasmas que tantas veces había imaginado. Era perfecto. Llena de entusiasmo quise retenerlo y, con un miedo atroz de que desapareciera tan rápidamente como había aparecido, tracé con mi pluma su perfil. ¡Ya lo tenía agarrado!, era un calco idéntico. Me tiré al suelo contemplando extasiada mi obra. Sabía que esto no era exactamente un dibujo, sino una aparición. Había capturado a un fantasma y me preguntaba cuántos más andarían merodeando por ahí. Enseguida pensé en la escultura del vestíbulo, estaba segura de que Marga también había sorprendido aquellos dos cuerpos cuando estaban abrazándose, por eso me había impresionado tanto la escultura. Sentí cierta complicidad con ella, deseaba tanto conocerla, estaba segura de que me enseñaría sus trucos. Me asombraba que yo lo hubiera podido apresar tan fácilmente, pero tenía la sensación de que, por ser novata en estos quehaceres, me había salido de pura chiripa. El fuerte portazo de la puerta de la calle me sobresaltó. Oí las pisadas firmes de mi padre y el corto taconeo de mi madre dirigirse hacia mi cuarto. Me levanté de un salto y me senté con rapidez en la silla del escritorio. Aturdida, me había olvidado de mi pequeña aparición que yacía delineada en tinta azul sobre la alfombra verde. Recé para que ésta ejerciera de fantasma y desapareciera sin dejar rastro alguno, pero mi padre, siempre tan observador y ordenado, fue directo al papel y lo recogió del suelo. «¡Vaya, ya tenemos una artista en la familia!», comentó complacido mientras miraba el dibujo. «Lola, ven a ver cómo dibuja tu hija». Los dos se reían incrédulos. «Pero ¡mira esta mocosa!» —dijo mamá—, «esto le viene de tu familia». Mi padre cambió su expresión risueña por una de profunda gravedad, lanzó con brusquedad el papel hecho una bola sobre la mesa, y me empezó a sermonear sobre la importancia de no perder el tiempo con tantas tonterías y de aplicarme más en las matemáticas, materia donde se podía desarrollar mejor la inteligencia de las personas. Cuando me dejaron sola tenía el pequeño galgo todo arrugado entre mis manos, pero no me importó, yo ya intuía que en mi vida capturaría muchos otros fantasmas y que nada ni nadie me lo impediría.

III

LA PRESENCIA de Marga en mi vida —todavía no sabía si era un fantasma o una realidad— se convirtió en una huella de mi existencia. Se había hecho imprescindible en mi mundo imaginario. Sencillamente, necesitaba una persona como ella a quien poder recurrir y en la que verme reflejada. Desde luego nunca hubiera elegido como espejo a alguien que no llevara mi nombre; de este modo mi comunicación interior era mucho más ambigua e interesante al no saber con toda certeza cuál de las dos Margas era mi interlocutora. Y así la fui conociendo y moldeando a mi imagen y semejanza antes de que su verdadera identidad apareciera en mi vida de golpe y porrazo.

Eran las seis de la mañana. Lo sabía casi con precisión, sin tener que mirar siquiera el pequeño reloj despertador que tenía en la mesilla de noche. Calcular las horas se había convertido en un juego necesario para apaciguar el miedo que me producían las pesadillas cuando me despertaban durante la noche. Me quedaba exhausta y sudorosa, con los ojos muy abiertos fijos en el techo, contemplando los cambios de la oscuridad y deseando que llegara la luz para escapar a la tortura del sueño. Tal era mi miedo a cerrar los ojos que aprendí a dormir con ellos abiertos, y cuando mis padres se asomaban al cuarto a echar el último vistazo antes de acostarse, me regañaban impacientes por creerme todavía despierta. Con el tiempo me di cuenta de que la oscuridad no era sólo una sino muchas y muy diversas, y así aprendí a ver las cosas a través de la más absoluta tiniebla. Pero lo cierto era que con la aparición de la luz me desaparecía el miedo. Aquella mañana adiviné la hora exacta por el blanco mortecino que se filtraba a través de los visillos, y sintiéndome segura salté de la cama tratando de no despertar a mi hermana. El frío de los baldosines del pasillo me traspasaba los pies descalzos y me arrepentí de no haberme puesto las zapatillas. Pensé que más tarde me dolería la garganta. La puerta de la cocina siempre chirriaba un poco, tenía que abrirla con mucho cuidado para no despertar a nadie. Un día me llevé un susto enorme cuando al entrar sigilosa en la cocina me encontré con las sombras de mi madre y de mi hermano que, a oscuras y en silencio, devoraban todo lo que se les ponía a mano. Después me explicaron que aquel extraño comportamiento les venía de familia, y que eran síntomas muy claros de ansiedad. También se encargaron de asegurarme que, más tarde o más temprano, yo también los tendría. Pero esta vez no había nadie, bebí un vaso de agua y miré las sobras de comida en la nevera. Sentí nauseas, un sabor ácido me subió hasta el paladar; mi

estómago no aceptaba alimento alguno hasta muy entrada la mañana. Me acerqué al cactus que se reclinaba sobre la pared a un lado de la ventana. Tenía mi edad, doce años. Era el regalo que la secretaria de papá había mandado a mi madre el día de mi nacimiento. Entró en casa el mismo día que yo y ya casi me sobrepasaba en altura. Mamá me comparaba con él a menudo alegando, medio en broma, que el cactus comía mejor que yo, crecía más rápido y sobre todo no se quejaba. Crecí teniendo un rival en el reino vegetal. Pero, en el fondo, yo sabía que él me quería porque nunca me pinchaba. Como solía hacer todas las semanas, le eché un poco de agua y acaricié su espinosa superficie sin miedo. Su piel suave y lacerada siempre temblaba ligeramente entre mis dedos.

Salí al pasillo, a esas horas altas de la madrugada la casa adquiría un apariencia diferente; era más íntima, misteriosa, y yo sentía que me pertenecía. Entré en el despacho de mi padre. Era el cuarto más codiciado por mí, también el más prohibido. Cuando papá tenía que hablar seriamente con mamá o con mis hermanos, lo hacía siempre en su despacho. Pero conmigo, quizá por ser la más pequeña, no lo había hecho todavía. A mí me hablaba en todas partes y esto me hacía pensar que mi padre y yo nunca habíamos mantenido una conversación en serio. Me dirigí al sobrio escritorio situado en el fondo del cuarto y me senté en su imponente silla. Este acto, aparentemente sencillo, me hacía sentir fuerte y poderosa. Apoyé la cabeza sobre la mesa como queriendo conocer todos sus secretos. Deslicé mis dedos por la superficie de caoba oscura, me sorprendía su increíble suavidad. Aspiré profundo, con fuerza, olía a bosque y cosas desconocidas. Empecé a abrir los cajones una y otra vez, conocía todos sus contenidos de memoria; es decir, todos menos el del último de la izquierda que todavía permanecía cerrado. Habían transcurrido dos años desde la primera vez que me percaté de ello y nunca hasta ahora había tenido la valentía, o mejor, el deseo tan acuciante de abrirlo. Tiré levemente del estante del centro donde había un manojo de llaves. Miré el reloj empotrado en la pared de enfrente. Tenía tiempo suficiente, sólo eran las seis y cuarto y mi madre nunca se levantaba antes de las siete para preparar el desayuno. Con un poco de suerte encontraría la llave adecuada. Comencé a probarlas todas, una a una, con paciencia. Había aprendido de mi padre que cuando uno tenía mucha prisa debía ir muchísimo más despacio de lo normal y yo lo estaba practicando en ese mismo momento. Me sentía importante introduciendo esos pequeños objetos de hierro dentro de aquel agujero oscuro y desconocido. Parecía que estuviera abriendo el corazón a alguien, que le estuviera tocando su entraña, y por eso la acción me producía un gran respeto. Al fin y al cabo, sin las llaves no podríamos tener secretos, y ahora sé que gracias a éstas existe en el mundo

mucha felicidad y mucho sufrimiento. Había una llavecita pequeña que entraba hasta el final pero que no llegaba a girar del todo, parecía como si la cerradura estuviera un poco atascada y el cajón no se hubiera abierto en mucho tiempo. Humedecí la llave con saliva y esta vez la adentré muy lentamente haciéndola girar despacio hasta que la cerradura cedió con un golpe seco. Abrí el cajón emocionada. En su interior sólo había dos carpetas azules, un libro de tapas negras y lo que parecía un álbum de fotos. Tomé la primera carpeta y cuál fue mi sorpresa al descubrir el nombre de Marga escrito, creo que por mi padre, con tinta negra en el centro. Las manos me temblaban al abrir sus tapas desgastadas mientras mil preguntas acudían a mi mente. Algo me decía que aquella carpeta tenía que ver con la Marga de las esculturas. ¿Tendría delante de mis ojos la clave de su vida? ¿Quería de verdad descubrirla? Marga había sido para mí, hasta entonces, una compañía invisible, una interlocutora silenciosa. ¿Quería desenmascararla, darle un cuerpo y una voz propia? Mi curiosidad sobrepasaba todos los límites de lo prohibido. *Sí, tenía* que saberlo todo. De alguna forma sentía que su verdad me pertenecía. En una hoja ya un poco amarillenta, pegado en el centro, había un recorte del periódico La Libertad, con fecha del 30 de Julio del año 1932, con un gran titular que decía: «Una señorita se suicida en un hotelito de las Rozas». Seguí leyendo con avidez…

«Una señorita elegantemente vestida alquiló un taxi y ordenó al chofer que le condujese a Las Rozas.

Al llegar a este pueblo dijo al chofer del vehículo que esperase, y después de pedir la llave de un hotel, propiedad de unos tíos suyos, entró en dicho hotelito. Pasaron unos instantes y se oyó una detonación. Al ruido acudió la familia de la joven y los vecinos, que vieron el cuerpo de la joven en el suelo exánime.

Se dio cuenta del hecho a la guardia civil y al juez de instrucción, y éste ordenó el traslado del cadáver al Depósito para que se le practicara la autopsia. También se incautó el juez de una carta escrita por la señorita Margarita Gil Roésset y dirigida a su madre, en la cual tal vez explique los motivos que la indujeron a quitarse la vida.

El juez ha dispuesto que comparezca a su presencia la madre de la suicida para hacerle entrega de la carta a ella dirigida y tratar de averiguar la causa de su fatal resolución».

Una gran sequedad me invadió la garganta y apareció ese nudo tenaz que a menudo me impedía tragar. Nadie hasta ahora me había dicho que Marga era la hermana de mi padre; o sea, mi tía carnal. Su descubrimiento me abría el camino hacia otras nuevas encrucijadas. ¿Por qué se habría suicidado? La reseña del periódico mencionaba una carta que la tía Marga dejó a su madre; tenía que buscarla, quizá allí

encontrara la explicación a tan horrible hecho. Miré con presteza los otros papeles sueltos que contenía la carpeta, y de ellos cayó una foto de tamaño mediano que llamó mi atención. Era la imagen de una niña de unos nueve o diez años que sostenía, recogido por la cintura entre sus brazos, a un niño rubio, vestido de blanco, de menos de un año. Estaba segura de que la niña era Marga. La reconocí de inmediato porque aunque nunca había visto su cara, así era como me la imaginaba. La niña me miraba fijamente desde la foto con sus ojos grises, profundos y rasgados, con una expresión, no sabía bien si de tristeza o complacencia, pero sí de complicidad. Me enamoré de ella al momento. El niño debía ser, después lo confirmé, su hermano pequeño, mi padre. Oí un ruido afuera, en el pasillo. Lo guardé todo deprisa y corriendo en su sitio intentando colocar la llave en el lugar exacto. Estuve a punto de llevarme la foto conmigo, pero era demasiado peligroso. Nadie debía descubrirme, o perdería esa vía de información sobre la vida de la tía Marga que tanto había deseado obtener y tan mágicamente se había presentado.

IV

SALÍA de mi casa todos los días temprano por la mañana, con la cartera de libros en la mano y mi uniforme tableado azul marino. Caminaba deprisa hacia la parada del autobús, dos calles más arriba. Él siempre estaba allí esperándome; alto, rubio y con una expresión demasiado seria para sus posibles trece años. Nos mirábamos furtivos, escondiendo nuestros ojos el uno del otro. Tratábamos de no delatarnos en nuestro amor, de mantenerlo oculto. Imaginaba sus manos en mi pelo, en mis hombros de mujer recién nacida. Sentía su aliento rozando mi cuello, sus caricias me quemaban dentro. Creía conocerle mejor que nadie aunque nunca nos hubiéramos hablado. Nuestros silencios se fundían en mutuo acuerdo. Nuestra complicidad era única y desconocida. Cuando se bajaba del autobús, cinco paradas antes de la mía, notaba un gran vacío en mi pecho pero mi corazón seguía latiendo a un ritmo desenfrenado y sólo pensaba que al día siguiente le volvería a ver. Una mañana llegué a la parada y no estaba. Dejé pasar varios autobuses pensando que se habría retrasado, pero todo fue inútil; el chico rubio y alto que despertara mi corazón había desaparecido sin dejar el menor rastro. Durante meses le esperé con la ilusión de encontrar al menos una nota, un mensaje, una palabra, algo que me llevara a él para aquietar mi angustia. Pero sólo encontraba un silencio y un vacío aterrador. Habían pasado ya dos años desde nuestro primer silencioso encuentro en la parada del autobús, el trayecto de casa al colegio se convirtió en una agonía. Hubiera querido pronunciar su nombre, mirarle a los ojos por última vez. Presentía su tristeza y frustración, estaba segura de que él no había podido hacer nada por evitar la situación, pero me sentía profundamente abandonada, como más tarde me volvería a sentir cuando nos abandonó mi padre. Nunca más le volví a ver, pero su recuerdo permaneció conmigo siempre.

Aquella primera e intensa experiencia —que años más tarde mi profesor de literatura en una universidad americana calificaría como romántico-platónica— acabó, como era de esperar, en un abandono irremediable y doloroso, pero también alimentó mí ya incipiente deseo por la escritura. Fue entonces cuando, por necesidad anímica, empecé a escribir mis primeros intentos de poesía y pensamientos en un diario de tapas negras que me había regalado Paloma, mi mejor amiga del colegio. Habían transcurrido varias semanas desde mi primer encuentro secreto con la tía Marga en el cajón cerrado del despacho de mi padre. No veía el momento de aprovechar la ausencia de mis padres y hermanos para poder otra vez investigar más a gusto

sobre el enigma de Marga. Sólo sabía que era una escultora que se había suicidado, y que había dejado una carta a su madre, la abuela Margot, a quien nunca conocí. Una tarde que estaba merendando con mamá en la cocina, aprovechándome de su buen humor y sin ningún tipo de preámbulo, le pregunté quién era Marga. Con la sorpresa reflejada en el rostro me respondió escuetamente que de ese tema nunca se hablaba en casa y menos delante de mi padre. Su tono fue tan tajante que yo opté por callar. No obstante, me siguió curiosa con la mirada mientras yo mordisqueaba, como si nada ocurriera, mi tostada con mantequilla y mermelada. Ahora era ella quien quería enterarse de mi súbito interés por Marga. Yo le contesté, intentando quitar importancia al asunto, que sencillamente me gustaban sus esculturas —en casa teníamos cinco— y que sólo quería saber quién era su autora. «Creía que ya lo sabías —contestó más abiertamente—, es tu tía, la hermana de tu padre y de tu tía Consuelo. La pobre tenía mucho talento pero murió muy joven». Con esta frase mamá dio por terminada la conversación. La otra Marga ya se había convertido en el gran misterio de mi vida, el cual yo habría de descifrar por mí misma y sin ayuda de nadie.

La ocasión se presentó la tarde de un sábado en que todos se fueron al cine después de comer. Yo había anunciado un fuerte dolor de cabeza, e incluso me fui inmediatamente a la cama con un paño empapado en vinagre sobre mi frente. Mi madre, siempre tan protectora, se ofreció a quedarse conmigo pero yo la convencí de que no lo hiciera, insistiendo en que lo único que necesitaba era estar sola en mi cuarto y poder dormir. Le prometí ponerme bien para asistir a la fiesta de cumpleaños que más tarde celebraría el abuelo Enrique en su casa. Cuando oí el golpe seco de la puerta al cerrarse, esperé unos minutos para asegurarme de que no se habían olvidado nada —costumbre bastante irritante en mi familia— y me levanté de un salto para dirigirme corriendo al despacho de papá. No sé si me encontraba más nerviosa que emocionada pero sólo contaba con dos horas escasas, no había tiempo que perder. Quería enterarme de esa incógnita en la vida de la tía Marga que todos guardaban con tanto celo. Esta vez el cajón se abrió con más facilidad. Todo parecía estar en su lugar exacto. Era como si el tiempo se hubiera detenido, como si se hubiera olvidado de su propio transcurrir. El recuerdo de Marga yacía solo y enterrado. ¿Por qué silenciaban su nombre? Marga era menos que una huella, que un esbozo; casi era mejor que nunca hubiera existido. Una especie de rabia y tristeza invadió mi corazón. Yo me encargaría de sacarla a la luz. Le arrancaría el moho de la piel y la liberaría de esa cruel telaraña que había aprisionado su espíritu. Por el momento, ya había rescatado su cara y su nombre de la turbia oscuridad. Abrí el álbum de fotos, necesitaba verla otra vez. Pasé

páginas y páginas de fotografías diminutas de los abuelos, sus hijos y otros antepasados desconocidos. Esto era todo lo que quedaba de mi estirpe. Fotografías amarillentas, rotas, nubladas y desvaídas por el paso del tiempo. Era extraño que mi padre apenas mencionase a su familia. Sin embargo, yo conocía algunas historias y detalles sueltos a través de las conversaciones que mis primos mayores mantenían en las reuniones familiares. De la abuela Margot, cuyo padre fue un ingeniero francés, contaban muchas anécdotas. Era todo un personaje digno de una novela romántica. Poseía un espíritu genuinamente creativo y quizá demasiado excéntrico para las mujeres de su época. Cuando su marido, que era ingeniero militar y la amaba con gran pasión, se encontraba haciendo prácticas durmiendo a la intemperie, ella subía a la azotea de su casa, se tendía sobre una manta, desafiando las situaciones climatológicas más adversas, y dormía mirando a las estrellas para así sentirse más cercana a su amado. Estaba casi morbosamente enamorada de la belleza. Mi madre, que era muy guapa, me contó que cuando ella era novia de mi padre y conoció a la abuela Margot, en cuanto ésta la veía entrar por la puerta de su casa, cogía lápiz y papel y la dibujaba durante horas con una cierta obsesión. Pero en aquel momento tenía delante de mí una foto de los abuelos con sus tres hijos que colmó con creces mi curiosidad. La abuela Margot, elegantísima, con boina y abrigo de terciopelo oscuro adornado con cuello y mangas de piel, se hallaba sentada en un sillón antiguo de madera ornamentada. Julián, mi padre, subido en el mismo sillón que su madre pero ligeramente detrás de ella, asomaba un rostro demasiado serio para su corta edad. De pie, a su izquierda, estaba Marga; sí, era ella, la reconocí de inmediato, vestida de blanco, con un gorro encajado hasta las cejas, collar, medias oscuras de seda y zapatos de charol negros; apoyaba ligeramente sus manos en el brazo del sillón. Al lado derecho, la figura alta y distinguida del abuelo sobresalía detrás de la de su mujer, su mano reposaba sobre el hombro de su hija mayor, Consuelo, bastante más alta que Marga pero vestida igual que ella y con dos trenzas largas colgándole por delante hasta la cintura. Era un retrato fascinante y bellísimo que me confirmaba las coloridas descripciones que hacían de la abuela. Todos, desde la lisura antigua del papel, me miraban directamente a los ojos, en especial Marga y su madre, la abuela Margot, con una expresión de profunda nostalgia.

Me sobresaltó el sonido metálico de las cinco campanadas provenientes del gran reloj de la pared que tenía enfrente. Debía darme prisa y verlo todo antes de que regresaran. En las últimas páginas del álbum que todavía sostenían mis manos había unas cuantas fotos sueltas de gente desconocida; una foto grande partida

por la mitad, en la que sólo se podían ver unos ojos intensos, grandes y rasgados, y en los que enseguida reconocí la profundidad de la mirada de Marga; y un dibujo trazado a lápiz sobre un papel gastado y descolorido. La imagen que veían mis ojos me dejó lívida. Marga había dibujado su propio suicidio, o al menos así me lo parecía. Lo observé fascinada. En un campo medio esbozado de lirios y margaritas se elevaba hacia un cielo de arco iris y pájaros la figura, ambigua y desdibujada, de una mujer— niña con los brazos extendidos hacia abajo, y nos mostraba, en una actitud de triste abandono, las palmas de sus manos. De la muñeca izquierda brotaban gotas de sangre que teñían la hierba de color rojo. Su mano derecha sostenía, apenas rozándola, una flor. Era un dibujo sobrecogedor. Parecía un Cristo crucificado, pero mucho más etéreo, sin ataduras ni clavos. Un espíritu liberado que ascendía directo al cielo. A un lado del papel, apenas perceptible, entreví cuatro versos escritos también a lápiz. Acerqué la lupa para leerlo pero estaba escrito en francés. Lo reconocí con facilidad porque en mi colegio nos obligaban a hablar francés desde pequeñas. Pero el texto se encontraba en tal mal estado, tan desvaído, que era casi imposible descifrarlo. Sólo se podía leer alguna que otra palabra suelta como: «siento, amor, muerte». Examiné la hoja con detenimiento buscando una firma o una fecha como indicio o señal, pero no veía nada. Cuando ya me disponía a guardarlo se me resbaló de las manos cayendo al suelo por la otra cara, y al recogerlo con cuidado para no arrugarlo vi muy claramente, en una esquina del papel, un nombre escrito dos veces, uno encima del otro, con una letra picuda que me imaginé pertenecía a Marga. Era una exclamación, o más bien un gemido, que decía: «¡Ay Juan Ramón!, ¡ay Juan Ramón!». Sentí dentro de mí la agonía de Marga, ¿Quién era Juan Ramón?, y ¿por qué ella había escondido su nombre? Pensé que yo también había querido mantener en secreto mi amor por el chico del autobús. ¿Habría amado Marga a Juan Ramón?, al menos ella sabía su nombre y lo había podido escribir, o al menos, pronunciar. Me quedé pensativa mirando el dibujo. Me atraía de una forma increíble, despertaba en mí sentimientos muy diferentes. Por un lado me sentía triste, y por otro me invadía una sensación de paz y serenidad; un gran deseo de encontrarme yo también en ese paisaje diáfano para sentirme tan libre y ligera como presentía que se sentía ella en el dibujo. Yo ya había asumido que la figura ascendente era Marga, y al contemplar la sangre me parecía una virgen que se inmolaba, que sacrificaba su inocencia para redimir al mundo de sus males. Se me ocurrió la idea de que posiblemente nadie había descubierto antes el nombre de Juan Ramón, escrito con una letra tan pequeña y desvaída en una esquina del dorso del papel. Tuve la sensación de haber sido yo la primera en averiguar tan importante encubrimiento. Desde ese

momento intuí que la muerte de Marga tenía que ver con ese hombre. Mi juventud alentaba el deseo romántico de que quizá todo fuera una historia de amor. El dibujo estaba dedicado a él. Era ese grito íntimo y ahogado que todos tenemos dentro, pero que por pudor nunca llegamos a exclamar.

Guardé el dibujo dentro del álbum y lo cerré cuidadosamente. Estaba perdiendo mucho tiempo, pero todo lo que se refería a Marga me dejaba siempre ensimismada. Los retazos de historia que poco a poco iba hilvanando me eran ya tan familiares, que casi sentía que su pasado me pertenecía. Cogí el libro de tapas negras que se encontraba en el fondo del cajón, parecía un diario; no sé por qué, pero vacilé en abrirlo. Yo tenía uno muy parecido donde escribía mis más íntimos pensamientos y no me hubiera gustado nada que husmearan en él. Recorrí mis dedos por sus páginas llenas de palabras y puntos suspensivos. No me podía creer que lo que tenía entre mis manos fuera el diario de la tía Marga. Sí, reconocí al momento su letra: grande, picuda, desordenada. Leí unas líneas en voz alta:

Sin ti… nada es… y porque tú no me quieres, aunque siento la vida hermosa y bella, y creo que hay mil Margas, que cada una sola podría llenar… muchas vidas…

Cerré el libro de un golpe sintiendo una especie de vértigo. Era una mezcla de miedo y pudor lo que se apoderó de mí. Presentía que este diario era lo suficientemente importante como para no dejarlo a medias, quería leerlo con todo detalle hasta el final. Debía encontrar el momento adecuado, necesitaba más tiempo y tranquilidad. Al colocarlo otra vez en su sitio en el cajón descubrí, asomando entre sus páginas, varias cuartillas blancas escritas a mano. Esto era algo demasiado valioso para mi gran curiosidad, y dando un ligero tirón me encontré con un cuadernillo de cinco hojas en la mano, en cuyo centro, escrito con la letra de Marga, se leía el título de: *Historia de Margot*. Debía de ser algo que la tía Marga escribió sobre su madre. Esto sí, pensé ilusionada, me lo podría llevar para leerlo más tarde; tenía casi la certeza de que papá no lo echaría en falta. Cuando en ese momento sonó el teléfono, el corazón me latía tan fuerte que me llevé las manos al pecho. Los brazos me temblaban, me sentía culpable, como si me hubieran descubierto robando algo muy prohibido. El insistente timbre del teléfono resonaba en mis oídos. Lo dejé sonar mientras doblaba el cuaderno y lo guardaba en mi bolsillo. No quería hablar con nadie. ¿Cómo se atrevían a interrumpirme justo en ese momento? Descolgué el auricular con desgana; era mamá para

decirme que ya habían salido del cine y estaba preocupada por mi dolor de cabeza. Me recordaba que todos me esperaban en casa del abuelo Enrique y que no me olvidara de llevarle el regalo. Yo adoraba a mi abuelo materno, el único que me quedaba vivo, pero aquel día me encontraba tan agotada por la excitación que no estaba para celebraciones.

Bajé las escaleras despacio, eran de mármol grisáceo y muchos de sus escalones estaban medio rotos. El edificio donde vivíamos era antiguo. Necesitaba una cara nueva, como a veces decía Mercedes, la vecina del quinto. Pero a mí me gustaba así: con las paredes de color marfil descascarilla— das; la barandilla negra, desgastada; y el ascensor, minúsculo y sucio, siempre averiado. Cuando llegué al segundo piso la puerta C se abrió y salió un hombre con gabardina verde y boina negra. Me miró serio y bajó rápidamente la cabeza en silencio. Lo dejé pasar y le observé con curiosidad mientras oía sus pasos inseguros bajar las escaleras. Era Andrés, un hombre joven, de unos veinticinco años, que ya había sufrido varios ataques de locura. Se encerraba en su casa y destrozaba todo lo que tenía a su alcance. Hacía poco menos de un año que había ocurrido el último percance. Nunca lo olvidaré. Aquella tarde había llegado a casa más pronto de lo acostumbrado. No me había entretenido con ninguna de mis amigas a la salida del colegio y había venido directamente a casa en el metro. Como solía ocurrir a menudo, el ascensor no funcionaba y empecé a subir con desgana los seis pisos que me esperaban. A medida que subía los tramos de escaleras los ruidos y gritos se oían cada vez más cercanos. Al llegar al segundo piso vi la puerta C abierta de par en par y me asomé por ella con cautela. Un alarido casi inhumano me taladró el oído. Recorrí alarmada el interminable pasillo oscuro mientras oía la voz llorosa de Doña Elvira intentando tranquilizar a su hijo: «¡Andrés, por favor, cálmate, abre la puerta..., es por tu bien, por el de tu hermano..., por favor, Andrés, abre la puerta!». Doña Elvira golpeaba su cabeza contra la madera gastada de la puerta llorando desesperada, mientras su hijo pequeño trataba en vano de sujetarla. Dos hombres vestidos de blanco irrumpieron, empujando a la madre y a su hijo fuera de la puerta. «¡Retírese señora!, déjenos trabajar, es mejor que usted no se meta en esto. No se preocupe..., todo se arreglará». Uno de los hombres comenzó a aporrear la puerta mientras ordenaba a Andrés que saliera inmediatamente. *Yo* lo contemplaba todo atemorizada. Desde fuera oíamos el ruido de los muebles del comedor al ser arrastrados de un lugar al otro del cuarto. Uno de los hombres le dijo al más alto en voz baja que seguramente el loco estaría amontonando todos los muebles contra la puerta para evitar que la abrieran. Andrés no entraba en razón, de vez en cuando profería un grito estremecedor que me partía el alma. La madre

también gritaba al unísono, pero de dolor y de angustia. Aunque yo era pequeña, apenas tenía once años, en aquellos momentos, quizá por estar a la altura de las circunstancias, me sentía mayor y acercándome a ella le cogí sus manos entre las mías apretándoselas muy fuerte. Uno de los hombres le gritó al otro que fuera a buscar la camisa de fuerza y que avisara a los bomberos, pues si no salía pronto tendrían que tirar la puerta abajo. Doña Elvira se soltó de mis manos y se aferró al brazo de uno de ellos: «¡No, por favor, la puerta no!, ya me la destrozaron la última vez», y gritando a su hijo le rogaba, «¡por favor, hijo, sal de una vez por las buenas!, después te arrepentirás, siempre te arrepientes más tarde... recapacita hijo, ¡no dejes que te lleven a la fuerza!». El otro hijo intervino malhumorado, «¡mamá, déjalo ya!, estos hombres tienen que hacer su trabajo y saben qué es lo mejor en estos casos», y diciendo esto empujaba a su madre al cuarto de al lado. Andrés lloraba y gritaba exclamando blasfemias y obscenidades, mientras oíamos todo tipo de ruidos. Nos quedamos en silencio sin mirarnos, sabíamos que había que sacarle de aquel cuarto como fuera y que no iba a ser fácil. El hombre vestido de blanco llegó por fin con la camisa de fuerza en las manos, seguido por dos bomberos que empuñaban sendas piquetas. Nos empujaron fuera de su camino y sin pedir permiso a nadie comenzaron a derribar la puerta. Doña Elvira se cogió la cabeza entre las manos, rezando en voz alta. Yo no sabía qué hacer, pero quería verle a él, quería comprender el porqué de su locura. Ya le habían dado anteriormente otros cuatro o cinco ataques, y la familia acababa siempre por internarlo en un manicomio, de donde volvía a salir en unas cuantas semanas, según decía la madre, totalmente recuperado. Pero cada vez que le repetía otro ataque, le daba con más fuerza. Cuando no sufría estas crisis, Andrés era un hijo modelo, un hombre tranquilo y trabajador. A mí me parecía un chico serio, muy normal y muy guapo, a quien yo siempre miraba con cierta admiración cuando coincidíamos en las escaleras. Además, los vecinos decían que tenía un buen trabajo y una novia muy atractiva que vivía en Londres. Ya habían derribado la puerta, pero ahora tenían que empujar todos los muebles que Andrés, con una fuerza inaudita, había trasladado de un lado al otro del cuarto contra la puerta. El pobre estaba acorralado. Los dos hombres de blanco entraron con la camisa de fuerza. Cerré los ojos, no quería ver cómo lo arrinconaban y maniataban como a un animal indefenso. Me escondí detrás de una puerta, me daba miedo verle así, o lo que era más importante, no quería que él me viera allí, presenciando su locura. Quería evitarle esa vergüenza. Salió en volandas entre los dos fornidos hombres; sus ojos girando desorbitados, el cuerpo maniatado. Su madre les interceptó el paso a mitad del largo pasillo, sus brazos se extendieron hacia él como para abrazarle, pero detuvo el gesto antes de llegar a tocarlo, mientras

se le endurecía el rostro y le decía con la voz rota por la desesperación: «¡Hijo, hijo, nos vas a arruinar!».

Entré por el boquete que los bomberos habían abierto en la puerta con sus piquetas. ¡Pobre Doña Elvira! —pensé—, ¡otra puerta nueva! Lo que encontré dentro es muy difícil de describir. Nunca en mi vida habría imaginado que una sola persona pudiera ocasionar tal estropicio en tan poco tiempo. Parecía un campo de batalla; toda la cubertería desperdigada por el suelo; el enorme espejo colgado encima del aparador, roto en mil pedazos; las sillas despedazadas; la vajilla china hecha añicos; los vasos y copas de fino cristal, casi pulverizados; los manteles y servilletas hechas jirones. Doña Elvira iba de un lado a otro del cuarto gimiendo descontroladamente y recogiendo los diminutos trozos de lienzos y fotografías que, en su arrebato, Andrés había destrozado con sus dientes y sus manos. Ahora yacían en el suelo como cuerpos mutilados, entre el brillo metálico de los cuchillos, cucharas y tenedores. Era una masacre visual. Recogí un tenedor del suelo, tan retorcido por todas partes, que se hallaba en un estado casi irreconocible. Me lo guardé en el bolsillo, nadie creería que un arrebato de locura infundiera tanta fuerza física. Salí de puntillas sin decir nada, sabía por mera intuición que en los momentos límites de la vida las formas están de más. Sin embargo, siempre tuve la certeza de que Doña Elvira mantuvo en su mente mi presencia en aquel trágico incidente. Fui un testigo mudo de su gran herida: esa llaga que de repente se abría y los ahogaba a todos con su sangre. Desde entonces, cuando coincidíamos en el portal o en el ascensor, o en la panadería, aunque escasamente cruzábamos dos palabras, Doña Elvira me miraba con ojos de profundo dolor y de gran complicidad.

Andrés alcanzó el portal sin volver ni una sola vez la cabeza. Yo le seguía en silencio como una sombra, me fascinaba observarle de cerca. Tenía curiosidad, sí, pero no era una curiosidad malsana, presentía que llevaba un secreto dentro que quizá ni él mismo todavía había llegado a descubrir. Nunca me saludaba cuando me veía, retiraba sus ojos de los míos y seguía su camino. Él sabía que yo había presenciado su momento anímico más íntimo y odiado. Le había visto reducido e indefenso, y sobre todo humillado. Seguramente pensaría que su existencia me producía miedo o, lo que era aún peor para él, vergüenza. Yo aprendí a ver a través de sus ojos, a *veces* torturados y otros esperanzados, que en todos nosotros existe la locura, que sólo es cuestión de matices, situaciones o momentos, y que la apariencia es toda mentira y no nos podemos fiar nunca de ella. Años más tarde, cuando regresé de Estados Unidos para casarme y pregunté a los vecinos por Andrés, me dijeron que un buen día se marchó sin dejar rastro alguno. En el barrio, unos decían que se había ido a vivir con su novia a Londres; otros, que le había tocado la lotería y se había

embarcado con rumbo desconocido; y alguien más atrevido iba diciendo por ahí que la familia había decidido, de una vez por todas, encerrarlo en un manicomio de por vida.

VI

EL CUARTO estaba saturado de humo y apestaba a nicotina. Las voces, demasiado altas, todas reconocibles, se escapaban por el estrecho pasillo. Entré en la sala llena de gente. El abuelo se hundía, solitario, en su sillón verde, perdida la mirada en la pared de enfrente. Sus ojos cansados no veían nada y tampoco parecía escuchar. Era como si nos hubiera abandonado a todos antes de tiempo. Le contemplé con cariño y me senté a su lado abrazándole. Olía a una mezcla rara de puro y colonia fresca.

—Abuelo —le pregunté—, hoy es tu cumpleaños, ¿verdad?

Me miró con una expresión picara en sus ojos, casi siempre irónicos.

—Yo ya no cumplo años, niña, sólo vegeto, y de vez en cuando pienso.

—Pero si piensas... —respondí vivaz— es que vives.

—Sí, sí... —contestó saboreando sus palabras—, pero vivo sólo pensando cuándo llegará la muerte de una vez para llevarme de este mundo cruel.

—Abuelo —insistí—, si ésta es tu fiesta, ¿por qué estás solo? ¿Por qué nadie habla contigo?

Hizo un gesto despectivo con sus pulcras y cuidadas manos de uñas limadas casi a la perfección, y me dijo sorprendido:

—¿Pero es que todavía no te has dado cuenta de que sólo dicen tonterías?

Miré a mí alrededor y observé a todos sus hijos y nietos brindando con champagne, fumando y comiendo, mientras hablaban sin parar quitándose la palabra los unos a los otros. Visto desde nuestro silencioso rincón, el grupo parecía más bien un gallinero. Era una escena bastante ridícula la que representaban. Sentí ese nudo incómodo y doloroso que aparecía siempre sin avisar y me atenazaba la garganta. Me acerqué a su oído y le susurré convencida:

—Al fin y al cabo, abuelo, como tú siempre dices: «No hay mejor amigo que uno mismo».

Y rozando sus mustias manos sentí la soledad de su muerte.

El abuelo Enrique recibía a sus tres nietos todos los domingos en su casa de la calle Padilla, con su batín de lana gris y sus zapatillas de piel marrón oscuro. En invierno, arrimaba su sillón verde al calor del brasero que ocultaban las largas faldas de la pequeña mesa camilla y nos daba cinco pesetas a cada uno. Un día, cuando era más pequeña, excusándose por no poderme dar una paga más elevada, me dijo: «Tú no lo sabes, pero yo soy una persona muy pobre, y para poder comer

tengo que bajar todos los días a la calle a pedir limosna como si fuera un mendigo». Al notar mi resistencia a creer tal historia el abuelo se colocó unas enormes gafas oscuras, y antes de salir por la puerta de su casa, me conminó a que le observara desde la ventana de su dormitorio mientras recorría la calle en bata y zapatillas, apoyado en un bastón, pidiendo limosna a todos los que pasaban por su lado, como si fuera un pobre ciego. Desde entonces el abuelo se transformó en un personaje mucho más querido e interesante para mí. La tía Simona, su mujer en segundas nupcias, la *fraulein* que había cuidado a sus hijos al quedarse viudo, parecía una figurita frágil de marfil, con el pelo blanco de nieve y un acento francés suizo inolvidable. Todos los días, con una paciencia indecible, le escribía las cartas que él dictaba, y le preparaba el té más delicioso del mundo, siempre a la misma hora. A la abuela nunca la conocí, ya que siempre había estado la pobre enferma en clínicas y hospitales y murió muy *joven*, cuando mamá apenas tenía quince años. El abuelo, oficial de la Marina militar, había gozado en su brillante carrera de varios cargos y nombramientos de prestigio. Fue Agregado Naval en Roma, antes de la guerra civil, donde se hizo íntimo amigo de Valle-Inclán, director de la Academia de España en Roma. Cuenta mamá, que esta figura tan singular y un tanto desaliñada venía con frecuencia a su casa a comer invitado por el abuelo, y que inmediatamente después de los postres se encerraban los dos con el café y el coñac en la biblioteca para hablar durante horas. El abuelo tuvo que salir de forma precipitada de Roma, o mejor dicho, le invitaron a abandonar la ciudad, por haber aceptado batirse en duelo con un diplomático que había puesto en duda el honor de una bella dama. Cuando regresó a España, ya viudo y con cuatro hijos, le nombraron ayudante de Azaña, y más tarde, durante la guerra civil, fue Jefe de las Fuerzas Navales del Cantábrico. El abuelo renegaba de la España de Franco. Después de todo, éste le había condenado a muerte, aunque la sentencia nunca se llegara a cumplir gracias a la intervención de su amigo y compañero, Nicolás Franco, hermano del general, que le salvó la vida. Al finalizar la guerra, el abuelo se convirtió, después de que le indultaran los doce años y un día que le cayeron, en un ser cínico y amargado. Quedó profundamente marcado por las huellas de esa trágica guerra civil en la que le dieron la espalda la mayoría de sus compañeros. Sin embargo, como buen andaluz, nunca perdió su gran sentido del humor. Recuerdo vivamente un domingo, cuando era pequeña, que llegué temprano a su casa y le sorprendí en su dormitorio mirándose en el espejo de su gran armario mientras gesticulaba y hacía muecas muy divertidas. Pero al acercarme para darle un beso vi que en el centro del espejo había pegada una foto minúscula de un militar, que por supuesto era Franco. El abuelo se peinaba y vestía, con gran

minuciosidad, mientras le increpaba y se reía de él, dirigiéndole finos e irónicos insultos. Le pregunté extrañada:

—Abuelo, ¿por qué pones esas caras tan feas?

El abuelo me miró a través del espejo mientras soltaba una risa burlona.

—¡Más feo es este señor que tengo enfrente! —me dijo, sacándole la lengua a la foto.

—Pero ¿por qué te ríes de él? —pregunté riéndome yo también.

—Por no llorar... —Y cambió su expresión por una mueca de profunda tristeza, como yo ya había visto en los payasos.

—¡Tú no puedes llorar! —le contesté entre incrédula y divertida —. ¡Eres demasiado mayor para eso!

El abuelo se volvió hacia mí y, lanzando un suspiro, me agarró suavemente por los hombros abrazándome.

—Si me hubieras conocido durante la guerra me hubieras visto llorar.

—¿Llorabas?..., ¿por qué? —pregunté sorprendida, todavía encerrada en su abrazo.

—Porque el mundo estaba del revés.

—¿Del revés?... entonces...—pregunté más perpleja todavía—, ¿no os caíais todos?

Sentí como me acariciaba el lóbulo izquierdo, gesto cariñoso al que ya me había acostumbrado.

—Todos no... pero muchos sí.

Me retiré ligeramente de él para mirarle a los ojos.

—¿Tú te caíste?

Esta vez sus ojos me miraron cansados.

—Yo... sí, pero me levanté...

—¿Y te hiciste mucho daño? —le pregunté rápida, queriendo saberlo todo.

—Sí —contestó, esta vez jugando con mi pelo—, por eso ahora me gusta tanto reír.

El abuelo era ante todo, y como yo mejor lo recuerdo, un humanista y un filósofo de gran inteligencia. Nos decía con su tono apasionado: «¡Qué educación creéis que vais a recibir de los curas y las monjas!». «¡Cómo es posible que vuestros padres os pongan en manos de tales analfabetos!», y nos hablaba constantemente sobre el origen de la vida, la teoría de la evolución de Darwin, el cosmos. Y sobre todo, nos lanzaba largos discursos sobre el individuo y la importancia de ser uno mismo siempre. Decía: «Sigo viviendo, pero solamente 'dentro de mí, conmigo mismo, en mi interioridad subjetiva. Es la manera de sentirme libre, aislándome de los demás. Vivir es esta sensación de libertad interior respecto al mundo exterior; apartado de

todo y de todos. Vivir es sentir la vida dentro de nuestro espíritu, en contacto con lo trascendental, con lo absoluto, con el universo infinito que nos rodea y del que formamos parte». Mi padre odiaba al abuelo o más bien, como en estos casos suele ocurrir, se odiaban mutuamente. Papá, católico, obstinado, y menos conocedor del aspecto humanista de la vida, desconfiaba del liberalismo y la postura profundamente anticlerical que nos predicaba el abuelo. Por otra parte, éste consideraba a mi padre un niño consentido, insensible e inculto, que sólo sabía de ferrocarriles y matemáticas. Mamá, aunque tampoco se llevaba del todo bien con su padre, mediaba entre los dos sin obtener grandes resultados.

Yo, pese a las airadas críticas de papá, siempre presentí que había un fondo de razón y sabiduría en todo lo que decía el abuelo. Pero, sin lugar a dudas, lo que a mí me hacía más ilusión de todo cuando le visitaba los domingos era intentar ver el fantasma que, según él, vivía detrás de un mueble inmenso en el pasillo y se paseaba muy a menudo por toda la casa sin inmutarse lo más mínimo. A veces el abuelo interrumpía una conversación y haciéndonos callar a todos fijaba la mirada, un poco perdida, en la lejanía, mientras comentaba en voz baja: «Miradlo, ahora viene hacia aquí...», y señalando al vacío con el dedo me preguntaba impaciente: «¿...es que no lo ves?». Más de una vez creí verlo, para gran satisfacción del abuelo. Aquel hallazgo me hizo sentir especial y afortunada por haber conseguido traspasar las claridades diáfanas de lo invisible. Sí, creo que éste es el recuerdo más perseverante que todavía guardo de la casa del abuelo.

VI

ME ACOSTUMBRÉ desde pequeña a oír el comentario de los mayores de que mis ojos eran profundos y soñadores. Yo no comprendía bien lo de «soñadores» pero no me gustaba mucho, pues pensaba que mis ojos debían de ser los culpables de tener tan malos sueños por las noches. Mi madre, siempre más realista que los demás, decía que lo que yo tenía era los ojos hundidos y que esto era preferible a tenerlos saltones. Aunque yo agradecía a mi madre el que me hubiera colocado en el bando de los preferentes, así y todo, me preocupaba el señalado hundimiento ocular, y lo primero que hacía al levantarme todas las mañanas hasta que me hice un poco mayor era comprobar delante de un espejo si mis ojos todavía permanecían intactos dentro de sus órbitas, y no los había

perdido entre los sueños. Recuerdo que por aquella época las pesadillas se repetían a menudo, y era tal mi miedo que me negaba a cerrar los ojos para huir del sueño. Con el paso de los años, mis párpados se fueron relajando mientras dormía a la vez que desaparecían los ogros y las persecuciones. Ahora, cuando espero el sueño con ilusión y anhelo, éste se hace desear, y a veces no llega, provocándome una inquietud y un cansancio insoportable. Ése era mi estado anímico aquella noche cuando volvimos a casa después de celebrar el cumpleaños del abuelo. Me encontraba sola en mi cuarto. Esto no ocurría muchas veces, pero mi hermana había decidido quedarse a dormir en casa del abuelo, puesto que al día siguiente era domingo y no teníamos que ir al colegio. Me sentía incómoda y desvelada, sólo podía dar vueltas una y otra vez en la cama, y pensé que aquél era el momento ideal para leer el cuadernillo de la tía Marga que esa misma tarde había substraído del despacho de papá. Me levanté y abrí el cajón de mi escritorio donde lo había escondido, debajo del forro del cajón. El cuadernillo blanco estaba allí esperándome, más despierto que yo. Lo cogí con gran respeto, lo consideraba casi una reliquia. Cerré la puerta, apagué la luz, me metí de un salto dentro de la sábana, la ahuequé por dentro como si ésta fuera una tienda de campaña, y encendí la linterna que iluminó la primera página.

HISTORIA DE MARGOT

El cuadernillo de la tía Marga —adaptado por su sobrina años más tarde—

Mamá tiene unas manos blancas y delicadas como una reina.

Siempre las lleva cubiertas, casi desde que la conozco. Me acuerdo que de pequeña me extrañaba este hecho y le pedía que me enseñara las manos. Ella, con una elegancia impecable se quitaba los guantes de seda, los colocaba sobre su regazo y me acariciaba el pelo con ternura. Sus ojos negros a veces me imponen, ¡encierran tanta fuerza y pasión!, pero ella es toda delicada y etérea, como una floree illa silvestre a punto de ser arrancada. Al lado de mi padre, de barba poblada y ojos de implacable acero, su fragilidad se acentúa todavía más, formando así una pareja difícil de pasar desapercibida. Mamá adora a papá, esto hace que incluso a veces se olvide un poco de nosotros, sus hijos. Ahora ya no me importa, pero cuando éramos más pequeños y papá volvía de sus obligaciones militares o de alguna práctica que duraba un poco más de la cuenta, mamá se encerraba con él en su cuarto y apenas salían durante días. Este encierro era un misterio que todos acabamos por aceptar como la cosa más natural del mundo. No permitía que las criadas limpiaran los uniformes de papá, éstos eran algo tan sagrado para mi madre que sólo ella podía tocarlos, por supuesto, con sus delicados guantes. Les quitaba las manchas, los cosía con esmero y los colgaba en un armario enorme que había en la recámara. Un día, recuerdo, la sorprendí besando apasionadamente los botones de la guerrera de papá. Cuando me vio en el quicio de la puerta, en vez de enfadarse o avergonzarse, me llamó con dulzura y me ofreció los botones del uniforme para que yo también los besara y me pudiera contagiar así de su heroísmo. Por las noches nos contaba historias de papá cuando éste era joven y nos narraba sus experiencias en los campos de batalla, con una voz teatral y subyugadora. Se levantaba y accionaba con los brazos y las manos haciéndonos creer que blandía el sable o que caía herida. Papá es para ella algo más que un héroe lleno de medallas y condecoraciones, es su ideal… su vida.

Mamá profesa unas ideas muy avanzadas sobre el arte y la belleza. Nunca ha querido someterse a ningún tipo de enseñanza o disciplina que le pudiera cortar su espontánea e impulsiva creatividad. Según ella, dibujar, pintar, escribir poesía o bailar, van más allá de un mero aprendizaje; son simples reflejos o consecuencias de la inspiración y de la apreciación que cada uno tiene de la belleza. De muy pequeña aprendí que la creación ocurre siempre a pesar de uno mismo. «Es algo inevitable —me decía mamá, emocionada—, como el día y la noche, la luz y la oscuridad». Nadie sabe mejor que yo que mi madre ha sido para mí una fuente inagotable de inspiración. Ella es una artista nata, sin pretensiones, y por ello, imposible de calificar o definir. Sus ideas se adelantan a su tiempo, y sus acciones pueden ser criticadas, admiradas o envidiadas, pero nunca pasarán inadvertidas. Mamá es única e irrepetible.

Muchos calificarían de obsesiva la relación que mi madre tiene

con la belleza. Le repugna la fealdad y ama la belleza en todas sus expresiones. Este rasgo tan significativo de su carácter ha sido el causante de algunas situaciones embarazosas. Una noche, papá había invitado a cenar a casa a un compañero de su promoción que vino acompañado de su mujer. Mamá, siempre una perfecta anfitriona, torció el gesto nada más ver a su invitada. Bajó los ojos, y ni por un sólo instante volvió a mirarla. Yo estaba sentada a la mesa enfrente de ella, y aunque sólo tenía trece años me di cuenta, igual que papá, de la situación tan comprometida en que todos nos encontrábamos. Papá consiguió dirigirme un gesto de desesperación sin que nadie se diera cuenta. Pensé que tenía que hacer algo de inmediato para distraer la atención de todos. Levanté la cabeza y miré fijamente a la invitada que tenía enfrente, y entonces lo comprendí todo: ¡era tan fea! Me entró una compasión enorme. No había en aquel rostro tan poco agraciado nada que se pudiera salvar. La cara estaba totalmente desproporcionada, pero no era una irregularidad que añadiera gracia a las líneas, por el contrario, las acentuaba o curvaba de la forma más cruel y perversa. En el momento justo en que iba a abrir la boca para decir algo oí un sonido estrepitoso, y al volver la cabeza vi el cuerpo de mi madre tendido en el suelo. Papá y yo nos levantamos al unísono y tratamos de reanimarla. Mamá se había desvanecido. Estos desmayos ya se habían repetido alguna que otra vez y mi padre sabía lo que hacer. La pobre señora me miraba alarmada mientras papá se llevaba, casi a rastras, el cuerpo exánime de mamá. Cuando éste regresó a la mesa, excusándose, yo pedí permiso para hacerle compañía en su cuarto. Mientras recorría el pasillo que me conducía al dormitorio me preguntaba si mamá se habría desmayado de verdad, o si había sido todo un montaje teatral para poder escabullirse de la situación tan engorrosa que ella misma había creado. La habitación estaba a oscuras. Me acerqué de puntillas a la cama, le tomé las manos y le aparté del rostro unas cuantas hebras oscuras de su pelo. Mamá abrió sus inmensos ojos para mirarme suplicante, avergonzada. Me atrajo hacia sí y apretándome fuerte contra su pecho, suspiró: «Lo siento, Marga, pero es que no puedo… no puedo…». Yo intenté consolarla aún sin entenderlo.

Una de las cosas que más me sorprende de Mamá es la facilidad que siempre ha tenido para crear sus propios escenarios, no importa con quién o dónde se encuentre. Una tarde, tendría yo nueve años, había invitado a varias compañeras del colegio para jugar en casa y estábamos bastante aburridas en mi cuarto sin saber qué hacer. Cuando menos lo esperábamos, mi madre abrió la puerta despacio y asomó con misterio su cabeza, disfrazada de hada madrina. Yo misma apenas la reconocí. Entró con mucho misterio, y moviendo su varita

mágica nos preguntó con voz dulce por qué estábamos tan silenciosas y tristonas. Marichu, la más pequeña de mis amigas, se levantó entusiasmada y le preguntó si era un hada de verdad. Mamá le contestó que vivía en un libro de cuentos, pero que a veces escuchaba la tristeza de las niñas buenas y acudía a consolarlas y enseñarles juegos nuevos para que nunca más estuvieran tristes. Miré a mis amigas en silencio, no sabía lo que pensaban, pero desde luego ninguna de ellas se imaginaba que aquella hada madrina era la señora vestida de negro que les había recibido en la puerta hacía tan sólo unos minutos. Hice un guiño a mamá y decidí seguir su juego, quería saber hasta dónde podía llegar su imaginación. Mis amigas se animaron muchísimo y empezaron a preguntarle cosas. Todas se quitaban la palabra, las unas a las otras. Mamá impuso silencio y comenzó a enseñarles un juego tan desconocido como original. Cuando mamá abandonó nuestro cuarto, Marichu la quería seguir para ver en qué libro de cuentos vivía, yo le aconsejé que la dejara ir tranquila pues, según le expliqué, todas estas cosas de magia y fantasía deben mantenerse siempre en secreto. No tengo ni que decir que todas las compañeras de mi colegio querían venir siempre a jugar a casa, y también notaba que desde entonces me miraban con un cierto respeto y admiración.

Mamá es la que siempre me ha animado a hacer esculturas. Dice que mis manos son fuertes y ágiles, como las de un escultor; que tengo un instinto especial para transmitir, para dar vida, para transformar todo aquello que toco con mis manos. La escritura es más propia de mi hermana Consuelo, que escribe como quiere. Cuando éramos pequeñas, yo tenía doce años y Consuelo quince, realizamos un libro juntas; yo hice los dibujos y Consuelo escribió la historia. Es un cuento fantástico precioso, y se titula: *El niño de oro*. Conseguimos publicar una pequeña tirada de ejemplares con licencia eclesiástica y todo. Mamá estaba orgullosísima de nosotras y se lo enseñaba a todo el mundo. Este libro marcó mi vocación como artista. Todos me consideraban una dibujante excelente, pero mamá ya intuía que mi mundo sería mucho más duro y pedregoso, más exhaustivo y demoledor. Sólo ella sabía lo que mis dedos sentían al deslizarse entre el barro húmedo; la fuerza y seguridad que adquirían mis manos. Sí, la escultura es hoy día el eje de mi vida, mi amor y mi obsesión.

Una mañana, hace unos meses, mamá irrumpió bruscamente en mi taller. Yo me encontraba modelando una cabeza de mujer pero no estaba satisfecha con el resultado. Era uno de esos días negros en que todo me salía mal. Abrió la puerta de golpe y sin mirarme siquiera empezó a recorrer el espacio lleno de esculturas a medio acabar,

recitando un poema con voz firme y apasionada…

Rompió mi alma con ovo.
Y como mágica palmera
reclinada en su luz,
me acarició, mirándome
desde dentro los ojos.

Me dijo con su iris:
«Seré la plenitud
de tus horas medianas.
Subiré con hervor tu hastío,
daré a tu duda espuma».

Desde entonces, ¡qué paz!,
no tiendo ya hacia juera
mis manos. Lo infinito
está dentro. Yo soy
el horizonte recogido.

Ella, Poesía, Amor, el centro
indudable.

Me quedé muda, invadida por la emoción. Mi madre nunca dejaba de asombrarme. ¿Cómo sabía que aquel chorro de luz y de inspiración era justamente lo que yo necesitaba?

Siempre recordaré el primer día que mis padres me llevaron con ellos a la ópera. Era el tres de marzo de 1920. Me acuerdo bien porque era el regalo de mi cumpleaños, cumplía doce años. Aquel día fue tan memorable para mí que tengo grabado en la mente hasta el más mínimo detalle.

Horas antes de asistir a la ópera o a una fiesta de gala, mamá solía encerrarse en su recámara y abría un baúl enorme lleno de telas y brocados de distintos colores y texturas; además de cintas de seda preciosísimas, terciopelos, encajes delicados, puntillas, lentejuelas, perlas, hilos dorados, botones de nácar, de pedrerías, de jade, y un sinfín de tules, gasas y tejidos refinadísimos. Todos los ingredientes para crear un diseño único y exclusivo. Me gustaba observar a mamá cómo se movía entre sus pequeños tesoros. La suavidad de sus dedos al deslizarse por las sedas, su experta mirada al escoger una tela u otra, la expresión soñadora de su rostro al probarse un color delante

del espejo. Después, poco a poco, a medida que iba encontrando los materiales que le servirían para realizar su modelo, su rostro se iba animando, el lánguido movimiento de sus brazos se aceleraba ligeramente y sus manos adquirían una fuerza extraña al amoldar la tela alrededor de su cuerpo, probando incansable diversas formas y estilos, aceptando, desechando, haciendo, deshaciendo; sus expertos dedos prendiéndolo todo con alfileres. Yo seguía sus movimientos hipnotizada. Mamá, trabajando como en un trance, era imparable. Tremendamente perfeccionista, cuando yo estaba a punto de soltar un ¡oh! admirativo, ella ya se había adelantado y lo había deshecho todo. De esta forma, en la recámara de mamá, casi a oscuras, he visto desfilar cientos de modelos, de formas y variaciones, de ideas que penetraban mi mente para después salir en desbandada en líneas de tinta o golpes de cincel. El día de mi cumpleaños mamá me llevó a su cuarto para hacerme a mí también un traje especial. La tela de oro viejo rodeó mi cuerpo en unos instantes, los alfileres sujetaban las tablitas diminutas que me cubrían el pecho y los frunces de la cintura. Mamá me hacía girar despacio como si fuera una peonza a cámara lenta, confeccionaba las rosas amarillas y las hojas verdes en un minuto, las salpicaba por el traje como si éste fuera un jardín salvaje. Me recogió el pelo primorosamente con una diadema de florecillas verdes y blancas y, por último, me decoró los zapatos de charol con una hebilla dorada antigua. Se retiró para que pudiera contemplarme sola en el espejo. No creo que ningún modisto lo hubiera podido hacer con tanto gusto. Todo era exquisito, perfecto, además no se veía un alfiler por ninguna parte. Pegué varios tirones a la falda con fuerza y pude comprobar que el traje estaba sujeto muy sólidamente. ¡Sorprendente!, mamá acababa de terminar una obra de arte y sin mirarla dos veces, ya estaba escarbando en el baúl escogiendo material para la próxima. Así era ella, todo le salía espontáneo, natural, y a las cosas no les daba más o menos valor del que tenían por sí solas. Recuerdo que me encontraba exhausta de toda la energía que en menos de media hora se había acumulado en ese pequeño cuarto, pero quería quedarme para el segundo acto y ver cómo se las arreglaba ella sola, sin ayuda de nadie.

No me decepcionó; para ella se tomó mucho menos tiempo. Tardó en amoldar la seda negra a su cuerpo lo que una mujer tarda en ir a su armario y escoger un vestido para ir a una fiesta; así de sencillo. Estaba esplendorosa con su traje ceñido de seda negra, el escote cuadrado con dos broches de brillantes a cada lado, guantes de raso negro hasta el codo, y en la cabeza, un tocado también negro de donde salían, rebeldes, unos cuantos rizos oscuros, con una pluma verde, suave y majestuosa, como toque final.

Papá nos esperaba impaciente en la sala, vestido impecable con

su distinguido uniforme de gala. Como buen militar, la puntualidad era estrictamente necesaria, no se fuera a perder alguna batalla. Recuerdo sus ojos cuando miraron a mamá, y desde entonces siempre he deseado esa mirada de un hombre. Era una mirada impregnada no sólo de amor y admiración, sino de una fuerza interior intimidante. Entramos en el Teatro Real media hora antes de que empezara la función. Aquella noche se celebraba la gala benéfica de la Cruz Roja, y todo el mundo estaba elegantísimo. Yo sólo tenía ojos para mis padres. Hacían una pareja tan espectacular que todo el mundo les abría camino. Mi madre, acostumbrada a ese tipo de reacciones, me había aleccionado antes de salir de casa para que caminara muy derecha, con la cabeza erguida y sin volverme a mirar a nadie. Nos sentamos en el palco y mamá me dio el programa, que todavía conservo. Era la obertura de Tannháuser, de Wagner, pero lo que aquella noche tenía de especial era que, por primera vez en la historia del Teatro Real, subía al podio una mujer para dirigir. Se llamaba Rosa Luna y era profesora de música de las infantas Beatriz y Cristina. Mamá había traído sus diminutos prismáticos, y a mí lo que me hacía más ilusión era verlo todo a través de ellos. A mis doce años nunca había visto una ópera pero sí que había oído muchas de ellas por la radio. Mamá siempre ha sentido una pasión especial por la ópera, y a menudo se encerraba en su cuarto para gozar de ella a solas. A veces, cuando regresaba del colegio y encontraba su puerta cerrada, pegaba mi oído contra la madera y me quedaba hipnotizada escuchando. La ópera era un placer que, por alguna razón, nos estaba vedado a nosotros, sus hijos. Sólo en momentos especiales mamá nos invitaba a su salita de estar y, como si de un ritual religioso se tratara, nos ponía una ópera ligera, después de seleccionarla cuidadosamente en el más riguroso silencio. Nos decía que todo en esta vida tenía su momento y que no debíamos forzar el ritmo natural del tiempo. «La belleza —nos explicaba— es algo tan personal, único y sagrado, que hay que dosificarla para no acostumbrarse a ella y perder el deseo». Un día, de repente, mirándome a los ojos me dijo con gran convicción: «Tú, hija mía, tienes el don de la creación; captar y transmitir belleza, no lo pierdas nunca, por favor». Mi primera noche en el Teatro Real despertó una fibra mía que desde entonces me acompaña. Fue un despliegue maravilloso. Una orgía de voces, colores, instrumentos y escenarios. Pero después de diez años, lo que ha sobrevivido más claramente en mi recuerdo fueron las palabras de mi madre una vez que el personaje Wolfram finalizó su canción de amor a su pretendida Elisabeth en el solo: *lilick ich umher*. Se volvió hacia mí profundamente emocionada, y apretándome las manos me dijo: «Es una canción sobre la pureza del amor».

VII

LOS MOLINOS, aires de sierra perdidos en mi recuerdo. Me trae a la mente olores de pino y jara, de zarzamoras y tortilla de patatas, imágenes salteadas de mi primera pandilla; Linda, nuestra perra callejera; el canto del gallo al amanecer; una pulsera rosa de plástico —mi primer regalo romántico. Y sobre todo me trae una canción, la canción de aquel padre que nos abandonó. Todavía recuerdo su rostro invadido por la nostalgia, la increíble profundidad de sus ojos, su voz entrecortada y triste. Le miraba embobada mientras me cantaba apenado su secreto que yo no intuía todavía. Me convertía en su cómplice mientras canturreaba casi en un susurro:

Que ganas de llorar
en esta tarde gris
y en su repiquetear
la lluvia habla de ti
remordimiento de saber
que por tu culpa, niña,
nunca te querré...

Era un tango lánguido que yo ya había oído alguna vez por la radio, y como todos ellos, tremendamente trágico y romántico. Entonces no comprendía por qué me dejaba arrastrar por la magia de tales palabras. La canción se volvía hipnótica y repetitiva, era como una confesión desesperada, como si con la letra quisiera trasmitirme algo imposible de ser explicado...

Ven, triste me decías
que en esta soledad
no puede más el alma mía,
ven, y apiádate de mí querer
que tengo ganas de llorar
y suspirar siempre a solas
con mi corazón...

Yo le apretaba fuerte la mano. Él me oprimía el hombro levemente, sin mirarme. Me acuerdo que aquella tarde llovía como en la canción, y que aspirábamos la frescura del olor de la tierra mojada. Cantaba con él bajito, repetíamos las palabras, una y otra vez, como en un

sueño. No sabía entonces las consecuencias que traería tan maravilloso momento. Ahora sé que él ya había empezado a abandonarme.

María, nuestra vecina del sexto piso de la primera escalera, entró con mi madre en un portal del barrio de la Concepción. El portero las miró indiferente. «¿Viven aquí los señores de Gil? —preguntó mi madre con voz temblorosa—. «El tercero a la derecha». El portero volvió a la lectura de su periódico sin darse cuenta de que un mundo entero se había derrumbado delante de él. Mi madre empezó a subir las escaleras, contaba los escalones uno a uno, los abofeteaba con su furioso taconeo. María la seguía asustada: «Mujer, ¿estás segura de que quieres verle?, ¿por qué no nos volvemos a casa...?, mejor llamas por teléfono». Todo era inútil, ella volaba hacia arriba, quería verlo todo con sus propios ojos. Sintió como una oleada de sangre le inundaba el rostro mientras golpeaba el timbre impaciente. Era un cuadro que mi madre había visto ya muchas veces, pero sólo en los sueños. El llevaba un pijama a rayas y ella, con una bata azulona de lunares, asomaba su despeinada pelirroja cabeza por el quicio de la puerta. Por fin los veía juntos en la penumbra de aquel turbio apartamento; los dos muy juntos, robándole llevó consigo todas sus pertenencias, incluido el diario de su hermana. Había dejado escapar, sin duda, una ocasión única. A pesar del tiempo transcurrido y del dolor ocasionado por el trágico abandono de mi padre, la presencia mágica y misteriosa de la tía Marga me acompañaba más que nunca. Ella estaba y estaría siempre conmigo. Oía la respiración acompasada de mi hermana desde la cama de al lado. Encendí mi pequeña linterna y apunté al centro de la página de mi diario.

24 DE ENERO 1956

Hoy al llegar del colegio, Manuela nos lo ha contado todo. No se ha callado nada. ¡No me lo puedo creer!, seguro que se lo ha inventado todo. ¡Es mala y estúpida! Mi padre no tiene un pijama a rayas, ni tiene otro piso, ni vive con otra mujer más joven y de mala vida. ¡Es todo mentira!

VIERNES

No, no es mentira. ¡Es verdad! No he podido pegar ojo en toda la noche. ¡Mi madre llegó anoche llorando en los brazos del abuelo! Nos lo ha contado todo, hasta el último detalle. Los ha cogido in fraganti, o sea, juntos. Vive con esa mujer desde hace tiempo. Nos ha engañado a todos, ¿por qué?, no lo entiendo..., no lo sé... Papá, ¿por qué me has hecho esto? ¿Por qué me has abandonado? ¿Por qué?

LUNES

¡Cómo nieva!, son copos tan grandes que parecen de algodón, pero ya ni siquiera esto me hace ilusión. Mamá se ha pasado todo el fin de semana

llorando e insultando a papá. Me encierro en mi cuarto porque ya no quiero oír más. Yo ya no puedo llorar.

Pasaba las hojas de mi diario ávida y nerviosa. Todo estaba demasiado fresco todavía. Habían pasado tres años desde que mi padre nos abandonara, pero siempre esperaba su regreso.

Lo había imaginado tantas veces que ya casi lo creía posible. Estaba obsesionada. Cuando salía del colegio por las tardes, subía de dos en dos las escaleras de nuestro pequeño piso en Francisco Silvela y abría la puerta, casi sin aliento, esperando encontrarle. Pero un día tras otro mi ilusión quinceañera se desvanecía en el silencio y su ausencia me volvía a llenar toda. Mi padre lo había sido todo para mí. Nos traía mariscos los domingos y nos llevaba al cine por la tarde. Era alto, guapo, encantador, o así me lo parecía. Recuerdo que a veces lloraba perdida entre las multitudes del metro. Miraba a mi hermano, sólo un año mayor que yo, y le decía: «no me casaré nunca, nunca...». El me limpiaba las lágrimas, me consolaba. Eran años de colegio, de plena actividad. Jugábamos a la vida. Escondíamos los deseos. Vivíamos sólo momentos. Entonces no existían los recuerdos, los construíamos día a día. Mi madre era como una niña que tenía miedo, buscaba apoyo y protección, por eso gritaba a voces su desconsuelo. Mi madre lloraba y decía cosas que yo quería negar. Eran mares incontenibles en los que nos ahogábamos todos. Yo sólo sentía su dolor como mío. Mi madre lloraba, y sus lágrimas quemaban un algo dentro de mí que todavía hoy existe y no sé reconocer. «Nunca me casaré», repetía con voz ronca una y otra vez, mientras contemplaba mi cara de niña en el espejo de la cómoda de mi cuarto, «nunca me casaré... nunca...».

MARTES

Hoy he soñado algo horrible, no sé si llamarlo una pesadilla. Papá me vino a buscar al colegio. Estaba contentísima de verle porque muy raramente suele hacerlo. Me dirigí hacia él corriendo pero, como a veces pasa en los sueños, sentía mi cuerpo como un peso pesada y me costaba mucho mover las piernas. Quería llegar rápido hasta él para que no se juera y movía con gran esfuerzo los brazos en alto para llamar su atención, pero había mucha gente esperando a que salieran las niñas y no me podía ver. Traté de llamarle, pero el sonido no salía de mi voz Me sentía angustiada, por más que me esforzaba no adelantaba nada y cada vez le veía más pequeño. De repente me di cuenta de que en vez de adelantar estaba retrocediendo, y que poco a poco me alejaba más y más de él. Intenté gritar, pero las estruendosas campanadas del colegio ahogaron mi voz. Me desperté bañada en sudor y extenuada por el esfuerzo.

Mi padre volvió a casa a los pocos días de su marcha repentina

para hablar con mamá. Era la primera vez que se veían después del escandaloso incidente en el otro piso. Me acuerdo que nos encerraron a los tres hermanos en el cuarto más alejado de la sala para que no pudiéramos oír nada. Yo miraba al techo esperanzada, quizá todo se arreglaría. Me encontraba aprisionada en aquel cuartucho de sillones floreados de plástico. Quería correr a la sala y retener a mi padre en mis brazos para siempre. Quería abrazarle y decirle que no me importaba nada de lo que hubiera hecho, que yo le perdonaba todo con tal de que se quedara. Miraba la puerta cerrada, infranqueable. Las voces se elevaban cada vez más fuertes. Papá gritaba insultos horribles. Mamá lloraba fuera de sí. Los hermanos nos mirábamos ensombrecidos. De repente papá dejó de gritar y oí la puerta cerrarse con un portazo brutal. Después, el silencio; un silencio ensordecedor, y el vacío de un momento que mi padre nunca más volvió a llenar con su presencia. Esta vez su marcha fue definitiva. Él se fue manchando con su ausencia mis horas de silencio. Se fue abandonando mi más íntimo sueño, robándome el deseo de pertenecer. Mi padre se marchó en el momento preciso de un tiempo condenado al recuerdo. Se marchó abrupta e irremediablemente, con un portazo seco y el grito desolado de la desesperanza.

Recuerdo que aquellos días nevaba, cosa extraña en Madrid, y que usando esto como excusa no fuimos al colegio durante varias semanas, las cuales se extendieron como ríos desbordados por el dolor. De vuelta al colegio, mis compañeras me miraban con curiosidad. Me daba la sensación de que conocían todo lo sucedido hasta el más mínimo detalle. Adivinaba sus comentarios jugosos, sus risas burlonas y escandalizadas. Una de esas almas «caritativas», prima de mi madre, fue a contárselo todo a la Madre Superiora con pelos y señales. Mis amigas más íntimas se hacían las desentendidas o, por delicadeza, preferían no hablar del tema. De repente me sentía diferente a ellas. Las reuniones, las meriendas, el cine, las excursiones, los chicos..., pasaron a ocupar un lugar secundario en mi vida cotidiana. Mis preocupaciones no tenían nada que ver con las de mis compañeras de colegio. La ausencia de mi padre llenaba mi mente, se convertía casi en una obsesión. Me encontraba cada vez más atrapada en un túnel solitario sin salida. Las monjas del colegio me humillaban, insultaban a mi padre en sus oraciones, o así yo lo creía entonces; le llamaban pecador. La Madre Superiora me colocó un escapulario en el pecho y me dio una medallita de la Virgen para que la escondiera en el bolsillo de la chaqueta de mi padre. «Esto le protegerá y le apartará de tan mala vida», decía mientras su mano acariciaba mi pelo, como para limpiarme de tanta suciedad. Me repugnaba su tacto, sus hábitos negros que escondían las hipocresías del mundo. Olía a decrepitud, a cirio apagado. Me asustaba pensar lo que escondía su toquilla blanca.

Según ellas, mi padre, lo que yo más quería en este mundo, era un pecador. Bajaba la cabeza avergonzada. Pretendían que aceptara la ignominia, el insulto. Me humillaban innecesariamente. «Hija mía, arrodíllate y rezaremos por el alma de tu padre:

Mater amantissima,
ora pro nobis,
Mater amabilissima,
ora pro nobis,
Mater intemerata,
ora pro nobis,
Mater Immaculata,
ora pro nobis
perdónale señor, perdónale…».

Yo no quería rezar, quería estar más cerca del pecado para sentirme más cerca de mi padre. Quería comprenderlo todo, comprenderle a él. Quería a mi padre, su regreso, su volver a empezar.

MIÉRCOLES (FEBRERO 1956)

Mi padre no es un pecador. ¿Cómo se le puede decir eso a una hija de su propio padre? ¿Qué tipo de caridad cristiana es la que predican?, no conseguirán que odie a mi padre. ¡Nunca lo conseguirán! En el colegio no puedo hablar de nada de esto. Nadie me entendería. Pero tengo mi diario y tengo a Marga. ¡Marga!, ¿dónde estás?, a veces te hablo pero no te oigo, tú también te has ido, también me has abandonado. ¡Háblame, dime qué puedo hacer! Quiero volver a encontrarte.

Algo muy dentro comenzaba a desarrollarse lentamente. Éramos dos en mi cuerpo. Una desconocida iba ocupando mi ser, la oía balbucir en mis silencios rotos, la escuchaba en mi interior. Empezaba a escribir poesía. No era yo, era esa voz que gritaba en mi oscuridad, sentía su ahogo, sus ansias por salir de aquel espacio oprimido. La escondía siempre dentro, tenía que mantenerla oculta durante algún tiempo todavía. Acompañaba mi soledad y yo la suya. Los días pasaban muy rápidos, las imágenes en mi mente se sucedían a una velocidad casi vertiginosa. Me encontraba totalmente suspendida en un mundo irreal e imaginario. Trataba de escapar de esa realidad frustrada que me atormentaba día y noche. Construía diferentes escenarios donde las situaciones y los personajes adquirían miles de facetas diferentes. Me sentía cómoda y segura en ese pequeño teatro creado en la penumbra, allí llevaba siempre a cabo las situaciones más

imposibles. Sabía que aquélla era la única forma de mantener mi cordura y no perder la esperanza. «Todo es posible —me repetía a mí misma convencida—, todo lo que uno piensa o sueña es posible». Y así cerraba el telón para volver a crear un nuevo escenario.

7 DE MAYO 1956

Me escondo en mi cuarto enrejado de nardos y fantasías. Sé que sobreviviré…

VIII

EL HOMBRE alto de fino bigote y ojos profundos acariciaba mis manos. Me sentía mujer en su abandono. Era el día de mi santo y mi padre quería regalarme algo. Yo le abrazaba llorando y le pedía que hiciera posible esa fantasía mía frustrada de todos los días. Le pedía que volviera a casa. Estábamos solos sentados frente a la ventana entreabierta, escondidos en la semioscuridad del cuarto de música de la casa de su hermana Consuelo. Contemplábamos absortos los reflejos en los cristales de las luces de los coches que pasaban. «Cuando seas mayor comprenderás —me decía, intentando consolarme—, no puedo volver a casa, no sé mentir, no puedo hacerlo». Sus ojos marrones me miraban más allá de la tristeza. Me contemplaban fijos y perdidos queriendo acallar la angustia. Yo

querías explicarle que aunque él fuera un asesino o un ladrón yo le habría comprendido y perdonado. Le abrazaba llorando, mientras le suplicaba «¡Yo sólo quiero que vuelvas... por favor vuelve, por favor!». No era la niña de doce años quien se lo pedía, era la mujer que se escondía más allá de sus adentros. La mujer tímida que se resistía a salir todavía. Necesitaba comprensión, apoyo, cariño, el deseo de ser querida para siempre. «No puedo hacerlo —repetía con voz ronca—, no me lo pidas, por favor». Sus manos venosas buscaban las palabras, se movían nerviosas escondiéndose. Querían hacerme comprender lo inexplicable, aquello que se escapaba entre las yemas de sus dedos. Sentía su cara llenarse de surcos impenetrables mientras la oscuridad de la noche ensombrecía su voz. Me apretaba más y más en su abrazo humedeciendo mis mejillas con su dolor. Nunca más he vuelto a suplicar a ningún otro hombre, nunca volveré a hacerlo. Era la segunda vez que le veía llorar. Años más tarde, recordando aquel doloroso encuentro con mi padre, escribí en mi diario:

El abandono era una marca dolorosa sobre mis pechos recién nacidos. Era un deambular desesperado en el transcurrir lento de los días y las noches. Un pensar en él siempre como carencia de algo íntimo y adolescente. Un deseo disfrazado de esperanza. Un grito permanentemente ahogado.

La casa de la tía Consuelo se convirtió en el lugar más apropiado para ver a nuestro padre. Consuelo, once años mayor que papá, le protegía y hacía con él las veces de madre. A mí eso no me gustaba, pues aunque ella era una mujer de gran nivel intelectual, tenía un carácter sumamente dominante. Además de ser bella y enigmática,

poseía una gran personalidad y sobresalía por su elegancia. Era por lo tanto inevitable que ejerciera una gran influencia sobre su hermano, más joven y menos brillante. Creo que fue esto precisamente lo que me hacía desconfiar de la tía Consuelo pero, en el fondo, siempre la admiré. Fue la hija perfecta de la abuela Margot, y la hermana mayor de Marga. Una tarde a la salida del colegio fui paseando hacia su casa, situada en el Madrid de los Austrias, para encontrarme con mi padre. Quería reunirme con él para sondearle sobre la tía Marga. Hasta ahora, siguiendo los consejos de mamá, nunca me había atrevido a pronunciar el nombre de Marga en su presencia, pero después de que papá abandonara nuestro hogar, llevándose con él todas sus pertenencias, quería saber qué había pasado con las cartas, los escritos, y sobre todo con aquel preciado diario de la tía Marga que sólo estuvo entre mis manos unos segundos. ¿Por qué tenía que llevarse también a Marga?, pensaba indignada. Era igual que su verdugo, o que su sepulturero, ya que negaba a su hermana el derecho a la memoria de su propia existencia. Marga yacía amordazada en un rincón de la nada.

El paseo del colegio a casa de la tía Consuelo era como un Vía Crucis donde todas las escenas e imágenes vividas recientemente volvían a tomar vida y me atormentaban con una fuerza inaudita. Cada una de las calles por las que pasaba se convertía en escenarios de recuerdos. Y según su longitud, anchura o iluminación, jugaban uno u otro papel. Recuerdo una calle que se llamaba *Puñonrostro*, y que cuando la recorría sentía el impacto del portazo que dio mi padre al cerrar la puerta de mi casa por última vez, lo sentía como si fuera una bofetada que hiriera mi rostro haciéndome tambalear. Hasta que no llegaba a la calle de *los Milagros* mi tensión no se relajaba ni mi dolor se desvanecía. Pasaba a veces por otra calle cuyo nombre, *El Pajarito.*, me hacía recordar de inmediato mi pequeña actuación de pajarito desafortunado en una obra de teatro llamada: *El gato con notas*. Cuando éramos pequeños —tendríamos unos siete u ocho años—, mi hermano y yo actuábamos los domingos en la sesión infantil del teatro Albéniz. Mis primas hermanas, las hijas de la tía Consuelo, que eran bastante mayores que nosotros, escribían y ensayaban cuentos y obras musicales infantiles que después representaban en dicho teatro. A los primos pequeños, junto con varios amigos de la misma edad, nos usaban como actores. Recuerdo ya muy vagamente que muchas tardes nos encontrábamos todos a la salida del colegio en casa de la tía Consuelo. Nos sentaban alrededor de una mesa enorme que había en el comedor y que me infundía muchísimo respeto, y nos ayudaban a aprender de memoria, con muchísima paciencia, los textos y las canciones de la función del domingo. Creo que esa fue la época más feliz que recuerdo haber pasado en aquella casa. El ambiente era

fascinante; mis primas estaban siempre rodeadas de escritores, músicos y poetas. Se respiraba un aire sumamente creativo, excitante y divertido, y yo lo aspiraba con verdadero deleite. Fueron días llenos de emoción y fantasía en los que yo me transformaba en sirenita, o en lobo de mar, o en un pajarito que no se fiaba del gato —mi hermano— que le tendía la mano. Era un mundo fantasioso al que podíamos escapar fácilmente. Nos movíamos por el escenario como si estuviéramos en nuestra propia casa, como si nos perteneciera. Mi hermano era la estrella; el entonces famoso «gato con notas». Todos los niños le adoraban. Se metía a todos, grandes y pequeños, en el bolsillo. Tenía una simpatía y una gracia especiales, era un actor nato y creo que si hubiera seguido en el teatro hubiera llegado a ser una figura de gran relevancia. Nuestra presencia en los escenarios duró poco, la Madre Superiora de mi colegio se enteró de nuestras actuaciones en el teatro Albéniz por las compañeras que iban a ver las funciones matinales del domingo, y dio un ultimátum a mi padre diciéndole, muy amablemente, que tenía que elegir para sus hijos entre la vida depravada del teatro, o el colegio y los estudios. Por supuesto a papá no le quedó otra alternativa.

La vieja criada de la tía Consuelo me abrió la puerta. Tenía casi tantos años encima como la casa. Era un caserón enorme, un antiguo palacete en el Madrid antiguo, de largos pasillos y habitaciones enormes y sombrías. La puerta chirriaba siempre al abrirse como señal de bienvenida. Entré en un recibidor amplio y oscuro que olía, no a viejo, sino a antiguo, como en las buenas tiendas del Rastro. Reconocí al momento ese olorcillo a madera un poco rancia. Entré en el despacho, no había llegado nadie todavía. Este cuarto siempre me había fascinado especialmente pero no sabía el motivo. Aquel día, después de recorrerlo varias veces y de mirarlo todo con detenimiento, descubrí su punto de atracción. Era un desván lleno de recuerdos. Una colección de fotos antiguas, de dibujos con dedicatoria, de retratos y libros de incalculable valor se esparcían ante mi vista. Todo un pasado perfectamente colgado en las paredes, colocado con esmero y minuciosidad sobre las mesas, y alineado en los anaqueles de la enorme biblioteca. Un pequeño retrato de mi abuelo Julián provocó mi curiosidad. Me quedé como hipnotizada contemplándole. Sus ojos grandes, azules, serenos, me miraban directamente infundiéndome seguridad. Sí, el abuelo transmitía su poder y autoridad a través de esa mirada, que sin ser dura, intimidaba e imponía. Era un caballero a carta cabal; las cosas más extraordinarias le sucedían de la manera más normal. Todo formaba parte de una disciplina férrea y de un sentido del deber irreprochable. Pero las miles de anécdotas que nos contaban sobre sus peligrosas operaciones de campaña, sus heroicas

intervenciones, sus cruces y condecoraciones, no eran precisamente los temas que más me interesaban de su vida. La tía Consuelo nos enseñaba con gran devoción el reloj de oro que había pertenecido al abuelo, todavía con la bala incrustada justo en el centro de su esfera. Los pequeños lo mirábamos conteniendo la respiración, y nos sobrecogía el pensar lo cerca que estuvo de la muerte. Un simple reloj, que le acababa de regalar su padre para desearle suerte, le había salvado la vida en el campo de batalla. ***Yo*** siempre había creído en la magia de lo imposible, en el milagro. Pero desde entonces me reafirmé más en ello y todavía hoy sigo siendo su más fiel adepta. El abuelo Enrique también creía en todo este mundo de lo invisible. Recuerdo muy claramente algunos de sus discursos sobre el tema, que siempre me dejaban boquiabierta: «La magia —decía— existe solamente cuando creemos en ella. Igual que a la suerte no la atraemos cuando no la queremos, o la casualidad no acontece cuando no la ayudamos. Todo es prodigioso en este mundo porque nuestra propia existencia es ya un fenómeno inexplicable. Nuestra esencia es recóndita y misteriosa. ¿Cómo podemos dudar de lo mágico o de lo invisible si somos nosotros mismos la prueba más fiel de su existencia? Por esencia somos mágicos y la magia la hacemos nosotros. Sin embargo, esta faceta humana es difícil de descubrir, a no ser que tengamos una experiencia extraordinaria o extra sensorial que nos ponga en contacto con ella. Hay que aprender a penetrar la transparencia de lo invisible. Uno cierra los ojos, no para no ver más, sino para empezar a ver por primera vez. El poder de la magia está al alcance de todos pero algunos prefieren reír, negar o teorizar, porque sencillamente todavía no la han visto». El abuelo Julián, sin embargo, no creía que el reloj le había salvado la vida, sino que era una simple casualidad que se encontrara allí en el preciso momento y en el lugar adecuado, y si la bala hubiera llegado una décima de segundo más tarde, el movimiento de su cuerpo hubiera sido otro y su suerte también. Yo, por el contrario, siempre pensé que su mago especial le había soplado al abuelo aquella mañana que se colocara el reloj justo en aquel bolsillo junto al pecho para así poder salvarle la vida. Pero me imagino que esta versión tan personal de los hechos no habría sido muy aceptada por mi abuelo.

En un rincón del cuarto, sobre una repisa ancha de madera oscura que rodeaba un sofá de seda verde, podía ver cinco estatuas de la tía Marga. Eran niños pequeños de madera que contorsionaban su cuerpo y extendían sus brazos como buscando algo o a alguien; me transmitían una sensación inquietante y desoladora. Me entró una agitación interior difícil de explicar. El pasado de Marga estaba allí, medio escondido, casi enterrado, pero yo lo intuía en todo su esplendor. Sólo quería verla a ella entre toda esa colección de dibujos,

papeles, fotos y retratos. Recordé que Marga había mencionado, en el cuadernillo que había escrito sobre su madre, un libro de cuentos que había realizado con su hermana cuando todavía eran muy jóvenes. Estaba segura de que la tía Consuelo guardaría todavía algún ejemplar. Desde luego éste era el lugar adecuado donde poder encontrarlo. Me dirigí a la biblioteca, nunca me había acercado tanto a ella. Cuando era más pequeña, este mueble de madera tan lleno de libros me inspiraba, a la vez, miedo y curiosidad. Alguna vez, cuando no me veía nadie, me acercaba muy despacio y pasaba mis asustados dedos por los lomos de los libros acariciándolos. Pero después miraba hacia arriba y toda mi valentía se volvía a derrumbar. Su monumentalidad me producía una especie de vértigo tan intenso que tenía que bajar la cabeza y taparme los ojos para hacer desaparecer esa sensación de náusea y mareo que me invadía. El venerable mueble todavía me seguía inspirando un cierto respeto, pero el miedo y el vértigo habían desaparecido. Seguí buscando al azar, tenía la sensación de que si persistía en mi búsqueda encontraría el libro. Mis ojos recorrían a toda velocidad los desgastados lomos y sus interminables títulos. Sabía que lo que buscaba tenía que ser algo diferente y original, algo sutil que no llamara la atención. Recorrí varias veces con mis ojos toda la biblioteca, a lo largo y a lo ancho. Acabé extenuada y con el cuello dolorido. Era imposible encontrar un libro tan particular, quizá tan sólo un recuerdo de niñas, entre volúmenes tan importantes como los que se paseaban ante mis ojos. Me senté decepcionada en una de las sillas de la mesa camilla donde la tía Consuelo solía trabajar. Encima de la mesa había como siempre un montón de papeles y libros, estaba todo tan desordenado que daba pereza hasta mirarlo. Debajo de una columna irregular de carpetas y papeles vi un libro grande que sobresalía; la tapa, de papel duro diseñado con rosas amarillas y hornillas azules silvestres, incitó mi curiosidad. Lo saqué con cuidado tratando de no derribar la columna de papeles. Cuando lo tuve entre mis manos lancé un grito de alegría, pues en un recuadro al lado derecho del libro se leía:

El libro existía, y yo lo había encontrado sin pedírselo a nadie. Lo abrí con impaciencia. En la primera página, aparecía enmarcado, como si de una moneda antigua se tratara, el dibujo de una pareja de enigmática belleza. Los dos, abrazados, me miraban de frente con una expresión de profunda melancolía. Ella era casi una niña, y apretaba una muñeca de aspecto holandés entre el torso de su amado y su brazo. Empecé a pasar las páginas con lentitud. Una tras otra me mostraban unas imágenes que hablaban por sí solas, que se adueñaban

de mí. Yo no sabía si estos dibujos eran buenos o malos, pero me transmitían fuertes y desconocidas emociones; tenían vida propia, saltaban del papel, me conmovían.

Nunca había visto unos trazos que contuvieran tanta pasión y sentimiento. Antes de cerrar el libro me quedé absorta mirando uno de los dibujos que me había sorprendido más. El cuerpo desnudo de un niño con zuecos yacía dormido boca arriba sobre una balsa de madera, que trataba de mantenerse *a* flote en un mar revuelto. Una muñeca, un poco más pequeña que él, dormía a su lado. Se recostaba sobre un gran reloj, con una vela en el centro, que marcaba las horas. El niño tenía los brazos y parte del pelo dentro del agua. Los enormes peces giraban alrededor de la frágil balsa y miraban a los niños con una expresión de asombro en sus grandes y redondos ojos. Las nubes bajaban hacia ellos amenazadoras...

Me interrumpió el leve taconeo de la tía Consuelo que entraba en el despacho.

—Perdona que llegue tarde, como siempre algo me retiene a última hora. ¿Ha llegado tu padre?

Hablaba sin esperar respuesta. Yo me sentía como pillada en falta, estaba sentada en su silla y todavía tenía el libro entre mis manos. En un segundo la tuve enfrente de mí. Sus intensos ojos azules me miraban inquisitivos. Reaccioné rápidamente y levantándome de la silla le mostré el libro.

—Es precioso —dije—, me encantaría leerlo.

La tía se irguió un poco sorprendida, y esbozando una de sus mejores sonrisas me preguntó extrañada:

—Pero, ¿es que nunca habías visto este libro?, ¿no me digas que tu padre nunca te lo ha enseñado?

Negué con la cabeza, muy seria, intuía que en estas situaciones lo mejor era hablar lo menos posible,

—Tu tía Marga tenía muchísimo talento,.., hacía esculturas y dibujos maravillosos.,

Y haciendo una pausa, prosiguió;

Ya, ya sé que a tu padre no le gusta hablar de todo esto. Mejor que no lo hagamos delante de él...

Bajo un poco la voz mientras me proponía en tono confidencial:

—Si te gusta mucho, trataré de conseguirte uno,

Y dedicándome un gesto de complicidad, salió del cuarto para recibir a papá, que nos llamaba desde el vestíbulo.

IX

UNA MADRUGADA me despertó el ruido de la puerta. Oí lo» pasos tambaleantes de mi padre por el pasillo. Su voz. empapada en alcohol llamaba a mi madre. Ella corrió asustada a nuestro cuarto, se metió en mi cama y se apretujó contra mi cuerpo dormido. Sentí su miedo entre las sábanas blancas. Mis pudorosas manos cubrieron mis oídos con fuerza, pero así y todo podía oír claramente los insultos roncos de mi padre desde la habitación de al lado. El silencio de la noche me ayudó a incorporarme. Era una sonámbula buscando su sueño. Atravesé el oscuro espacio del pasillo que separaba nuestros cuarto», sentí el frío intenso de los baldosines como un cuchillo en los talones. Busqué su cuerpo entre la tupida sombra. Me acerqué a su cama siguiendo el ruido de su respiración entrecortada. Desconocía su cara tan contraída por el dolor. Su lloro era un quejido brutal y desconsolado. Mascullaba palabras incoherentes y desordenadas en absurdo soliloquio. Le vi hundirse cada vez más en un abismo tenebroso y oscuro. Yo sólo quería estrecharle en mis brazos y acallar esa agonía. Quería ser madre por primera vez.

Escribí en mi diario recordando esta escena, años más tarde:

Mi despertar era abrupto e inevitable. Abría los ojos pasando de la lóbrega oscuridad a la magnífica brillantez de una luz nueva. Mis manos curiosas descubrían las formas de mi cuerpo eternamente niño. Los dedos inquietos recorrían mi alarmado vientre hasta pararse en el lado izquierdo del pecho sintiendo su dolor. Cerraba los párpados buscándome en su lento renacer. La punzada dolorosa rompía mi pecho en mil pedazos. La niña salía una vez más ahogada en su gemido y yo la contemplaba en mi recuerdo.

Es difícil contemplar el pasado sin dejar que nos asalten los demonios; es difícil reencontrar los sentimientos. Hace unos meses soñé con la niña triste y desvalida de aquellos tiempos. Nunca antes nos habíamos encontrado tan directamente. Yo estaba sentada en una de las mesas que formaba parte de un banquete suntuoso. A mi lado, una niña lloraba y yo sentía su gran congoja como mía. Sus profundos ojos negros me miraban desamparados. La cogí entre mis brazos, como una madre, ante la vista sorprendida de todos los invitados, y la mecí fuerte en mi pecho. Cuando desperté sentí el desahogo infinito del tiempo.

Mamá se recuperaba poco a poco del abandono de mi padre; empezaba a salir con sus amigas al cine y a merendar. Relucía como

una piedra preciosa entre las rocas del desierto. Se maquillaba todos los días prolijamente y, con un pañuelo cubriéndole la cabeza, se iba a la peluquería del barrio a que la peinaran. Todavía no he llegado a comprender cómo una persona tan coqueta y presumida como era ella, nunca aprendió a peinarse. Yo la veía salir toda perfumada y arreglada hasta el último detalle y me sentía orgullosa de tener una madre tan guapa y elegante. Alguna vez me venía a buscar al colegio por la tarde y nos íbamos de compras. La recuerdo con su ceñido traje de chaqueta negro y sus altísimos tacones. Los hombres se volvían a mirarla, pero ella seguía caminando con la cabeza erguida, su paso corto y rápido, apretándome la mano. Algún que otro hombre soltaba un piropo o comentario que ella simulaba no oír, como si fuera algo vulgar y chabacano. Yo, en cambio, siempre me volvía para mirar al ignorado plebeyo y mientras le sacaba la lengua valoraba cómo hubiera sido nuestra vida si mamá hubiera elegido a aquel hombre por marido. En una ocasión, debido a nuestra precaria situación económica, propusimos a mamá que buscara algún tipo de trabajo, aunque sólo fuera algunos días a la semana. Pensamos que esto le serviría de diversión y la mantendría ocupada. Nos miraba asustada mientras protestaba: «¡Pero si *yo* no sé hacer nada!, ¡si me han educado para casarme y nada más!». Nosotros la animábamos diciéndole que no era tan difícil aprender y que ella era muy lista. Un día nos anunció que un amigo suyo, dueño de una joyería bastante famosa, le había conseguido un puesto como encargada de una de las tiendas. Mamá pensaba que este trabajo estaba más o menos a su altura y se propuso probarlo. En su primer día, mamá escogió cuidadosamente su indumentaria. No quería ponerse algo excesivamente elegante porque estaba fuera de lugar; ni llamativo, pues sería vulgar. Tenía que ser un traje sastre sencillo, y al mismo tiempo fino y distinguido, pero que no llamara la atención. Por fin se decidió por un traje de chaqueta gris perla con un ribetito de terciopelo negro en el cuello y mangas. A la salida del colegio nos la encontramos en casa llorando. Su *jefe* le había entregado una bata blanca horrorosa nada más llegar; ella se negó a ponérsela y salió deprisa de la tienda sin dar ninguna explicación. Se sentía tremendamente ultrajada: «Imaginaos a vuestra madre —nos decía atónita— con una bata blanca detrás de un mostrador...». Su cara expresaba una pena incontenible.

Después de tan malograda experiencia nos dimos cuenta de que sería difícil encontrar un trabajo para nuestra madre y decidimos no volver a hablar del asunto.

Mamá tenía que hacer verdaderos milagros para economizar. Mi padre tuvo que dejar el empleo que tenía con un tío de mi madre, y como su trabajo en la RENFE no era suficiente, empezó a prepararse

para lograr la cátedra de Ingeniero Industrial y poder dedicarse también a la enseñanza. Fueron años muy duros para todos, y me imagino que de modo especial para mi padre, que tenía que sacar dos familias adelante con sólo un sueldo de funcionario. Mamá encargaba a María, la vecina, que nos confeccionara trajes maravillosos con cortinas viejas o retales baratos, y cortaba cartones que nos colocaba dentro de los zapatos del colegio para no mojarnos los pies en los días de lluvia y ahorrarse así las medias suelas en el zapatero. Recuerdo la vergüenza que sentía todas las mañanas en el colegio al arrodillarme para comulgar, exponiendo a la vista de todas las compañeras mis humildes suelas adornadas con sendos agujeros. Mi gran ilusión entonces era poder comprarme unos zapatos con gruesas suelas de goma, que no permitieran mostrar mis interioridades. Mamá era como una hormiguita y se las apañaba para sacarnos a todos adelante. Su organización monetaria era muy primitiva, pero nunca le fallaba. Todos los meses metía en siete sobres blancos, que guardaba dentro de una cajita metálica, el dinero del mes presupuestado. De manera que si un mes no le llegaba el dinero asignado en el sobre de la eximida, lo cogía del de vestir, y si otro mes le sobraba algo de uno de los sobres, lo acumulaba para extras. Y así siempre llegaba al final de mes sin apuros. Mamá desconfiaba de los bancos como del mismísimo diablo, y tengo que decir que no iba muy desencaminada. Todos aportábamos nuestro granito de arena. Mi hermano compartía conmigo generosamente el dinero que sacaba al devolver los cascos de gaseosas y coca-colas. Esto me salvó, más de una vez, de quedarme sin ir al cine con mis amigas algún domingo por la tarde. El tener que apretarnos los cinturones en un mundo tan aparentemente privilegiado como en el que vivíamos no fue ninguna tragedia para mí, al contrario, me sirvió como aprendizaje para saber separar el trigo de la paja, y poder discernir sobre el nivel de bondad y generosidad de las personas que nos rodeaban.

Todavía recuerdo el enfado y la rabia que sentí cuando un día la tía Nina, madrina de mi madre, apareció por la puerta de nuestro pequeño piso de Francisco Silvela para, según ella, «consolar» a su pobre sobrina. Su chofer uniformado la acompañó a subir en el minúsculo ascensor —no le fuera a pasar algo— y la dejó dentro de nuestra pequeña sala. Sus transparentes ojos azules examinaban la tristeza de mi madre.

—Lola —le decía con su voz un tanto chillona—, ya te lo decía yo, las mujeres siempre pagamos el pato. Tú has sido tonta toda tu vida, ¡mira que casarte con ese don nadie, con los partidazos que tenías!

Mamá empezó a llorar. Ella prosiguió con un monólogo desarticulado mientras movía las manos, impúdicamente enjoyadas.

—Tú lo que tienes que hacer —decía convencida— es entregar los hijos a su padre, ¡a ver cómo se las arregla él solo!, y entonces tú te vienes conmigo y me acompañas a viajar. Ya sabes..., una especie de señorita de compañía. Con lo guapa que eres... —le concedía muy a pesar suyo— ya verás qué pronto encuentras un milloneas por ahí que te regale y te mantenga.

Y poniéndose los anteojos miraba con desdén los baldosines rotos del suelo de la sala.

—Te voy a mandar al padre Cavestany para que hables con él. ¡Dios mío, Lola..., qué vergüenza!..., mis amigos están horrorizados con todo este escándalo.

Y así seguía atormentándola con sus palabras mientras sorbía el té con una exagerada delicadeza que rayaba en lo cursi. Vivía en un suntuoso piso en la Plaza de la Independencia, y había heredado una gran fortuna de su segundo marido, un millonario francés. Sólo se preocupaba de sus partidas de bridge y de ir al Cotolengo, un centro de caridad donde todas las señoras con mucho dinero y nada que hacer acudían de vez en cuando para redimirse de tanta frivolidad. Ella era la millonada de la familia, y por eso, desde muy pequeña, supe que el exceso de dinero dañaba a la gente. En Navidad, cuando íbamos a felicitarle las Pascuas, sus odiosos perritos pequineses ladraban y nos mordían los tobillos nada más traspasar la puerta; era un singular recibimiento digno de tal dama. Muchos años más tarde, unos días antes de mi boda, me encerró con ella en su despacho y me dio de regalo un crucifijo de mesa de plata antigua con piedras preciosas incrustadas. Apoyando su mano ensortijada sobre mi hombro, me susurró al oído con gesto de gran complicidad:

—No te preocupes, aunque *eso* es algo horrible, tú cierras los ojos y piensas en otra cosa, cuando te vayas a dar cuenta ya ha terminado todo. Sólo es cuestión de acostumbrarse.

Y diciendo esto, me daba golpecitos en la espalda para animarme un poco. Tardé algún tiempo en darme cuenta de que *eso*, a lo que ella se refería tan enigmáticamente, era el sexo. Siempre pensé que le tenía una gran envidia a mi madre, por su juventud y belleza, y creo que seguramente esa fue la causa principal por la que nunca le ayudó en sus grandes apuros económicos. Es justo mencionar, porque creo que todo hay que decirlo, que de vez en cuando la tía Nina hacía limpieza de armarios y, entre el Cotolengo y sus criadas, también se acordaba de su sobrina, y en un alarde de generosidad le daba algún traje usado que ya no quería. Mamá, por desgracia, podía sacar poco partido de esta ropa debido a las diferencias de las medidas corporales existentes

entre las dos, tanto en la horizontal como en la vertical. Durante mucho tiempo no pude mirar a esta mujer, hermana de mi abuela materna y madrina de mi madre, directamente a los ojos, porque siempre que lo hacía no podía evitar pensar que si mamá hubiera seguido sus consejos, ella también nos habría abandonado.

Por el contrario, la hermana de mi madre, que era mi madrina, siempre había sido mi tía favorita. Pilucha conseguía hipnotizarme de pequeña cantándome siempre el mismo estribillo:

Muñequita linda de cabellos de oro, de dientes de perla, labios de rubí. Yo te quiero mucho, mucho, mucho, mucho, tanto como entonces, siempre hasta morir...

Por alguna razón me había adjudicado esa canción y me hacía sentir todo un personaje. Un verano me llevó con ella y sus ocho hijos a Avila durante un mes, para poder disfrutar del aire de la sierra. En Avila me llamaban la niña del traje de color de rosa, porque era el único vestido que decidí ponerme aquella temporada. Entonces nadie sabía que yo sólo buscaba a mi padre y que nunca más le volvería a encontrar. Yo ya lo intuía y por eso escribía poemas amargos sobre el abandono y la muerte. Aprendí a llevar en secreto su recuerdo a todas partes conmigo. Trataba de no apartarlo nunca de mí. Era como un hierro al rojo vivo que me quemaba las entrañas. Aquel verano me convertí en mujer. Una mañana me levanté de la cama con una gran mancha oscura en mi braga blanca. La escondí asustada. La lavé una y otra vez, la frotaba con mis manos hasta hacerlas enrojecer pero no salía con nada. La mancha, de un rojo negro intenso, permanecía como una herida perennemente abierta, como testigo cruel de algo horrible. Sentí vergüenza, como si hubiera cometido algo muy malo: el mero hecho de existir, de ser mujer. Años más tarde, recordando aquel verano, escribí en mi diario:

La niña del traje de color de rosa escondía su sangre oscura. La escondía y la contemplaba como algo insólito e inesperado, como algo eminentemente suyo. La sentía fluir entre los muslos apretados como un chorro ardiente e incontenible, como un fuego oculto e intocable. Soñó que el agua era transparente y clara, que desnudaba su cuerpo y lo sumergía en silencio para limpiarlo de tanta oscuridad. Flotaba etérea, inanimada. Se abandonaba a un no ser plácido y desconocido. Se entregaba a un continuo y misterioso deslizar. Hubiera querido permanecer allí siempre, pero despertó del sueño. La niña del traje de color de rosa se resistía a ser mujer porque todavía no había encontrado a su padre.

A veces los momentos se intensifican en el recuerdo, al igual que

pierden su dramatismo e importancia con el tiempo. También hay otros que no se captan al instante y sólo adquieren forma, por su simbolismo y significado, en un futuro más intuitivo, sabio y maduro. Pero todo, absolutamente todo, se va archivando en nuestra mente: nuestro cuarto trastero, más o menos ordenado, donde vamos almacenando imágenes y experiencias, conscientes o inconscientes, y de donde salen ya procesadas y un tanto enmohecidas para formar parte de nuestra vida real y de nuestros sueños. Por eso consulto y leo constantemente mi diario negro; para contrastarlo con mi recuerdo. Existen personajes, o fantasmas de nuestro pasado, que permanecen inalterables en el gran universo de nuestra memoria, como el mástil de un velero en un mar tranquilo. Nuestra vecina María, la que acompañó a mamá el día de su aciago descubrimiento, es uno de ellos, porque cuando la necesitábamos nos ofrecía más de lo que tenía. Fue una de las personas a la que siempre estaré agradecida por su desinteresado cariño y gran generosidad. Durante las vacaciones del verano, ella nos ofrecía a mi hermano y a mí su pequeño piso en la plaza de un pueblo cercano a Madrid, donde veraneaba con su familia. Nos abría sus puertas con toda la alegría del mundo, a pesar de la modesta condición en que vivían. Nunca supe, o quizá mi juventud me privó de preocuparme por ello, quién de los cuatro miembros de la familia me había cedido su cuarto para que yo pudiera estar más cómoda durmiendo sola. Me ofrecían su casa, su cama, su comida, a costa de una mayor estrechez e incomodidad para ellos. Gracias a María y a su familia mi hermano y yo pudimos veranear durante varios años, y fue allí donde yo formé mi primera pandilla y donde me enamoré por segunda vez.

21 DE JULIO 1958

Hoy le he visto. Yo sé que él también a mí. Juraría que nos hemos visto los dos al mismo tiempo, pero enseguida hemos retirado la mirada. ¡Qué vergüenza me ha dado! ¡Es guapísimo! Él ha seguido mirándome, claro, que de reojo. Yo estaba sentada en las gradas que han puesto en la plaza para el baile de mañana por la noche.

22 DE JULIO

Han empezado las fiestas del pueblo. Esta noche hay fuegos artificiales y voy a verlos con los amigos de Rafael, espero ver al chico de ayer. Tiene unos ojos preciosos... Por favor, no me decepciones... ven esta noche. Sé que tú quieres verme tanto como yo a ti. Creo que ya me estoy enamorando. Te espero.

23 DE JULIO

¡No me ha decepcionado! Anoche estuvo en los fuegos artificiales... me miraba todo el rato. Tiene una pandilla muy grande de amigos. Todos

quieren conocerme, porque saben que soy nueva en el pueblo. Quieren hablarme, pero no se atreven porque estoy con los amigos de Rafael, que son los chicos de la pandilla del pueblo y algo más mayores que ellos. Rafael le conoce pero no es amigo suyo, dice que se llama Joaquín y es de la pandilla de los veraneantes, que son unos señoritos. Quiero hablar con él, pero no me atrevo. No quiero que se enfaden conmigo los del pueblo. Por ahora me basta con mirarle... Tiene una voz preciosa.

24 DE JULIO

Sabía que me sacaría a bailar. Anoche, en el baile se me acercaron todos aprovechando un momento que estaba sola tomándome un refresco. Me preguntaron si quería hacerme de su pandilla. Yo no sabía que contestarles. Todos saben que me quedo en casa de Rafael, pero Joaquín enseguida me tomó del brazo y me sacó a bailar. ¡¡¡Qué nervios!!! Yo estaba timidísima, aunque no lo soy para nada... ni siquiera le podía mirar a la cara. No sé por qué me da vergüenza mirarle a los ojos... no quiero que piense que me gusta... pero no sé disimular, seguro que se me nota muchísimo cuando le miro. Y qué importa, ¡si es verdad... verdad!, Joaquín, ¡¡¡megustassss!!! ¡¡¡meencantas!!!, creo que ya me tienes coladita. Rafael me vio bailando con él pero no me ha dicho nada. Tengo que decir a María que esta tarde me han invitado a ir con todos ellos a merendar a la Alameda. Me han dicho que no importa que no tenga bici. Creo que invitaré a Rafael para que venga conmigo...; así nadie se enfadará.

27 DE JULIO

¡Te quiero... te quiero... no... te AMO...!

3 DE AGOSTO

Hoy ha sido un día muy triste porque mañana regreso a Madrid, pero me ha pasado algo increíble. Fuimos toda la pandilla de excursión a las Heras por la tarde, después de la siesta. Como yo no tengo bici Joaquín se ofreció a llevarme. Los dos lo estábamos deseando. Al principio iba un poco incómoda sentada en la barra que se me clavaba en los muslos, pero al cabo de un rato estaba en la gloria. Sólo sentía su aliento en mi oído derecho y su mejilla sudorosa rozando la mía. ¡¡Nunca he sentido algo así...!! Tiemblo de sólo pensarlo. Sus brazos me abarcaban muy fuerte agarrando el manillar, y sentía los latidos de su pecho como dardos en mi espalda. De vez en cuando me rozaba la cara con sus labios, pero tan suave que me causaba escalofríos. Creo que si en uno de esos mágicos momentos hubiera girado un poco la cabeza, nos hubiéramos dado un beso. ¡¡¡Mi primer beso...!!! Ese beso, con el que sueño en darte desde que te conozco. Pero me voy sin el beso..., sólo me llevo tu recuerdo, Joaquín... Joaquín... ¿cuándo te volveré a ver?¡Ya estoy sufriendo!

Sí, así fue, me fui sin su beso, y nunca llegué a probarlo de sus labios. Sin embargo, esa misma tarde ocurrió una escena entre nosotros que ahora recuerdo y considero mucho más romántica. Entonces no le di gran importancia ni me debió de emocionar mucho, puesto que no la escribí en mi diario, pero la recuerdo con mucha nitidez. No fue hasta llegada la noche, cuando regresábamos todos cansados de la excursión, nos quedamos los dos un poco rezagados de los demás. Joaquín, superando su timidez, paró la bici en una cuesta y mirándome a los ojos, liberó un mechón de mi pelo que tenía sujeto por una horquilla a un lado de la frente. Mi cabello cayó desbordado sobre mi cara y con mucha suavidad entrelazó las sedosas hebras entre sus dedos, acariciándolas en silencio. Este pequeño incidente, que a mis catorce años me pasó casi inadvertido, hoy todavía lo recuerdo con una cierta nostalgia.

X

UNA MAÑANA ME DESPERTÉ con un fuerte dolor de garganta. Mamá vino enseguida y, temiendo que se me presentara otra vez uno de mis frecuentes episodios de anginas, me ordenó que me quedara en cama. Recuerdo que estaba contentísima, necesitaba atención, mimos, y un poco de tiempo para mí misma. Mamá era la perfecta enfermera, entraba cada minuto al cuarto para preguntar cómo me sentía y si necesitaba algo. Le encantaba traerme grandes vasos de zumos de limón recién exprimidos, y se quedaba a mi lado vigilante mientras me apremiaba impaciente: «bébelo deprisa para que no pierda sus vitaminas». Hacía mucho tiempo que no tenía a mi madre para mí sola y quería aprovecharme de ello. Durante aquellos años las horas pasaban muy rápidas para mí, aunque también muy lentas. A veces tenía la necesidad absoluta de parar el tiempo, y me suspendía como una acróbata en una nebulosa grande y oscura en la que sólo cabíamos yo y mis sueños y de la que me era difícil salir. Pero esto sólo ocurría en raras ocasiones. Por lo general, mi vida transcurría llena de actividades y de tareas aburridas en el colegio. Estaba tan programada que tenía incluso que robar horas y minutos del sueño para poder escribir en mi diario. Pero lo que más me indignaba era el mero hecho de tener que estar siempre dando cuenta a los demás de todas mis acciones. «Los niños —gritaba con rabia a mi madre— vivimos en cautiverio y vosotros, los padres, sois nuestros carceleros legales». Recordaba furiosa cómo, cuando era mucho más pequeña —tendría unos seis años— mis padres me regañaban porque pasaba horas enteras sentada en el suelo de mi cuarto, mirando a la calle a través de los barrotes negros del balcón, con mi gato siamés, Cuqui, enrollado en mi cuello como si fuera una bufanda. Estaba claro que el aislamiento voluntario, tan buscado por mí en aquellos años, asustaba a mis padres. Pero, ¿cómo podía yo reconciliarme con mis sueños, que entonces tanto me asustaban, si no se me permitía soñar despierta? Un día encontraron a Cuqui tendido en la acera de la calle, justo debajo de mi balcón. Se había precipitado desde un sexto piso, donde vivíamos; por suerte, sólo se había roto varias costillas. Acto seguido, fui acusada de haberle empujado vilmente al vacío y, sin darme siquiera una oportunidad para poder defenderme, me castigaron a cederle mi cama mientras se curaba de sus heridas y yo dormía en el suelo a su lado. Esta acusación, tan insólita como injusta, despertó en mí un prematuro deseo y sed de justicia. No podía comprender cómo llegaron a pensar que yo había sido la causante de tan cruel fechoría.

Acaricié el lomo atigrado de Cuqui; aunque ya no era ningún jovencito todavía conservaba el mismo porte altivo y salvaje de aquellos años. Su familiar ronroneo me trajo a la realidad. Sí, pensé con cierta nostalgia, ¡habíamos pasado tanto juntos!, incluso ya le había perdonado el zarpazo que me lanzó directo al ojo un día que pretendía jugar con él en un mal momento; no me dejó tuerta de milagro. Pero desde entonces, siempre que estaba enferma, Cuqui venía a mi cama y no se separaba de mi lado hasta mi total recuperación. Parecía como si quisiera hacerse perdonar o, al menos, devolverme la atención de mis cuidados. Sí, estaba contenta de caer enferma en la cama. Ya ni siquiera me importaba el terrible dolor de garganta que me impedía tragar. Nuestro médico de familia nos había explicado alguna vez, para animarnos un poco cuando nos poníamos enfermos, que las enfermedades, como también las crisis o las desgracias familiares, marcan los períodos de tiempo más aptos para crecer y madurar, no sólo en el aspecto físico sino, sobre todo, en el psíquico. Tenía razón; al menos en mi caso, pues yo tuve la suerte de encontrar mi voz y mi espacio propio en el terrible dolor que me produjo el abandono de mi padre.

Mamá entró de nuevo en el cuarto y se sentó a mi lado dispuesta a hacerme compañía. Me empezó a contar algo, poseía la inconfundible característica de encantar a la gente mientras hablaba. Tenía una voz ronca, desgarrada, llena de matices y altibajos. Recuerdo una vez que un amigo de papá vino a comer a casa, y durante el café mamá se animó un poco y empezó a hablar saltando de una narración a otra, de una forma tan graciosa y personal, que dejó a nuestro invitado totalmente hechizado. Mamá le preguntó algo de improviso referente a lo que acababa de contar, y el hombre, un poco avergonzado por haber sido descubierto, le contestó: «Lola, por dios, ¿qué importancia tiene eso?... ¿Por qué no sigues hablando y me lo cuentas todo otra vez?». A mí también me encantaba escucharla, aunque nunca podía saber exactamente el porcentaje de fantasía o realidad que había en todas sus narraciones. Esta vez le pedí, con toda la curiosidad de una niña de catorce años, que me hablara de su madre, la abuela Pilar, a la que nunca conocí. Mamá me miró triste y exhaló un largo suspiro:

—¿Qué quieres que te diga de mamá?, ¡pobrecilla...!, cuando me acuerdo de todo lo que sufrió... —dijo tocándose la frente—. Tuvo una vida muy infeliz, siempre enferma, de sanatorio en sanatorio...

—Pero... ¿qué tenía? —pregunté con aprensión.

—Al principio, los médicos dijeron que estaba tuberculosa...

—¿Y escupía sangre?... —la interrumpí con un gesto de asco.

—Hija... ¡no seas morbosa!... —dijo impaciente, agitando sus manos como para borrar tal imagen de su mente.

—Entonces... —continuó—, se la llevaron a un sanatorio de esos que hay en la sierra para enfermos del pecho y nos separaron de ella para que no nos contagiara, hasta que por fin descubrieron que en realidad lo que tenía era asma...

Yo seguía sus palabras una a una hipnotizada. El tema de las enfermedades siempre me había fascinado.

—El caso es que cuando ya la pobre mamá regresó a casa con sus hijos, fue para morirse...

—¿Y tú..., la viste morir?

—Sí —respiró hondo—, ¡si supieras cuanto sufrió en los últimos días!, y todo... —prosiguió desalentada— por una inyección mal puesta.

—Pero..., ¿quién se la puso?

—¡Ella misma!, fíjate qué tontería.

—¡Cómo se podía pinchar ella sola!, ¡antes preferiría morirme! —exclamé asustada.

—Ya estaba muy acostumbrada... —continuó pensativa—, ...estábamos veraneando en Villalba, mamá se puso una inyección para calmar un ataque de asma y poder respirar. Se tenía que inyectar tan a menudo, que ya ni siquiera esterilizaba las *agujas al pincharse*. El caso es que al día siguiente le apareció un bultito en el muslo derecho que le fue creciendo con una rapidez inusitada, y antes de que nos diéramos cuenta, en una semana, ya se había convertido en un foco grande de infección.

: ¿Y le salía mucha pus? —la interrumpí clavando los
dientes en los nudillos de mi mano.

—Eso... —me miró angustiada—, eso fue lo peor de todo; el olor tan horrible que despedía toda ella..., como a podrido; sobre todo en los últimos días. ¡Siempre me acordaré de ese olor!, a veces aparece cuando menos lo espero, lo llevo incrustado en mi corazón.

Los ojos de mamá me miraban pero no me veían. Su mirada se hallaba perdida, enmarañada, entre las grandes madejas de la memoria. Continuó lentamente:

—El médico del pueblo intentó sajárselo, pero ya era demasiado tarde, y tuvieron que llevarla en ambulancia a Madrid. Al principio se habló de amputarle la pierna..., ya sabes... —me aclaró por si no lo comprendía bien del todo— ...de cortársela por aquí... —e hizo caer su mano como si fuera una guillotina en su muslo derecho.

Me cubrí los ojos sin poder evitar un gesto de dolor. Intentaba apartar de mi vista ese escenario tan brutalmente realista que me ofrecía mi madre.

—...pero ni siquiera la pudieron operar —continuó tan bajo que

apenas la podía escuchar—, ...después de quince días llenos de sufrimiento y de dolor nos abandonó.

Las lágrimas humedecían sus ojos. Me incorporé un poco de la cama y la rodeé con mis brazos. Mamá, arisca por naturaleza, se dejaba mecer en mi súbita ternura. Era como una niña que todavía llamaba a su madre, necesitaba su cariño, su apoyo, su protección. Me apartó con suavidad colocando mi cabeza sobre la almohada.

—Mamá —le dije convencida—, ¡desahógate...!, ¡llora todo lo que quieras!

—Hacía mucho tiempo que no pensaba en mi madre... —musitó secándose las lágrimas un poco avergonzada.

—La abuela..., ¿era guapa? —pregunté con intención de distraerla un poco.

—¿A ti que te parece?... Ya la has visto en fotos.

—Sí, pero... no sé..., es...

—Es un estilo de belleza que ya no se lleva —afirmó más animada —, pero que entonces causaba sensación.

—¿Me parezco un poco a ella?

—¡Como un burro a un monje! No... —dijo por fin sonriendo—, tú eres como tu tía Marga...

Sentí una fuerte emoción en el pecho.

—Descríbela... —rogué.

Pelirroja..., con ojos verdes..., rellenita...

—¿Marga era pelirroja? —pregunté con sorpresa.

—No..., ¡por Dios!, tu abuela. Tu abuela era una gran dama, elegante y distinguida..., de las que ya no se ven ahora.

Me besó la frente antes de levantarse.

—Bueno, por hoy ya basta, ¿eh?, tienes que descansar un poco.

—¡Mamá, por favor, no te vayas! —dije agarrándole las manos con vehemencia—, ¡sígueme contando cosas, no te puedes ir ahora!

Mamá se volvió a sentar:

—Hija..., ¡qué cabezota eres!, ¡me tienes mártir! Siempre quieres saberlo todo sobre la familia.

—¿Te parece tan raro que quiera conocer a la familia?

—repliqué dolida.

—Todas las familias guardan sus secretos.

—Pero... ¿por qué? —pregunté obstinada.

—Porque todas tienen algo que ocultar.

—Y ¿por qué a mí?

—El pasado a veces, es mejor dejarlo solo... —respondió enigmática, acercando su cara a la mía—, pero ya que estás tan interesada te diré un pequeño secreto.

El corazón me dio un vuelco. Pensé de inmediato en la tía Marga, ¿qué otro secreto podría ser?

—Tu abuela, antes de morir —me dijo conmovida—, me dejó un pequeño diario donde había escrito muchos de sus pensamientos el último año de su vida.

Se me iluminó el rostro, pero esta vez no era por la fiebre sino del súbito entusiasmo que me embargó. Poco a poco iban apareciendo los diarios de mi familia desaparecida; el cuadernillo de la abuela Margot y ahora el de la abuela Pilar. Pero el que me hacía más falta, el que necesitaba leer más de todos, era el de la tía Marga, y éste estaba fuera de mi alcance. Mamá seguía hablando, contenta de ver el efecto que me habían hecho sus palabras.

—Te lo dejo leer a ti, que siempre estás indagando sobre la familia, y porque te gusta escribir.

Se levantó para ir a buscarlo.

—Mamá, déjalo, ya me lo darás, no te vayas todavía...

Tenía la pequeña esperanza de que me hablara de Marga.

—No, no —me interrumpió nerviosa—, las cosas hay que hacerlas en su momento. A lo mejor mañana ya no te lo enseño.

Desapareció por la puerta dejándome sola. No me podía creer que iba a leer los últimos pensamientos de la abuela Pilar. ¿Qué piensa una persona cuando está padeciendo dolores horribles y sabe que se va a morir? Mi garganta me dolía muchísimo pero esto sólo ayudaba a ponerme más en ambiente. Mamá volvió enseguida con un pequeño libro entre sus manos.

>—Toma —me lo ofreció como quien da su corazón—, yo ya lo he leído muchas veces. Es muy triste..., cuídalo, por favor... En cuanto lo acabes me lo devuelves, no quiero que ande rodando por ahí.

Lo recibí casi con devoción y miré a mamá agradecida. Era un librito con tapas de terciopelo negro... ¡Negro...! como el mío y el de Marga —pensé—. Todo esto... ¿no era algo más que una simple casualidad?

Me encontraba extenuada. Las historias de los demás tienen su propio peso, y la de la abuela Pilar me había conmovido. Cerré los ojos y me quedé medio dormida No sé si fue la fiebre, que esa noche me subió muy alta, o el tumulto de las cosas que mamá me había contado, pero tuve un sueño tan increíble que, nada más abrir los ojos, lo apunté en mi diario.

10 DE OCTUBRE 1958

Acabo de tener un sueño impresionante. Ha sido tan real que ahora estoy segura de haber estado allí con ella en cuerpo y alma. Me dormí pensando que quería leer el diario de la abuela. Lo tenía entre mis manos y lo estaba abriendo. Recuerdo bien las tapas de terciopelo suavísimo,

estaban tan calientes que me quemaban los dedos. Pasaba las páginas, una a una, muy despacio; estaban en blanco pero el calor que despedían me abrasaba las manos. El papel se teñía paulatinamente de colores extraños, los tonos eran tan sutiles que apenas se notaban grandes diferencias entre unos y otros. Sin embargo yo era consciente mientras soñaba que cada color se refería a un sentimiento diferente. Los sentía cada uno de ellos muy fuerte dentro de mí, como si me pertenecieran; los distinguía todos mientras pasaba las hojas muy despacio: el miedo, la alegría, la ira, la paz, el amor, la tristeza...

Me toqué la frente, tenía fiebre alta pero no quería despertar a mamá. Mi hermana se había ido a dormir a otro cuarto para que no le contagiara las anginas. Me levanté a tomar una aspirina. La tragué con dificultad. Siempre he tenido problemas al tragar; un trauma de la infancia que nunca he llegado a superar y del que mi madre se declaró culpable. Según cuenta mamá, cuando yo tenía seis años me atraganté con una espina enorme de besugo y ella, casi sin pensarlo, creyendo que me ahogaba, introdujo su mano entera en mi garganta y sacó la espina de un tirón. Creo que después me tuvieron que llevar al hospital para curarme la herida. La explicación que siempre ha ofrecido por tal actuación es que debió hacerlo para salvarme la vida. Tragué saliva con dificultad, el dolor era casi insoportable, lo sentía crecer, cruel e impávido, ahogando mi respiración, estrangulando mi voz, torturándome... Pensé en la abuela Pilar, en el sufrimiento horrible que debió de padecer con su herida abierta y sangrante, oliendo su propia podredumbre. Recordé que tan sólo hacía unas semanas yo misma había sufrido terriblemente con una muela que se me había infectado. Más que el dolor, era el olor de la supuración que estaba destruyendo mi molar lo que me tenía obsesionada. Introducía mis dedos en la boca, y presionaba mi encía inflamada contra la muela carcomida para sentir el calor de ese liquidillo, viscoso, amarillento y maloliente en la yema de mis dedos, que después acercaba a la nariz para olerlo una y otra vez. El olor era de un néctar peligroso, nauseabundo y violento que, como un veneno, se había apoderado momentáneamente de mi ser. Al final perdí la muela y el horror físico de la náusea desapareció para dejar paso a la patética y desconocida sensación del vacío. Volví a la cama. Me sentía segura entre las sábanas escurridizas de hilo fino. Mamá me las había cambiado para hacerme sentir mejor. No tenía sueño. El diario de la abuela Pilar me esperaba en la mesilla de noche; éste era el mejor momento para leerlo: sola, acompañada por el silencio y la oscuridad.

4 DE JUNIO 1933

«Se me hace muy duro. Estoy aquí, tendida en esta cama, a veces

llena de flores y de alegría y otras, como hoy, inundada de lágrimas de amargura. Siento que la vida se me va, se me escapa, de las manos día a día. Respiro con dificultad, pero respiro.

Es cruel, es injusto, pero los que sabemos que tenemos los días contados somos los que deseamos vivir más. Sí, Enrique, quiero la vida, la deseo con toda mi alma..., aun si no puedo cantar, bailar..., respirar..., aun si no puedo gozarte..., ¡aun así quiero vivir más!, aunque sólo sea por ver a mis hijos, por soñar y por esperarte a ti, que, por fin, sé que llegarás...».

Eran páginas y páginas llenas de esperanza y amargura. Desde ellas gritaba su dolor, un dolor interior que la carcomía y que sólo calmaba las esporádicas visitas de mi abuelo, su querido Enrique. Su angustia se sumergía en el silencioso abandono de su único amor. Su padecer estaba exento de odio o de rencor, sus palabras llenas de amor y de perdón. Cuando acabé de leer el diario de la abuela se aproximaba la madrugada. Estaba agotada. Metí el librito negro dentro del cajón de la mesilla de noche. Me había quedado vacía, sin ganas de respirar o de moverme. La fiebre había sido reemplazada por una especie de extraño sopor. Permanecí inmóvil durante algunas horas con los ojos abiertos, arropada por las sábanas como si fuese una momia. Al amanecer, mi cuerpo se encogió y se entregó al sueño.

Mi madre me despertó alarmada.

—¿Pero todavía estás durmiendo? ¡Son las once de la mañana! —y tocándome la frente respiró aliviada—. Menos mal que te ha bajado la fiebre.

—Anoche no podía dormir y leí el diario de la abuela, —dije desperezándome— me impresionó muchísimo..., qué triste fue todo. ¿Estabas con ella al final, cuando murió?

—No —dijo sentándose a mi lado—, estábamos en el colegio y nos vinieron a buscar para llevarnos al hospital. No nos dijeron nada pero no hacía falta, al menos yo ya lo intuía. Al entrar en el hospital, mi mano apretó la de Pilucha para encontrar la fuerza que me faltaba. Mi hermana me miraba muy seria sin decir nada. Papá nos recibió llorando —nunca le había visto en tal estado—, y nos llevó a un rincón de la sala de espera. Nos abrazaba desesperado sin saber qué decir, pero al cabo de un tiempo que a mí me pareció interminable rompió el silencio y nos dijo muy emocionado: «Vuestra madre os ha nombrado a todos antes de morir, ha pronunciado vuestros nombres, uno a uno, y al final, a mí... me ha sujetado la mano, la ha apretado muy fuerte... y me ha llamado Enriquillo»; y diciendo esto rompió a llorar echándose en nuestros brazos como si fuera un niño. Era la primera vez que mi padre lloraba ante nosotras y me impresionó muchísimo. Enriquillo, ¿sabes? —me explicó mamá, también

emocionada— era el nombre cariñoso con el que tu abuela lo llamaba cuando eran novios.

Mamá permanecía pensativa, enganchada todavía en el recuerdo. Comenzó a hablar sin que yo le preguntara nada.

—Fue muy duro..., muy duro..., cuando miro hacia atrás sólo veo tragedias. Lo pasamos muy mal con la muerte de mamá, estábamos en esa edad en que todavía uno necesita mucho a su madre... Yo era todavía una niña a los quince años, después vino la guerra civil..., la muerte de mi hermano Enrique a los veintiún años...

La interrumpí con sorpresa:

—¿El tío Enrique murió tan joven?

—Sí, hija, nos rompió a todos el corazón..., después de tantos años, todavía tiemblo...

Su rostro se ensombreció mientras me seguía contando:

—...fue uno de los golpes más duros que he recibido en mi vida. Mi hermano había ingresado en la Academia de alféreces en Granada, estaba ilusionadísimo con pasar los exámenes de oficial para ir a luchar al frente, pero no sabemos con exactitud lo que pasó, el caso es...

Se detuvo bruscamente.

—No..., no me hagas hablar de estas cosas ahora —dijo con firmeza—, ya lo haremos otro día; tengo cartas y fotos de Enrique que ya te enseñaré. Todo esto es muy doloroso para contártelo así..., tan de repente.

La miré apenada.

—¿Me lo enseñarás de verdad?

—Te lo prometo —me aseguró en un susurro.

Por un momento sus ojos me miraron alarmados.

—¡No se te ocurra comentar nada de esto a tu abuelo!

—Pero..., ¿por qué? —pregunté extrañada.

Mamá elevó el tono de voz, amenazante

—Marga, lo digo en serio..., ¡ni una sola palabra!, ¿me oyes?, o ¡nunca más te volveré a contar nada!

—¡Está bien! —le concedí de mala gana— pero... ¿por qué el abuelo nunca habla de su hijo?, ni siquiera le he oído mencionar su nombre.

—Sus razones tendrá —me cortó tajante.

Las preguntas se me agolparon en la mente. Otra muerte misteriosa en la familia, y esta vez se trataba del hermano de mamá. Estaba alucinada, según mis cálculos la tía Marga tenía veinticuatro años cuando se suicidó y el tío Enrique, sólo veintiuno cuando murió. ¿Cuál sería su historia? ¿Se habría suicidado también? ¿Podría ser esto una especie de enfermedad contagiosa que corría en la familia y por eso no querían hablar de ello? Apreté sus manos heladas entre las

mías, todavía quería retenerla más tiempo conmigo. Me preguntaba qué habría hecho yo si la hubiera perdido tan pronto como ella perdió a su madre. La miré con empatía, empezaba a comprenderla mejor; sus reacciones nerviosas y un tanto infantiles, su rechazo a hablar del pasado. Sí, su madre la había abandonado; se había ido antes de tiempo y la había dejado sola para hacer frente a un padre irascible, que según ella no la quería, a una guerra civil llena de desgracias, a un hermano muerto, y a un marido que la engañaba, casi desde el principio, y que finalmente la abandonó. Opté por no proseguir con mi interrogatorio, ya tendría tiempo de enterarme de todo cuando mamá me entregara las cartas del tío Enrique. La conversación tomó otro rumbo:

—Mamá, —me acordé de repente— ¿quién mandaba tantas flores a la abuela cuando se estaba muriendo?

—¡Ah, sí!, era el doctor jefe del hospital —recordó emocionada—, nos enteramos más tarde que de joven estuvo locamente enamorado de ella, pero era un amor no correspondido. Todos los días le llenaba el cuarto de flores aunque nunca la visitó, prefirió evitarse el dolor de verla en ese estado.

—¡Qué romántico! —suspiré.

Mamá se levantó, recogió el diario de su madre que reposaba solitario dentro del cajón de la mesilla de noche y, antes de abandonar el cuarto, se giró para mirarme desde el quicio de la puerta apretando con fuerza el librito negro contra su pecho, mientras decía en tono solemne: «Cuando se escarba en el pasado hay que volver a enterrarlo».

XI

EL ABUELO ENRIQUE me abrió la puerta sorprendido. La monotonía en que habían caído sus días en los últimos años no le permitía pensar que alguien pudiera llamar a su puerta a esa hora de la tarde.

—¿Qué te trae por aquí? —preguntó por fin entre confuso e irritado.

Sabía que éste no era el mejor momento para visitar al abuelo, sobre todo porque no le había avisado antes. Después de una vida de aventuras y llena de situaciones adversas, este hombre de mirada perdida y rictus amargo pasaba ya de cualquier tipo de sorpresas.

—Pero... ¿no tienes que estar en el colegio a estas horas? —preguntó suavizando el tono mientras recorríamos el largo pasillo.

—Sí..., pero... bueno..., no he ido —solté por fin con esfuerzo.

El abuelo se sentó en su sillón verde, sus ojos se encendieron picaros.

—O sea que..., has hecho novillos, o..., ¿cómo se le llama eso ahora?

No sabía cómo abordar el tema. Era la cosa más difícil que había hecho en mi vida. ¿Por qué me complicaba siempre tanto la existencia? Lo mejor era ir al grano —pensaba— mientras el abuelo me miraba divertido, ser directa..., una misma. Eso era lo que él siempre nos predicaba.

—¡Bien! —me animó con cierta complicidad—, sí... ¡bien hecho! Uno necesita decisión y valentía para hacer algo así.

Me miró con atención y preguntó:

—¿Cuántos años tienes ya?

—Catorce, abuelo, ¿es que no te acuerdas de que los cumplí dos días después de tu santo?

—¡Vaya, vaya! —murmuró mirándome más detenidamente—, ya no eres ninguna niña, aunque... —me guiñó un ojo— todavía lo pareces.

—Abuelo... —me decidí de repente—, he venido a hablar contigo.

—¿Sí?... —el abuelo se arrellanó más cómodamente en su sillón.

—Y..., y... —balbucí no sabiendo por dónde empezar.

—¿Qué pasa? —sonrió, intentando ayudarme—, ¿es que tienes novio?

—No..., no es eso —exclamé algo avergonzada.

—Entonces..., ¿te has peleado con tu madre?

—No... —contesté mordiéndome el labio inferior—, pero... se pondrá furiosa cuando se entere.

—No tiene por qué enterarse si tú no le dices nada. Será... nuestro

pequeño secreto —me aseguró conciliador.

Armándome de valor saqué del bolsillo de mi chaqueta una carta amarillenta y arrugada y se la tendí al abuelo casi sin pestañear.

—¡Ah!..., veamos qué es esto —comentó complacido, como si todo formara parte de un juego.

No me atreví a mirarle mientras leía la carta. Mi madre me la había confiado unos días antes haciéndome prometer que no se la enseñaría a nadie, y mucho menos al abuelo. No estaba orgullosa de desobedecer a mamá pero la situación lo requería. Tenía que averiguar qué pieza del engranaje de la vida del tío Enrique había fallado para que se desencadenara su trágico final, y el abuelo era el único que me podía ayudar. Estaba segura de que él guardaba esa pieza en su corazón.

Era una carta de despedida. Nadie sabía por qué Enrique la había dirigido a la tía Nina, quizá porque ella era la que estaba más cercana a él en aquellos momentos. Posiblemente fuera una última llamada de auxilio, pero ésta llegó demasiado tarde. Cuando Nina llamó a la academia para cerciorarse de la seguridad de su sobrino, ya se lo habían encontrado muerto de un tiro en la sien junto a un compañero. Mamá no podía comprender todavía por qué su hermano se había suicidado tan joven, tan lleno de ilusión y de ideales. «¡Es la guerra...! —me dijo afligida—, ¡la guerra..., que lo destruye todo...!». En la carta de condolencia que le escribió a la tía Nina un tal Ramón de Contreras en febrero de 1938, expresaba su extrañeza ante tamaña acción diciendo: «(...*) Ha debido influir el espíritu exaltado del Tercio. En la Academia no podían esperar esto, pues tu sobrino cumplía como un caballero...*». Había sido un doble suicidio; él, con un compañero. Pero por las cartas que dejaron se sabía que primero había caído Enrique, y luego su amigo se pegó un tiro. Enrique era un joven idealista de derechas, seguidor de José Antonio. Tenía el entusiasmo y la exaltación propia de la juventud y de la época de la España a la que pertenecía. A su padre, que por el contrario había servido a Azaña en la causa republicana, se le comunicó piadosamente que su hijo había caído en acto de servicio al explotarle una granada en la mano. «¡Al abuelo le habéis engañado!, ¿por qué? —grité a mamá indignada—. ¿Cómo se le puede ocultar a un padre la verdadera muerte de su hijo?». Quizá fuera un acto cruel lo que estaba haciendo en aquellos momentos, pero algo dentro de mí me decía que el abuelo sabía mucho más de lo que ellos creían y yo, para mi propia estabilidad, necesitaba esclarecerlo todo. Había leído la carta tantas veces que ya me la sabía de memoria. Podía recitarla entera en mi mente:

Querida tía Nina, hoy estoy de despedidas. A todo el mundo le escribo despidiéndome. He soñado que voy a morir y todos mis sueños se realizan.

Los sueños malos, los desagradables, las pesadillas. Pero hoy el sueño de morir me da una satisfacción interna bárbara. Se me antoja la muerte dulce en extremo.

Recorta los emblemas de mi camisa y guárdalos. Sufrí tanto con ellos. ¡Nunca te lo imaginarás! Con ellos desafié mil peligros y le sonreí a mi novia, la muerte, más de una vez. Ahora le sonrío con más ganas que nunca.

Reza, tú qué sabes, por el alma de un hombre. Sí, créelo, de un hombre que no pasa por muchas cosas, porque es digno. Un abrazo muy fuerte de quien pronto verá a su madre en el más allá.

El abuelo había enmudecido. Su rostro cetrino se iba tornando pálido como la cal a medida que sus ojos se movían rápidos de un lado al otro del papel. Cuando se levantó me percaté de su inmensa fragilidad, sus pasos lentos e inseguros le llevaron a su habitación. Se sentó en la cama y dejó caer la cabeza entre sus manos. Me asomé por la puerta entornada y al verle en tal estado entré vacilante y me senté a su lado. Nuestro silencio era espeso, brutal. Esperé a que él hablara:

—Cuando estaba en Burgos esperando sentencia —comenzó cabizbajo— pasó algo tan terrible como inesperado. Una tragedia, de la que toda la familia tardó mucho en reponerse...

—Abuelo... —le interrumpí, sintiéndome de repente terriblemente culpable—, ...no tienes por qué contarme nada si no quieres...

—¡Cállate! —me reprendió, mirándome irritado—, ¿no es para oír esto para lo que en realidad has venido?

—Sólo quería saber si tú...

—¿Si yo sabía la verdad sobre su muerte?

Se hizo una pausa larga y abrumadora.

—Y ahora te pregunto yo a ti —continuó despacio—, ¿tú sabes lo que es la verdad?

El silencio que nos invadió era casi más insoportable que *el* anterior.

—Mi hijo no se suicidó —casi gritó.

Me asustó su cara tan contraída por el dolor.

—A mi hijo lo mató... la guerra..., los ideales...

Le miraba hipnotizada. A mí nunca se me hubiera ocurrido pensar eso, pero hasta entonces yo tampoco creía haber tenido ningún ideal..., ni había vivido ninguna guerra.

—¿Acaso tú sabes lo que es un. ideal? —preguntó acusador.

—Creo que... algo por lo que se lucha —respondí con miedo a meter la pata.

Levantó las cejas con desdén.

—Ya veo que no os enseñan nada en ese colegio de mojigatas.

Y elevando el tono de voz, afirmó airado:

—Un ideal es aquello que uno cree ciegamente hasta el final…, y se llega hasta matar…, odiar…, mentir…, traicionar…, dar la vida…, incluso, a veces… se llega hasta… torturar para poder alcanzarlo.

Estaba congestionado. Nunca le había visto tan alterado, pero ya que lo había empezado, yo también quería llegar hasta el final del asunto.

—Y… ¿cuál era su ideal?

Vi cómo apretaba su puño izquierdo mientras pensaba por unos instantes, y sonriendo con desdén, respondió mordaz:

—Creía en una España mejor…

—¿Y tú? —aventuré.

—Yo creía en el hombre…, en la humanidad…

Me miró desalentado.

—…aunque ya nos hemos convertido todos en una manada de salvajes… Mi ideal… —prosiguió con pasión— hubiera sido salvar a mi hijo, protegerle de las garras de la destrucción…, del sufrimiento…, de la crueldad. —Su voz se quebró levemente al continuar—. Mi ideal hubiera sido… que la guerra nunca nos hubiera separado.

Se levantó bruscamente de mi lado. Yo le contemplaba sin saber qué hacer o qué decir. El dolor intenso del abuelo se extendía por el aire como una telaraña atrapándonos a los dos y hundiéndonos en el más oscuro de los silencios. Se movía de un lado al otro del cuarto, nervioso. De repente, empezó a hablar en voz alta como si estuviera solo, como si el recuerdo fuera casi una confesión:

—Una tarde que Simona y yo habíamos ido al cine, Bernardo, un primo hermano mío, me estaba esperando a la salida. Viendo su expresión tan seria me alarmé y le pregunté si había tenido malas noticias. El me sostuvo la mirada sin atreverse a decir nada y me tomó por los hombros, como hace un padre a su hijo; me acuerdo de este gesto a la perfección porque sus manos casi me quemaban. Me llevó a una esquina de la calle y me dijo, temblándole la voz: «Enrique, tu hijo ha tenido un accidente…».

—Yo le contesté, sin creérmelo todavía, que eso era imposible porque justo ese día había recibido una carta de él. Entonces fue cuando lo soltó todo. No olvidaré sus palabras mientras viva: «Tu hijo ha muerto durante unas maniobras… Lo siento, Enrique…, le explotó una granada en la mano…, ha muerto como un héroe».

El abuelo se detuvo cansado, parecía que ya no podía sostenerse, sus brazos cayeron como troncos a cada lado del cuerpo, y la cabeza se hundió todavía más entre sus hombros.

—¡Como un héroe! —repitió con sarcasmo.

—Pero abuelo… —me atreví a intervenir, muy extrañada—, ¿entonces, cuando descubriste que se había…?

Por alguna razón no me atreví a pronunciar esa palabra tan

vedada en nuestra familia.

—¡Vamos, dilo! ¡no tengas miedo...!, ¡dilo en alto! —Y alzando la voz, casi silabeó—: ¡SUI-CI-DA-DO!

La palabra se apoderó por un instante de mi mente. Me parecía mentira que unas letras tan vacías e insignificantes en apariencia pudieran causar tanto destrozo en una familia.

—Sí —murmuró ya sin fuerzas—, fue años más tarde..., tu tía Nina me hizo leer la carta y me lo contó todo.

—Entonces..., ¡tú ya lo sabías! —exclamé incrédula.

Asintió con la cabeza, sin mirarme.

—Pero mamá y todos creen que tú no sabes nada.

—Digamos que siempre lo he mantenido como un secreto —respondió enigmático.

—Pero..., ¿por qué, abuelo?

—A veces, es mejor hacerse el tonto.

—Pero... ¿por qué lo hizo, abuelo?

Se acercó despacio y me miró fijo a los ojos:

—La verdadera razón se la llevó él a la tumba para siempre.

Humedecí mis labios resecos.

—¿Tú crees que se puede matar por una idea?

Se apoyó en mi hombro y dirigimos nuestros pasos hacia la sala. Me sentía aliviada, como si me hubiera liberado de un peso enorme, pero la imagen de la guerra flotaba amenazadora como una nube sobre mi cabeza.

—Y ¿quién tiene ese derecho?

—¿Dios...? —apunté tímida.

—No..., ni siquiera Dios —respondió pensativo—. Este es un mundo de animales..., de salvajes. Estamos rodeados de injusticias y de venganzas. Se mata en nombre de la verdad..., de la ley..., del amor...

—¿Crees que el tío Enrique se mató por no tener que matar a los demás?

Quería que me dijera que sí. Yo ya había decidido que aquél era el único motivo por el que uno se podría quitar la vida.

—Enrique era un chico muy bueno y sensible —hizo una pausa para pensar un momento—, pero lleno de un exaltado idealismo, esos ideales... que a veces enturbian la realidad...

Todavía no entendía bien el significado que encerraban sus palabras pero me gustaba cómo el abuelo pronunciaba el nombre de su hijo. Era la primera vez que lo oía de sus labios.

—¿Le querías mucho...?

Se dirigió hacia el pequeño escritorio de caoba que relucía debajo de la ventana. Los débiles y tardíos rayos de sol se filtraban a través de los blancos visillos, delineando aún más las abultadas venas de las

manos del abuelo. Abrió uno de los cajones y, en total mutismo, buscó con afán entre el caos de papeles y objetos pequeños. Finalmente, se volvió hacia mí y me entregó una tira de dos fotos pequeñas, de esas de carné. Eran dos imágenes de un hombre joven y bien parecido. Vestía de soldado, y su gorra caía ligeramente ladeada. En la foto superior sonreía, en la de abajo se mostraba serio; pero en ambas imágenes sus ojos expresaban la misma tristeza profunda que acababa de ver hacía solo un momento en los ojos del abuelo. Con la curiosidad que me ha caracterizado siempre desde pequeña, di la vuelta a las fotos y allí vi, escrito con una letra pequeña y desigual, esta dedicatoria: «A mi tía Nina, su sobrino que le tomó el pelo al destino». El abuelo sólo pudo decir:

—Era todo mi orgullo..., mi esperanza...

Se oyó hurgar un llavín en la puerta y un ligero taconeo en el pasillo nos sacó del estado de ensimismamiento en que nos encontrábamos. El abuelo actuó de inmediato, me arrebató las fotos de la mano y las guardó con rapidez en el cajón. La cabeza placeada de la tía Simona se asomó por la puerta entreabierta:

—¡Qué susto me habéis dado!... Me preguntaba con quién estaría hablando este viejo gruñón.

El amargo rictus de! abuelo se transformó al instante en una sonrisa refinadísima.

—¡Simona..., Simoneta..., vete a hacer puñetas!

Ella, ignorándole, me dio un beso cariñoso.

—¿No crees que es un poco tarde? Ya está casi anocheciendo.

—Tía —protesté divertida—, ya no soy una niña.

—Pero... —insistió preocupada—, ¿tu madre sabe que escás aquí?

—¡Vamos, mona Simona! —bromeó el abuelo sin perder el pícaro brillo de sus ojos—, ¡deja a la niña en paz!, de todas formas ya se iba.

Y sosteniéndome por los hombros me empujó suavemente fuera del cuarto. Recorrimos el oscuro pasillo en silencio. Me sentía ligera, incluso feliz. Se había establecido un pacto de complicidad entre los dos. El abuelo conocía la trágica circunstancia en que murió su hijo pero, por razones ajenas a mi conocimiento, prefirió mantenerlo siempre en secreto. Yo aquél día lo descubrí. El abuelo había roto su silencio después de tantos años, y me juré a mí misma que siempre lo respetaría. Mantendría su deseo oculto hasta el final de sus días. Antes de cerrar la puerta, le eché los brazos al cuello y apreté con fuerza mi mejilla contra la suya; fue entonces cuando noté por primera vez la humedad de sus lágrimas, casi invisibles. Aparté mi rostro ligeramente para dirigirle una mirada implorante de perdón. Yo, que le quería tanto, le había torturado durante algunas horas. Sentí un gran remordimiento, pero en el fondo pensé que era mejor así. El abuelo se había desahogado conmigo, había compartido su secreto.

—Gracias, pequeña —me dijo emocionado—, y recuérdalo siempre: La muerte es un misterio, pero la guerra… la violencia… es sólo para aquellos que no saben ni quieren dialogar.

Bajé las escaleras despacio. Tenía por costumbre desde pequeña contar los escalones, uno a uno, hasta llegar al portal de la calle. Eran ciento veintiocho en total. Si alguna vez me equivocaba, por uno o por dos, tenía que hacer una o dos obras buenas al momento para que se restableciera el orden supuestamente alterado por mí en el universo. Por fortuna, aquel día conté los ciento veintiocho escalones, exactos, y pensé que, después de todo, aunque la nube negra del suicidio existía como un augurio en mi familia, la suerte estaba conmigo y los ángeles todavía no me habían abandonado.

XII

EL HALLAZGO de la tía Marga y el tío Enrique a mi temprana edad, pese a los esfuerzos de mi familia por mantener su memoria oculta, fue providencial para mí, porque los modelos que entrañaban sus pasadas y abreviadas existencias fueron los cimientos de mi posterior ideario artístico, psíquico y espiritual. El talento y la romántica pasión de Marga fueron nutriendo mi incipiente espíritu creativo, y el valor y la integridad que, según decían, siempre habían acompañado a Enrique, fortalecieron mi carácter y personalidad. Por más que lo pensaba no dejaba de sorprenderme el paralelismo existente en la vida de estos dos personajes de mi pasado. ¿Era una mera coincidencia que Enrique y Marga decidieran acabar con sus vidas, jóvenes y puras, al principio de su veintena y con tan sólo tres años de diferencia? ¿No era una extraña casualidad? A mí al menos me lo parecía. No sólo Marga sacrificó su talento extraordinario por amor, también Enrique —según la carta que nos dejó— sacrificó su coraje y juventud por un sentido puro y profundo de la dignidad humana.

Una tarde de invierno caminaba con brío rodeando la Plaza de la Independencia. El frío me penetraba hasta los huesos y un vientecillo serrano me azotaba el rostro. Trataba de esconder mi congelada nariz dentro de la bufanda de lana gruesa que se ceñía alrededor de mi cuello. Como siempre, me había olvidado los guantes en casa y los ateridos dedos de mi mano izquierda se retorcían inquietos dentro del bolsillo buscando el calor, mientras los de la mano derecha oprimían con fuerza un libro que estrujaba contra mi pecho. Una boina granate cubría mis orejas que, al estar irremediablemente expuestas a las inclemencias del tiempo por su condición de soplillo, estaban siempre a punto de congelarse. Estaba muy ilusionada, la tía Consuelo me había telefoneado aquella misma mañana para comunicarme que después de tantos años, fiel a su promesa, me acababa de conseguir un ejemplar del libro: *El niño de oro*. No tengo ni que decir que fui de inmediato a recogerlo a su casa. Esa misma tarde, desafiando al frío hostil, lo llevaba conmigo como si fuera una reliquia, buscando en la ligereza de su peso el valor y la seguridad que me faltaban. Entré un poco indecisa en el Círculo de Bellas Artes. A pesar de mis diecisiete años recién cumplidos, todavía me sentía una niña en mi apariencia. Mi físico, por alguna extraña razón, se rebelaba a madurar; superaba en altura a cualquiera de mis compañeras de ciase, pero era tan sumamente delgada que ya casi empezaba a envidiar las incipientes curvas propias de las jovencitas de mi edad. Mi madre me intentaba

consolar cuando decía: «¡Ya te envidiarán ellas cuando tú tengas cuarenta años..., ya lo verás!». Pero yo no podía esperar tanto tiempo y me compré un sostén, el más pequeño de todos, que rellené de algodón para sentirme así más segura y equilibrada en mi paso por la vida. Pero eso fue antes de que un día viera en casa de la tía Consuelo un retrato que mostraba el cuerpo adolescente de la tía Marga, pues siendo ella también alta y delgada, mostraba orgullosa y desafiante un torso tan desvalido como el mío. Desde entonces, tiré los algodones y exhibía la ambigüedad de mi cuerpo como algo especial y preciado. Comencé a subir la escalinata central del Círculo y justo al final de la escalera del segundo piso vi su nombre escrito en un rótulo blanco y alargado: «Antonio Romero de los Ríos. Conferencia. Hoy a las 18 horas: *Las Vanguardias de los Años Veinte*». La tía me había comentado al entregarme el libro que el conferenciante había sido profesor de escultura de Marga, y me animó para que lucra a conocerle, Miré el reloj, la conferencia ya había empezado hacía más de media hora. Abrí la puerta con sigilo, no quería hacer el menor ruido ni llamar la atención. Si alguien se hubiera vuelto a mirarme en ese momento me hubiera muerto de vergüenza. La falta de puntualidad era una de las cosas que más aborrecía del género humano, y en aquel instante me estaba insultando interiormente por haber cometido tan imperdonable error. Me quedé inmóvil duran» te un rato para que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, Oí a lo lejos una voz grave y monótona que, distorsionada por la mediación de un micrófono, explicaba la imagen que se proyectaba en una pantalla minúscula. El profesor dirigía su puntero hacia la pantalla haciendo giros sorprendentes y movimientos inesperados, para así evitar que algún desalmado se quedara dormido amparado en la oscuridad. Tenía al público hipnotizado; más bien —pensaba yo— por el ritmo alocado de sus movimientos que por el sonido arrullador de sus palabras. La sala estaba rebosante pero tuve la suerte de encontrar un asiento en la última fila. Me gustaba contemplar todas las cabezas alineadas al contraluz, todas tan diferentes, tan tiesas sobre sus hombros, menos algunas que ya habían sucumbido y se inclinaban adormiladas hacia un lado. De repente me sentí importante. Mi creciente interés hacia el mundo del arte había impulsado mi escritura hacía otros derroteros, ya no escribía tanto sobre mis sentimientos sino sobre aquello que imaginaba en los demás, era como pintar un cuadro en la mente. A veces, cuando iba en metro al colegio, para entretenerme fijaba la mirada en una persona c imaginaba quién era y cómo sería»u vida. Un día tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no seguir a una señora a su casa y comprobar si mi imaginación estaba muy alejada de su realidad. Entonces fue cuando empecé a sacar fotografías a escondidas, sin que me viera el sujeto que había suscitado mi

curiosidad. Era como robarle una parte de su existencia que yo después en casa reinventaría y organizaría a mi manera. Ya tenía un álbum de desconocidos, de seres bidimensionales e inanimados, a los que yo había otorgado una nueva vida. El arte para mí entonces era eso: recrear, inventar, añadir tonos, quitar intensidad; en otras palabras, cambiarlo todo, fue también entonces cuando empecé a visitar los museos en serio. El Museo del Prado era el que más conocía, porque el colegio nos obligaba a visitarlo regularmente desde pequeñas. Nunca había prestado especial atención a ningún cuadro; más que nada, porque pensaba que ni las mujeres desnudas, ni los retablos de santos, ni los reyes, ni los bufones, ni las guerras, ni los bodegones, ni los paisajes tenían nada que ver con mi vida. Pero un día que fui con mi clase a ver las *Pinturas negras* de Goya pasó algo tan extraordinario que cambió mi actitud para siempre. Recuerdo que aquella tarde bajamos a una sala alargada y en semipenumbra. Las niñas, protegidas por la oscuridad, empezaron a reírse y a hacer chistes sobre la profesora, que era un ser totalmente opaco y aburrido. Anticipándome al rollo que, sabía a ciencia cierta, me esperaba, me alejé sin hacer ruido al otro lado de la sala. Respiré aliviada gozando de unos minutos de libertad. Observé a mi alrededor, apenas se vislumbraba nada, pero sentí muy cerca, a mi lado izquierdo, una respiración fuerte y agitada. Miré de soslayo y vi a un hombre grueso, de mediana edad, que apoyaba su pesado cuerpo sobre uno de los inmensos cuadros. Me impresionó de manera especial cómo su mano abultada y sorprendentemente blanca golpeaba el lienzo, intentando en vano agarrarse frenético a los cuernos de un enorme macho cabrío, vestido con una túnica oscura. Sólo alcancé a ver la agónica expresión de su congestionado rostro, antes de que su cuerpo se desplomara al suelo. Me quedé anonadada, ¡su cuerpo no me había aplastado de milagro! Miré el cuadro, como si éste hubiera sido el culpable de todo lo ocurrido. Y entonces lo vi por primera vez. Reconocí la expresión de todos los campesinos congregados alrededor del macho cabrío. Era una mezcla de dolor, miedo, terror y desesperación; la misma expresión que hacía tan sólo unos segundos había contemplado en el rostro del hombre que yacía inerte en el suelo. Aquel incidente tan traumático a mi corta edad, me hizo comprender, aunque sólo fuera de un modo inconsciente, que la vida y la muerte, al igual que la realidad y la ficción, se pertenecían y que tenían mucha más relación entre sí, e incluso conmigo misma, de la que yo hasta ese momento les había concedido. Más tarde me enteré de que el cuadro «asesino» se llamaba: *El Aquelarre,* y que el macho cabrío vestido de monje, a cuyos cuernos intentaba asirse el pobre desgraciado, representaba al demonio predicando.

Estaba casi adormeciéndome sumida en mis recuerdos cuando de

repente, en un ronroneo lejano, oí mi nombre. Me incorporé en el asiento un poco sobresaltada para ver mejor. El profesor Romero señalaba con su puntero la imagen de una escultura que reconocí de inmediato. Me esforcé por escuchar sus palabras, apenas perceptibles desde donde yo me hallaba sentada:

—Marga Gil Roësset —explicaba— era una creadora nata y pura, de un rigor y madurez poco común en los artistas de su edad. Original y moderna, con una técnica implacable y una sensibilidad que la elevaba a un nivel de visionaria, más que de artista. Su espíritu derrochaba vigor y energía, y su naturaleza era tan vital que sólo con estar unos minutos a su lado, viéndola trabajar, acababa uno agotado. Empezó muy pronto. Yo la introduje en el mundo de la escultura a los quince años pero ella, desde los diez, ya sólo pensaba en dibujar...

Me encontraba tan emocionada que no me podía concentrar en sus palabras. Miré la imagen proyectada en la pantalla. Sí, estaba segura, era la escultura que tenía la tía Consuelo sobre una de las mesas del cuarto de música. La recordaba especialmente porque en algunas ocasiones en las que el tío José María —marido de la tía Consuelo— nos reunía en aquel espacio tan mágico para tocar alguna pieza en el piano después de la sobremesa, yo siempre la miraba con gran curiosidad. Eran dos figuras de madera unidas en un abrazo. El hombre era oscuro, fuerte y musculoso, pero demostraba su gran fragilidad en la forma tan grácil en que apoyaba su cabeza sobre la de ella. La mujer recostaba su cabeza y torso, casi en actitud fetal, sobre el pecho del hombre, rodeándole el cuello con un brazo. La desvalida postura de sus cuerpos desnudos, tan encogidos, me sobrecogía. Sus caras expresaban angustia y desamparo. Pero lo que más me llamaba la atención fue que el hombre era de raza negra, como indicaban sus facciones y su pelo totalmente ensortijado, y la mujer, blanca. Era un amor, o desamor, interracial; y yo todavía no había visto un negro de carne y hueso. Por un instante la luz me cegó los ojos, el profesor había terminado ya su conferencia y la gente se amontonaba a su alrededor para felicitarle y hacerle preguntas. Me quedé tímidamente sentada en mi asiento. Quería observarle de lejos antes de acercarme a él. Lo que en realidad me pasaba es que sentía un miedo atroz. ¿Cómo me presentaría?, pensaba nerviosa. Después de la genial descripción que había hecho de la tía Marga y de su obra, me daba vergüenza presentarme como su sobrina. ¿Qué podría decirle yo... una mocosa de diecisiete años...?, me preguntaba torturándome. De repente me acordé de que la tía Marga era aún más joven que yo cuando le conoció, y si ella lo pudo hacer, yo también lo haría. Además —pensé,

ya más convencida— el libro de Marga sería mi mejor tarjeta de presentación. Le observé mientras se acercaba. Era de mediana estatura, delgado, y de facciones firmes y muy pronunciadas, debido a su avanzada edad. Un bigotito blanquecino y casi ridículo asomaba por encima de su abultado labio superior, lo que le daba un aspecto entre irónico y distinguido. Mantenía su cabeza erguida, mostrando con orgullo sus abundantes y alborotadas hebras plateadas, que enmarcaban con elegancia sus generosas entradas a cada lado de la sien. Yo permanecía todavía clavada en mi asiento de la última fila. Me miró de reojo al pasar y prosiguió hacia la salida, pero antes de abrir la puerta me preguntó extrañado:

—¿le quedas ahí sola?

—No... —le contesté insegura, dándome cuenta de que la sala se había quedado vacía en un abrir y cerrar de ojos—, estaba... esperándole.

—¿Ah sí? —murmuró, mirándome por encima de sus *gafas*—, pues entonces..., salgamos.

Diciendo esto abrió la puerta y, sujetándola con su cuerpo, me esperó para salir juntos. Bajamos las señoriales escaleras en silencio, casi no me atrevía a mirarle.

—¿Tú también eres artista?

Me desconcertó la pregunta. ¿A quién se refería con «tú también»?, ¿con quién me comparaba?

—No..., bueno... —respondí aturdida— todavía no..., pero quiero serlo.

Llegamos a las escaleras de la entrada. Él se paró para darme tiempo a que continuara hablando pero me quedé muda sin saber qué decir. Me encontraba tan ridícula que miré hacia abajo para no encontrarme con sus ojos. Mientras buscaba las palabras en el asfalto vi cómo sus zapatos marrones se cubrían al instante con millones de gotitas finas y transparentes.

—¡Llueve! —exclamé, mirándole por fin, casi aliviada.

—Sí, ¡vaya un fastidio! —replicó contrariado—. Ven... —dijo, cogiéndome por el hombro— te invito a un café.

Entramos en el café del Círculo y nos sentamos en una mesa pegada a los grandes ventanales.

—Esta es mi favorita. ¡Qué suerte que esté libre! Mire... —señalé con el dedo a mi alrededor—, está a tope.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó, mientras llamaba con un gesto al camarero.

—Bueno... no... —respondí algo avergonzada, sintiéndome fuera de lugar—, pero el año que viene quiero entrar en Bellas Artes.

Me sentía incómoda. No sabía qué hacer con mi libro, que ni por un sólo segundo se había despegado de mi pecho. Pidió dos cafés y un

vaso de agua. El camarero pasó un trapo húmedo por la mesa y me guiño un ojo. Sonreí desconcertada, no creía conocerle de nada.

—¿Te gusta pintar? —preguntó distraído.

—Me gustaría aprender. No sé si tengo mucha facilidad..., en realidad... —añadí convencida— lo que más me gusta es escribir.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó, frunciendo las cejas.

El camarero nos trajo los cafés colocándolos ruidosamente sobre la mesa mientras hablaba con las chicas de al lado. Yo aproveché el momento de alboroto para deshacerme del libro escondiéndolo bajo la mesa sobre mi regazo, pero con tan mala suerte que el libro, rebelde, se escurrió entre mis muslos y cayó al suelo encima de sus zapatos. Lo recogió con la lentitud propia de sus años.

—¿Puedo?

El niño de oro había ido a caer, literalmente, a sus pies. Era obvio que la tía Marga me estaba echando una mano. Esperé impaciente su reacción mientras le veía leer los nombres de Marga y Consuelo en la cubierta.

—Pero... —musitó, algo incrédulo, mientras su hermético rostro cambiaba de expresión—, ¿de dónde has sacado esto?

—Me lo dio la tía Consuelo.

—Entonces... —preguntó todavía sin comprender—, ¿tú eres sobrina de Marga?

—Mi padre es su hermano... —aclaré.

—¡Cáspita! —exclamó.

Me miró por fin como si me reconociera. Sus ojos cansados se animaron mientras sus dedos pasaban las páginas *del* libro, una a una, con avidez. Parecía conocerlo bien. Se detuvo para contemplar fijamente uno de los dibujos. Acerqué mi silla a la suya para verlo juntos. Era una lámina oscura de un adolescente rodeado por las gentes de un pueblo del Reino de Holandia. Nos quedamos los dos ensimismados, compartiendo el silencio. Yo ya había visto el dibujo de refilón en casa de la tía Consuelo al ojear el libro, pero hasta ese mismo instante no me había percatado de la gran similitud que guardaba con ese cuadro de Goya, *El Aquelarre* que tanto me había afectado de pequeña. No se parecía en nada; ni el tema, ni la época, ni las gentes; pero los gestos eran los mismos, las muecas desdibujadas de los rostros expresaban el mismo dolor y descontento de la condición humana. Miré de reojo al profesor, su mirada parecía perdida en el recuerdo, como si todo él se hubiera metido dentro del dibujo.

—¡Tu tía Marga era extraordinaria! —exclamó volviendo en sí.

Yo eso ya lo sabía, quería que me contara otras cosas; pequeños

detalles de la vida de Marga, que estaba segura que él, y sólo él, conocía.

—Pero... —continuó, cerrando el libro— la primera vez que Marga me lo enseñó, pensé que era un pequeño monstruo.

—¿Por qué? —pregunté intuyendo la respuesta.

¿Tú entiendes la madurez de estos dibujos? Me miró fijamente como si fuera un gusano.

—¡Ya! —respondí, abriendo mucho los ojos—, es increíble... tenía sólo doce años cuando los dibujó,

—¿Sabes que cuando fue alumna mía era todavía más joven que tú?

—¿Qué sabría el de mí edad? —pensé un poco molesta.

—Marga comenzó a esculpir muy joven —continuó sin mirarme —, tendría quince años, su lápiz le trazó el camino que la llevó directamente al cincel y al barro. Se convirtió en una gran escultura que empezó a ser ya reconocida a sus veinte y pocos años.

—Cuando murió...

Me miró desconcertado.

—Sí..., un poco antes, pero... —prosiguió, cngolando la voz ligeramente— algún crítico ya había escrito sobre su obra reconociendo el «implacable rigor sarcástico de sus estatuas», además de mencionar su estilo profundamente personal. Pero..., ¡vaya... vaya! —se interrumpió complacido—, tengo aquí delante de mis ojos a la sobrina de Marga. ¡Quién me Jo iba a decir!

Le miré algo tímida no sabiendo qué responder.

—Yo también me llamo Marga... —dije por decir algo. —Ya veo que quieres seguir el camino de tu tía.

Afirmé con la cabeza en silencio.

—Un camino,.., sin embargo —dijo despacio, buscando la palabra apropiada—,...difícil de seguir.

Tenía que verle de nuevo. Quería sonsacarle muchas cosas más. Pero..., ¿cómo? Miré el reloj, agobiada. Ya era tarde. Me levanté de improviso, recogí el libro y le agradecí el café. El profesor me dio la mano sin levantarse:

—¿Te vas ya..., tan deprisa? —creí notar en su voz algo de desilusión.

—Mamá se preocupa si no llego a casa antes de las diez —mentí, sin saber por qué.

—Bien... —exclamó.

Y metiéndose la mano en el bolsillo interior de su raída chaqueta sacó una tarjeta que puso en mi mano.

—Si algún día quieres contarme algo, ya sabes dónde estoy.

Llámame cuando quieras.

Se me iluminaron los ojos. Todo salía a la perfección, mucho mejor de lo que yo había esperado. Salí corriendo a la calle, todavía no había escampado pero me enfrenté ilusionada al frío húmedo de la noche. No contaría a nadie mi encuentro con el profesor, y mucho menos a papá o a la tía Consuelo.

Llegué a casa empapada hasta los huesos. Como siempre el ascensor estaba averiado, subí las escaleras despacio, con resignación. Llamé al timbre repetidas veces en vano. Mamá debía haber salido y se le había olvidado dejar las llaves al portero. Bajé al cuarto A. Sonsoles me abrió la puerta.

—Mamá me ha dejado otra vez en la calle —le dije por saludo.

—Bueno, me alegro —me dio un beso, riendo—, es la única oportunidad que tenemos para verte..., anda... pasa.

Entré en la diminuta sala de estar, donde Doña Mercedes se reunía a coser con sus dos hijas todas las noches mientras oían la radio. Elena se levantó cariñosa para darme un beso y acercarme una silla a la mesa camilla.

—Ven..., hija, que estás empapada...

Elena, como buena enfermera que era, vino corriendo con una toalla para que me secara el pelo. Me senté, introduciendo mis húmedas piernas dentro de la falda de la mesa camilla. Sentí al momento el calor intenso del brasero.

—¡Qué!, ¿cómo va todo en casa? —preguntó Doña Mercedes, siempre ceñuda—. Hace tiempo que no bajas a vernos.

Percibí un ligero resquemor en sus palabras. Era verdad que cada vez distanciaba más mis visitas a esa casa. Desde que murió Pedro, el menor de los hermanos, de un ataque cardíaco, se me hacía muy difícil el bajar a verlas. Pedro era un parapléjico que se pasaba todo el día escuchando música *jazz* en su silla de ruedas. Aunque era ocho o nueve años mayor que yo, había sido mi gran compañero de juegos. Desde que yo era pequeña mamá me dejaba al cuidado de ellos cuando tenía que hacer algún recado, y yo corría encantada a jugar al cuarto de Pedro. Cuando nos hicimos mayores, yo bajaba por mi cuenta a leer tebeos y a escuchar *jazz*, que era su verdadera pasión. Un domingo, hacía unos dos años, bajé un rato por la tarde a hacerle compañía, y al darle un beso en la frente le noté muy acalorado. Me dijo sonrojándose que venían a visitarle unos amigos y que preferiría que volviese otro día. Nunca le había visto en tal estado. Se mostraba esquivo y nervioso, moviendo su silla de ruedas de un lado al otro del cuarto. Me pidió que le recogiera los discos desparramados por el suelo y que le aireara la habitación. Le miré apenada, era la primera vez que me echaba de su lado. Su pequeño y retorcido cuerpo parecía

querer saltar de su silla metálica, mientras su mano derecha se cerraba en un puño que golpeaba su pecho en total descontrol. Me miraba impaciente desde su cabeza perennemente inclinada: «Pero..., ¿todavía estás ahí?, ¡date prisa que ya vienen!». Al salir con rapidez del cuarto casi me choqué con el cuerpo de una mujer, joven y atractiva, que me miró por encima del hombro; sus elevados tacones la alzaban muy por encima de mi cabeza. Me volví para contemplar sus piernas, largas y bien torneadas, enfundadas en medias de seda negra y costura en medio. Desde aquel momento supe que había perdido a mi compañero de juegos. Pedro se encontraba casi siempre ocupado, aquella mujer lo acaparaba por completo y eso a nadie le agradaba. Su madre se quejaba a menudo de ella cuando yo bajaba a verle sin avisar, y me encontraba con su puerta cerrada:

—¡Me lo va a matar, hija mía, me lo va a matar! —decía echándose las manos a la cabeza—. Tú dime.., ¿qué hace ahí encerrada con él?

La bomba explotó cuando anunciaron la boda. Los vecinos cuchicheaban la noticia mientras se intercambiaban gestos de conmiseración. Era un mal presagio, decían. Una tarde encontré al portero rodeado de varias vecinas; hablaban en voz baja con las cabezas apiñadas, así y todo pude oír:

—¡Esa lagartona va por el estanco..., si fuera mi hijo la echaba a patadas! ¡Menuda sinvergüenza..., cómo se nota que no hay un padre en esa familia!

Quería salvar a Pedro de las manos de esa bruja seductora, pero no podía hacerlo. ¡Se le veía tan ilusionado! Ahora el *jazz* ocupaba un segundo lugar en su vida. Estaba totalmente atrapado por los encantos de una embaucadora cualquiera. La boda se celebró en la intimidad. Ella quiso sacarlo de la casa que le vio nacer. Todos lloramos su ausencia, pero aquello no fue lo peor de todo. A los tres meses, nadie supo con entera certeza si de felicidad o de infierno, Pedro murió de un ataque al corazón.

El repentino ruido de un rápido taconeo en el techo nos sacó del profundo mutismo en que nos encontrábamos.

—Ya ha llegado tu madre —me avisó Sonsoles, siempre solícita—. ¿Quieres quedarte a cenar con nosotras?

Las miré con ternura. Llevaban su dolor enterrado tan adentro que nunca perdían la compostura.

—No... gracias —contesté rápida, intentando ocultar un bostezo —, estoy tan cansada que creo que me iré derecha a la cama.

Di un beso a cada una; les tenía afecto, pero había algo en ellas que yo no podía aceptar con tanta facilidad: su sumisión, su estoica pasividad ante los hechos. En el fondo de mi mente, no podía dejar de pensar que si ellas hubieran intervenido a tiempo, el corazón de Pedro

todavía seguiría latiendo. En la puerta, Sonsoles retuvo mi mano en la suya un momento y con un brillo de añoranza en los ojos, me pidió:

—Marga, por favor..., ven más a menudo, mamá ya sólo vive de recuerdos.

Aunque sólo había pasado una semana desde mi primer encuentro con el profesor de la tía Marga, me moría de ganas por verle otra vez para que me contara cosas de ella. Reuniendo todo mi valor le llamé por teléfono y quedamos esa misma tarde en su casa. Metí en el bolsillo de mi amplio abrigo una pequeña cámara *Instamatic* que me había regalado mi padre por mi cumpleaños, y me lancé a la calle impaciente. El metro estaba repleto, como casi siempre a esas horas de la tarde. Durante el invierno agradecía ese calorcillo un tanto oloroso que despedían los cuerpos a mi alrededor. Me encantaba observar las caras de cada uno de ellos, tan serias y compuestas, tratando de esquivarse los irnos a los otros, sin mirarse, con ligeros movimientos, para evitar situaciones embarazosas o de extrema intimidad. Mamá siempre me advertía: «¡cuidado con los viejos verdes, que tienen la mano muy larga!». Yo me reía y me preguntaba por qué sólo se preocupaba de los viejos y no de los jovencitos, que también los había muy frescos. Por norma, siempre me metía las manos en los bolsillos cuando el metro iba muy lleno, para desanimar a los carteristas que se aprovechaban de lo lindo en esas situaciones. Aquella tarde me fijé en una señora morena, de mediana edad, vestida con elegancia —demasiada para ir en metro—, de cuyos lóbulos colgaban dos preciosas perlas incrustadas en oro. Pero lo que más me interesaba de aquella imagen no era la señora, sino el caballero, también canosillo y bien vestido que, situado justo detrás de ella, no cesaba de mirarla. Mi imaginación corría a cien por hora, ¿sería su amante secreto? o... ¿sólo estaría interesado en sus valiosas perlas? Después de observar su rostro bien parecido, manos de uñas descuidadas, pelo un poco grasiento, bigote desigual, cuello de camisa descolorida y desgastada por el borde, decidí que su problema era la soledad, y que lo que él probablemente buscaba era una compañera para quien acicalarse y poder mostrar los últimos estertores de su gallarda hombría. Eran los candidatos perfectos para mi álbum de desconocidos y, tentando a mi suerte, prometí que si la casualidad se ponía de mi lado y los dos se bajaban en mi misma parada, los seguiría y capturaría para mi colección. Cerré los ojos y crucé los dedos, la próxima era mi parada, Alonso Martínez. Una bocanada de gente me empujó hacia la puerta, salimos despedidos como la lava de un volcán en erupción. Me volví para guardar el equilibrio y vi a mis dos elegidos plantados ya en el andén; ella, abrochándose el abrigo negro; y él, colocándose el sombrero de fieltro gris que, por pudor, calor o civismo, se había

quitado dentro del vagón. Un gusanillo me cosquilleó el estómago. Miré el reloj, tenía todavía media hora para matar antes de acudir a mi cita. Me dispuse a seguirlos. Ella iba delante y enseguida me di cuenta de que él también la seguía. Nos quedamos rezagados de todos. Al contrario de los demás, que andaban deprisa y subían las escaleras casi corriendo, ella mantenía un paso relajado, como quien pasea sin rumbo fijo. Él tuvo que pararse varias veces, haciendo ver que miraba algún cartel, para no adelantarla. Les saqué una foto por detrás. Era el momento apropiado ya que nadie se interponía entre los tres y nos manteníamos casi en línea recta. Ya los tenía en una misma imagen; juntos, como si se pertenecieran. Ellos todavía no lo sabían, pero muy pronto empezarían una nueva vida. Subimos las escaleras despacio y salimos al frío de la calle. Ella se paró en el escaparate de la pastelería La Duquesita, y él también. Por un momento creí que le preguntaría algo pero sólo se tocó el ala del sombrero, encajándoselo levemente. Justo antes de que ella entrara en la tienda apreté mi disparador. Otra vez los había capturado juntos, esta vez muy juntos, con sus cabezas casi unidas concentrándose en las apetitosas tartas y pasteles del escaparate. Él se quedó inmóvil mirándola a través de los cristales, suplicándole casi con sus ojos. Él nunca lo sabrá, pensaba ilusionada, pero dentro de unos días yo ya les habré unido para siempre, cumpliendo así su deseo. La señora salió de La Duquesita con un paquetito en sus manos y cruzó la calle para meterse en el café de enfrente. Adiviné una sonrisa en su rostro mientras que, adelantándola, el caballero le abría galante la puerta para dejarla entrar primero. Mi historia había alcanzado su fin. Lo que ocurriera dentro del local ya carecía de importancia para mí. Seguramente entablarían conversación, él la invitaría a un café o simplemente la seguiría otra vez por la calle en silencio hasta que llegara a su casa. La realidad no me interesaba. Sus vidas empezaban ahora conmigo.

Seguí calle abajo, y al llegar a la esquina torcí a la derecha. El profesor vivía en el número 7 de un corto y estrecho callejón llamado Regueros. El portal era tétrico y oscuro, los escalones de madera se alineaban altos y tortuosos, las paredes estaban impregnadas con un olorcillo a refrito de procedencia indefinida. Me agarré a la suntuosa barandilla de madera oscurecida por los años que todavía conservaba su elegante porte de antaño. Me paré en el tercer piso y busqué la letra A, que aparecía desdibujada sobre la gran mirilla dorada en la puerta de la izquierda. Titubeé antes de tocar el timbre. Me intrigaba ver a este hombre en su intimidad, me hacía sentir más cerca de la tía Marga, y al mismo tiempo me turbaba la idea de entrar en su casa, de oler sus libros, su vida, sus secretos. Una señora muy anciana y vestida de negro me abrió despacio la puerta. Parecía que ya me esperaba porque sin decir palabra me hizo seguirla con un gesto. Recorrimos un

largo pasillo lleno de cuadros y pequeños retratos que me escudriñaban desde las viejas paredes. Entramos en una pequeña salita en la que había una mesa camilla y dos amplias butacas situadas, con mucho acierto, frente a un gran balcón. El sol entraba a raudales por el cristal calentando las cuartillas, libros y cuadernos, esparcidos desordenadamente sobre el terciopelo verde oscuro que cubría la mesa hasta el suelo. Tres de las paredes estaban ocupadas, de arriba a abajo, por enormes librerías de caoba descolorida. Me encontraba rodeada de libros por todas partes, mirara por donde mirara los libros estaban allí, observándome, acechándome; mi única salida era el balcón o la puerta por la que había entrado. Sentí un deseo irrefrenable de escapar. El pasado me perseguía, me zarandeaba, como si fuera un pelele; me amordazaba, me ahogaba...

—¡Eres puntual! —me sobresaltó su voz— —casi tanto como yo.

—Es de familia —respondí rápida—, casi no lo puedo evitar.

—Tu tía Marga, creo recordar, no gozaba de esa cualidad.

—¿No? —pregunté complacida de que la conversación se dirigiera hacia ella tan deprisa.

—A clase..., siempre llegaba tarde, pero... era fácil adivinar por qué.

Le miré sin comprender.

—El tiempo corre..., más bien vuela, ¿sabes...?, no... ¡qué vas a saber! —me miró con ternura— a tu edad... Pero tu tía Marga nunca lo dejó escapar del todo; lo tenía atrapado entre sus manos.

Se acomodó en una de las butacas y me invitó a mí a hacer lo mismo.

—¡Ramona! —llamó con voz acerada—, ¡haz el favor de traernos el té cuando puedas! Pues sí —prosiguió, mientras retiraba todos los libros en un montón, a un lado de la mesa—, ¿sabes lo que hacía Marga antes de llegar a clase?

—No...

—Seguía por la calle a los personajes que la interesaban y les pedía un minuto de su tiempo para hacerles un boceto...

Me quedé de piedra, evaluando la semejanza de nuestras acciones. Ella también seguía a sus personajes y, al igual que yo los plasmaba en el celuloide de las películas, ella lo hacía en su bloc de dibujo

—...Cuando llegaba a clase, un poco más tarde que todos —seguía contándome, con cierto orgullo— ya estaba mucho más adelantada que sus compañeras, todavía ocupadas en dibujar a los modelos. En un abrir y cerrar de ojos se ponía manos a la obra y acababa su escultura antes que nadie. Marga siempre estaba a la cabeza de los demás.

¿Qué es lo que la decidió a hacer escultura?

Se quedó pensativo mientras Ramona, ligeramente encorvada,

aparecía por la puerta sosteniendo una bandeja de plata con un impecable servicio de té. Me sirvió impertérrita el humeante líquido pero al llegar a la taza de él, la mano fuerte y venosa del profesor detuvo la suya un tanto temblorosa, y con un: «gracias, Ramona», se sirvió él mismo. Por un momento creí ver un halo de disgusto en los ojos de la anciana, pero enseguida volvió a su gesto inmutable. Esperamos a que desapareciera otra vez lentamente por la puerta.

—¿Dónde estábamos? —preguntó, algo irritado de repente—, ¡ah... sí!..., Marga y su escultura... A ella se le quedó muy chico el papel. Dibujaba desde los siete años como ya sabes, y llegó un momento con los años en que sus personajes encerraban tanto sentimiento, tanta pasión y carácter, que parecían querer salirse del papel. Un espíritu tan prodigioso y sensible como el de tu tía no podía permanecer indiferente a todo esto. Me buscó y rogó que la incorporara a una de mis clases, aunque ya estábamos a mitad de curso. Su llamada me pareció tan genuina y desesperada que no me quedó más remedio que aceptarla.

Me identifiqué de lleno con el dilema de la tía Marga. Yo misma estaba pasando por una crisis similar. Mis palabras necesitaban tener vida propia, un cuerpo y un rostro donde poder materializarse. Ellas mismas eran las culpables de que sacara tantas fotografías. Me movía confusa entre la frontera ambigua que separa la imagen de la palabra. Sin poderme contener le pregunté:

—¿Cómo era Marga?

—Hay tres palabras que la definían muy bien: rebelde, romántica e insegura... Su romántica rebeldía la convertía en un ser único y original; esto hacía que se ganara la envidia de sus amigas y colegas más pobres de espíritu, y de aquí provenía su frágil inseguridad. Pero también era: obsesiva, frágil, apasionada, muy creativa..., tenaz...; un ser muy... muy especial.

Le escuchaba totalmente embobada. Así era como yo siempre la había imaginado; atrevida y valiente por fuera, poseedora de una fuerza envidiable, pero siempre rodeada de un halo transparente y etéreo, lo podía ver en sus fotos, en ese gris profundo de sus ojos que me hundía en la más triste de las nostalgias cada vez que la miraba.

—Marga... —proseguía pausado mientras sorbía su té— poseía una habilidad extraordinaria, todo lo que tocaba, adquiría vida. Esto acomplejaba a sus compañeros e incluso a sus profesores...

—¿A usted también? —le interrumpí con curiosidad.

—Si te he de ser sincero, al principio de conocerla sí, pero al tratarla más me di cuenta de que su actitud, tan arrogante a veces, no era más que un caparazón para esconder una ingenuidad exagerada.

Los inestables pasos de Ramona se oían cada vez más cerca. Se aproximó a la mesa y al poner las tazas vacías en la bandeja dos

lágrimas gruesas cayeron sobre su manga de seda negra. El profesor la miró entre sorprendido e irritado.

—¿Qué pasa, Ramona? —le espetó con gesto resignado, como si ya estuviera acostumbrado a tales demostraciones.

Ella le miró con cierto resentimiento.

—La Julia ha llamado que no viene a verme este fin de semana.

Y diciendo esto se tapó la cara con ambas manos y rompió a llorar.

—Pero mujer, no ves que estoy ocupado! —la reprendió suavemente.

Y levantándose, la sujetó por los hombros y se la llevó fuera del cuarto mientras le hablaba en voz baja. Me quedé sola sintiéndome algo culpable, como si me hubiera entrometido en algo íntimo y familiar. Me intrigaba la relación que el profesor pudiera tener con la anciana. ¿Quién era esa señora que parecía su criada pero que se comportaba como si fuera mucho más? Oía sus voces como un murmullo; él protestaba y ella lloraba cada vez más fuerte. Por fin se oyó un portazo y los pasos del profesor que venían a mi encuentro.

—¡Discúlpame! —se excusó algo avergonzado—, ya son muchos años y no está acostumbrada a las visitas.

Miró el reloj pensativo.

—¿Por qué no salimos un rato y continuamos nuestra charla dando un paseo?

Asentí, aliviada por la sugerencia. Quería salir de allí. Me sentía vigilada, oprimida, como si alguien en aquel cuarto nos estuviera escuchando. Quizá había demasiados recuerdos, demasiado pasado encerrado en esas claustrofóbicas cuatro paredes. Experimenté una sensación de libertad nada más salir a la calle y respirar la primera bocanada de aire fresco.

—Te propongo una cosa —me dijo recuperando su buen humor— ¿por qué no me acompañas al Museo Romántico?, ¿lo has visitado alguna vez?

—No...

—Pues no se hable más, podemos ir andando..., está aquí al lado.

—¿Qué le pasaba a Ramona? —me vi casi obligada a preguntar.

—Tú no te preocupes por estas cosas —contestó rápido, intentando esquivar el tema—, son asuntos de familia que ya no tienen solución. Cuando los problemas no se zanjan de inmediato..., después...

—...después... son más difíciles de resolver —acabé la frase.

—Sí, se convierten en una patología. Y... tú..., ¿cómo lo sabes? Inquirió sorprendido por mi intervención.

—No soy tan joven como aparento.

—¿Ah... sí?, y... ¿cuántos años tienes?

Su tono mordaz me envalentonó:

—Los suficientes como para querer saber por qué se suicidó mi tía Marga.

La anterior timidez me había abandonado por completo. Nunca había estado tan cerca como en aquel momento de conocer el secreto de la muerte de Marga, tenía que aprovecharlo. Se detuvo en seco, mirándome muy serio a los ojos.

¿Qué sabes tú de todo eso?

—Nada..., quiero que usted me lo cuente.

Reflexionó un instante antes de decir:

—Tus padres..., o... tu tía Consuelo..., ¿no te lo han contado...?

—¡Ni palabra!, no han soltado ni ripio.

—*Y* entonces... ¿por qué sabes que se suicidó?

—Tengo mi propio servicio secreto.

—Pues me parece, pequeña, que vas a tener que recurrir a él para enterarte de todo porque yo no sé nada del tema.

Comenzamos a andar pausadamente. Yo no me daba por vencida. Intuía que, más tarde o más temprano, él rompería su silencio.

—Y... ¿por qué tanto interés?

—Es mi tía, ¿no...? Creo que tengo derecho a saber lo que pasó..., además..., yo llevo su nombre —acabé por decir, marcando mi terreno.

—Y... te empiezas a parecer bastante a ella.

—¿Usted cree? —pregunté ilusionada.

Subíamos por la calle San Mateo despacio, sin ganas de llegar al Museo, sobre todo yo, porque inevitablemente nos interrumpiría la conversación. Una gitana, llena de bolsas y volantes de colorines, nos interceptó el paso y agarró, agresiva, mi mano. Yo la retiré rápidamente un poco atemorizada. El profesor hurgó en el bolsillo de su abrigo y le dio varias monedas.

—Es extraño que una persona tan interesada por d pasado como tú no parezca tener el mismo interés por el futuro.

—Nunca permito que me lean las manos.

—¿Por qué?, no es más que un juego divertido y bastante inofensivo...

—A mí me parece un juego más bien serio que divertido.

—¿Te da miedo conocer tu futuro?

—No, pero lo encuentro innecesario..., ¿para qué?, me da más miedo no conocer el pasado que de alguna forma me pertenece y que rodos tratan de ocultarme.

—El pasado es casi siempre una invención. Fíjate bien..., la historia se la inventan los que escriben sobre ella. Siempre dan su punto de vista, aunque en muchos de los casos éste no se acerque a la realidad. Y el pasado de cada uno se lo forja uno mismo, pero hasta en

esto a veces nos engañamos porque no queremos ver la realidad.

O no la aceptan... añadí, pensando en mi familia, por eso esconden su pasado.

Por desgracia, tocios tenemos algo que esconder...

Recordé que mi madre me había repetido exactamente la misma frase. ¿Qué es lo que escondería este hombre de su vida? ¿Cuál sería su secreto? Me miró conmovido y continuó'.

—Tú todavía eres demasiado joven, por eso quieres descubrir...

—¡Sólo quiero saber la verdad.!—protesté

—¡Ah...! ¡la verdad!, cómo envidio tu ingenuidad. La verdad y la realidad son dos cosas distintas que raramente coinciden. Pero no me hagas caso, yo ya soy un viejo cada día más alejado de la vida, ya tendrás tiempo de verlo tú sólita.

Le miré aturdida. Este hombre no me estaba tomando en serio. A veces me trataba como si fuera una niña pequeña. Lo mejor era mantener la conversación girando alrededor de Marga, que en realidad era lo único que me interesaba. Entramos en el Museo Romántico. Mientras subíamos las viejas escaleras de madera en silencio pensaba que yo también sin darme cuenta huía de la realidad. Lo hacía con mi cámara fotográfica, robando a la gente su verdadera identidad para poder reinventarla. Era otra forma de engañarme a mí misma, de no querer ver el mundo real tal y como se me presentaba. Me sentía fuerte y poderosa decidiendo sobre esas pequeñas vidas. Pero no..., ¡era más que eso!, quizá, un sentimiento de frustración por no poder alcanzar el objeto deseado. La falta de control en nuestras vidas. En el fondo —me dije— también nosotros somos como marionetas pendientes de los hilos del destino. Pensé en mi padre. Todavía, después de cinco años, deseaba su regreso con todas mis fuerzas. Era un deseo frustrado con el que tendría que convivir todos los días de mi vida. El profesor se detuvo delante de dos cuadritos minúsculos que representaban la *Sátira del suicidio romántico.*

—Hablando del suicidio —comentó con cierto humor—, no he podido traerte a un lugar más adecuado.

—¿Cree que se puede bromear con un tema tan fuerte como el de quitarse uno la vida?

—Y... ¿por qué no?, tienes que darte cuenta de que todo es cultural, incluso la muerte se puede trivializar cuando se pone de moda. El suicidio era algo muy frecuente en la época del Romanticismo.

—¿Y ahora no lo es?

—No tanto..., el mundo se ha vuelto más práctico. Los desengaños amorosos se curan sustituyendo al ser amado en menos que canta un gallo, las enfermedades se resisten con morfina hasta el final, y las ruinas económicas se resuelven pidiendo préstamos a bancos

sanguinarios o con sablazos a amigos tontos. El mundo se ha desapasionado..., se ha vuelto más cínico.

—Pero, aparte de que el individuo sepa o no resolver los problemas que se le presenten en la vida, creo que sí tiene el derecho a decidir sobre su propia muerte.

—Mira jovencita, las cosas no son así. No fue tuya la decisión de nacer, como tampoco debe serlo la de morir. Es ley de vida.

—No entiendo de leyes, pero sé que están hechas por los hombres y si mi vida es lo único que me pertenece..., lo único que de verdad tengo..., no voy a consentir que ninguna ley, divina o humana, me obligue a seguir viviendo si ése no es mi deseo.

—¿Es esto lo que has aprendido en el colegio?

—Según mi abuelo, las monjas sólo enseñan tonterías.

—Y..., ¿no piensas en los demás, al menos? Lo peor del suicidio no es el acto en sí, sino en el dolor que infliges a tus seres queridos. Yo lo encuentro un acto cobarde y egoísta.

—Sí, también es verdad; aunque sigo creyendo que uno debe tener el derecho a decidir sobre su propia vida. Pero, tiene razón..., hay que pensar en los demás y no sólo en la familia, a veces este acto puede llegar a ser hasta inoportuno.

Recordé que de pequeña había presenciado un suicidio, y lo que más me había marcado no era la trágica visión de tal acción sino la reacción de los demás. Ocurrió una tarde de otoño —yo tenía siete años— cuando mi madre y yo viajábamos en tren a un pueblecito llamado Marmolejo. Lo visitábamos con frecuencia porque allí había un balneario muy conocido y mamá necesitaba tomar las aguas para curarse de las horribles jaquecas que padecía. El tren se paró de repente mientras resonaba su estrepitosa alarma. En nuestro compartimiento viajaba un matrimonio con su hija pequeña que iban a visitar a sus padres al pueblo. Se asomaron todos, curiosos, por la ventana. Enseguida empezaron a hacer comentarios, primero de horror y después de impaciencia. Una chica joven se había tirado a la *vía y el* tren la había arrollado. La señora decía:

—¡Pobriña!, ha quedado partida en dos, y tiene la cara destrozada..., dudo que su familia la pueda reconocer.

Mamá me tapaba los oídos para que no oyera la crudeza de tales comentarios, pero ella seguía implacable:

—¡A quién se le ocurre matarse de esta forma tan horrible! Tenía que ser una chiquita joven..., seguro que es mal de amores...,

—¡Calla, mujer..., calla! —le amonestaba el marido—, ¿tú qué sabes?... ¡Pobre chica...!

Y miraba a su niña impresionado. La mujer seguía hablando, parecía feliz de su súbito protagonismo. Miraba a mi madre buscando su complicidad morbosa:

—¡Anda que ahora, ya verá usted!, entre que limpian la sangre y sacan el cuerpo..., nos darán aquí las horas muertas. ¡Pepe! —gritó al marido—, llegaremos a las tantas..., y tus padres esperando en la estación. ¡Anda que..., a quién se le ocurre matarse a esta hora!, ¡vaya una suerte que tenemos!

Mamá me apretujaba la cabeza contra su pecho para que no oyera los crueles e innecesarios comentarios de la señora. Yo la miraba con una especie de grima y curiosidad. Era morena y bastante opulenta, vestida con un ajustado traje de seda brillante azul marino con lunares blancos y una pañoleta negra cubriéndole la cabeza. Se parecía a una marmota fofa y gorda, y me la imaginaba con sus carnes abiertas esparcidas por el suelo, ahogada en su abundante sangre. Hice un gesto de asco y me entraron ganas de vomitar. Salí corriendo hacia el baño antes de que mi madre me pudiera detener, pero en vez de entrar en el servicio, asomé un poco la cabeza por una de las puertas. Y entonces la vi. Su cuerpo yacía a un lado de la cuneta; lo habían tapado con una manta pero su pie izquierdo, que sobresalía ligeramente, estaba todavía calzado con una sandalia roja, tan roja... como la sangre que le cubría el calcetín. Siempre recordaré esta imagen mientras viva.

El profesor examinaba los cuadros con suma atención. Después de un largo silencio, prosiguió con el mismo tema:

—Sí, la verdad es que visto desde esa perspectiva es un jaleo morirse; tanto papeleo y tantas cosas materiales en qué pensar cuando en realidad la persona ya se ha desmaterializado.

—Es verdad —asentí—, para qué sirven las tumbas, las visitas al cementerio... el luto, si el recuerdo de la persona se lleva en el corazón. Es todo apariencia.

—No..., no..., todo eso es muy importante. Son rituales que nos ayudan a sobrevivir la pérdida. Quizá tú todavía no hayas experimentado lo difícil que es vivir con el recuerdo de un ser querido.

Sentí un tirón en la garganta. ¡Claro que ya había experimentado la pérdida!, y de qué forma... Tía Marga estaba más presente en mi mente que si estuviera viva, y la herida causada por el abandono de mi padre todavía no había cicatrizado, seguiría latente en mi corazón durante muchos años. ¿Quizá su muerte hubiera sido menos dolorosa?

El profesor se paró delante de una pequeña mesa vitrina.

—Mira, los revólveres de Larra.

Me miró escéptico.

—¿Sabes quién era Larra?

Asentí con la cabeza sintiéndome un poco insultada.

—Con uno de éstos se pegó un tiro... por un desengaño amoroso. Creo que...

Y girándose me señaló un cuadro enorme de una oronda y atractiva señora que nos miraba desde las alturas.

——*…fue por culpa de* esa gran dama, ahora no recuerdo cómo se llamaba…, pero Larra no pudo soportar que ella eligiera quedarse con su marido.

—Y… ¿por qué el amor, que dicen ser tan maravilloso, es el causante de tantas muertes?

—Porque el amor en estado puro no existe en los humanos. Siempre se encuentra mezclado con otros sentimientos —prosiguió como si estuviera dando una conferencia— como la pasión, la posesión, la envidia, los celos, el interés, el miedo, el engaño… y miles de otras sensaciones que sentimos diariamente en nuestras relaciones con los demás. El ser humano es muy complejo, por eso cada individuo experimenta el amor de forma muy diversa…

Se interrumpió para preguntarme, todavía no sé si en broma o en serio:

—¿Tú has amado alguna vez?

La pregunta me pilló totalmente desprevenida.

—Si se refiere a un chico…, digo, a un hombre… —me corregí al instante.

Como un flash me vino a la mente la imagen del chico del autobús al que no había vuelto a ver nunca más, y el rostro del otro quinceañero que se había adueñado de mi corazón hacía sólo unos cuantos veranos. ¿Habría sido amor lo que sentí por ellos? Si fuera así, ¿cómo es que todavía seguía viva?

—No estoy segura… —respondí indecisa.

Pero sólo una idea me rondaba por la cabeza desde que había visto los pequeños revólveres de Larra. Seguramente la tía Marga también había usado uno para suicidarse, pues la breve nota que leí en el periódico explicaba que los vecinos habían oído una detonación.

—Don Antonio —aventuré—, ¿usted sabe qué fue del revólver con el que se mató la tía Marga?

Me miró sorprendido.

—¿Cómo sabes que tu tía se pegó un tiro?

—Lo leí en la reseña de un periódico.

—De un periódico… —repitió casi sin voz.

Retiró sus ojos de los míos para que no pudiera ver el ligero y húmedo velo que empezaba a cubrir su mirada. Comenzó a hablar casi sin fuerza.

—Yo también me enteré de su muerte leyendo el periódico. Siempre recordaré ese aciago día. ¿Cómo podría olvidarlo…? —su voz se cubrió de amargura—. Sí…, dos noches antes Marga me había telefoneado. Era tarde y me extrañó que llamara a esas horas. Me pidió excusas y dijo que estaba muy nerviosa por una escultura que

tenía que terminar a muy corto plazo y le presentaba problemas. Yo no me preocupé mucho pues sabía que Marga era demasiado perfeccionista y muy exigente, sobre todo con ella misma. Le sugerí que nos viéramos al día siguiente para tomar un café después de clase y hablar del asunto, pero ella estaba muy alterada y quería verme enseguida. Nunca me lo perdonaré, porque yo aquella noche estaba cansado y le dije que tendría que esperar hasta el día siguiente. Ella me colgó el teléfono antes de que yo pudiera cambiar de idea. Ésa fue la última vez que oí su voz.

Estábamos los dos parados en medio de una sala grande y sombría, creo que era el salón de baile. Miré a mi alrededor, no había nadie, sólo muebles, sobre todo sillas y más sillas de ese estilo rancio Isabelino que nos acechaba por todas partes.

Era un espacio totalmente abandonado, incluso hasta por los recuerdos. La sensación del vacío acentuó todavía más nuestra desolación, sentí la necesidad de sentarme, de estrecharle las manos, de consolarle. Pero..., ¿de qué? Por su tono presentí que se sentía algo responsable de la muerte de Marga, pero sus ojos expresaban algo más que un sentimiento de culpa. ¿Cómo podíamos hablar allí, rodeados de antigüedades y de cosas muertas?

—Necesito respirar —le dije.

—Sí —susurró—, salgamos fuera.

Bajé las escaleras casi corriendo y le esperé en la calle. El viento fresco del atardecer me reanimó al instante, lo aspiré con fruición. Caminamos serenos, encerrados en la profundidad de nuestros pensamientos. El silencio ya no nos intimidaba, ni siquiera se nos hacía pesado, era sólo necesario. Había ocurrido algo mágico. Las palabras del profesor me habían transmitido tal emoción que en ese momento me sentía mucho más cercana a su persona. Si la tía Marga recurrió precisamente a él en sus últimas horas de desesperanza era porque gozaba de su confianza o quizá, porque... ¿le quería? Comencé a mirarle con otros ojos, y creo que él a mí también. Entramos en el bar de Santa Bárbara y nos sentamos a una mesa alejados del ruido de la gente.

—¿Quieres un refresco?

Hice un gesto afirmativo.

—Entonces... una limonada y un cortado —pidió al solícito camarero.

Me miró con una luz nueva en los ojos, despojada de toda ironía.

—Cuando lo leí en el periódico ese fatídico día de junio yo también quise morir. Pensé que quizá si hubiera hablado con ella aquella noche la habría salvado. Pero eso... ya nunca lo sabré...

Me miró angustiado, como pidiéndome perdón. Yo estaba alucinada por su cambio de actitud. De repente parecía que quería

hablar, contármelo todo. ¿Qué es lo que estaba pasando?

—¿Cree que le iba a pedir consejo?

—Es posible..., pero...yo no era la persona más adecuada...

—¿Por qué no? Usted era su profesor.

—Sí, pero...

Esperó pacientemente a que el camarero dejara las bebidas sobre la mesa.

—Pero... ¿qué? —apremié.

Me miró casi suplicante.

—Marga, tú no lo entenderías. Ella era casi un ídolo para mí y yo sólo... un profesor más en su vida.

Aproveché su momento de debilidad para seguir implacable.

—Razón de más para que la quisiera ayudar.

—Yo no sabía exactamente lo que le pasaba, pero estoy seguro de que no tenía nada que ver con su trabajo. Marga era una persona muy obsesiva...

—Entonces... ¿por qué no quiso escucharla aquella noche?

—Eso es exactamente lo que pasó, Marga —respondió muy alterado—, tú lo has dicho bien claro. ¡No quise escucharla!

Repitió la frase como si se estuviera torturando.

—Pero... ¿por qué? —insistí, decidida a que confesara todo.

—Porque ¡fui un cobarde!, tenía miedo de lo que podía contarme.

—¿Miedo? —pregunté sin comprender.

Se cubrió la cara con sus finas, casi aristocráticas, manos durante unos instantes, pero enseguida las apartó y me miró de frente con un brillo de nostalgia en los ojos.

—Temía perderla para siempre.

En ese mismo instante se acercaron a la mesa tres chicas jóvenes, alumnos del profesor. Parecían contentas y hablaban muy alto, en especial una de ellas que, algo bebida, no paraba de reírse. Se sentaron con nosotros sin pedir permiso

—Don Antonio —dijo una de ellas, rubia y con la cara llena de pecas—, no sabíamos que frecuentara usted estos lugares.

—Pues ya lo veis —contestó recuperando su tono mordaz—, no soy tan aburrido ni viejales como pensáis.

—Ya... ya lo vemos... —dijo otra, morena y gordita, mientras me miraba y propinaba un disimulado codazo a su otra compañera larguirucha, que se reía tapándose los dientes exageradamente separados.

El profesor les preguntó con cierto retintín:

—¿Queréis tornar algo?...o ¿ya habéis ingerido demasiado?

Las miré con resentimiento. Estas chicas ruidosas no habían podido aparecer en peor momento, justo cuando el profesor estaba dispuesto a hablar. Ahora sí que estaba convencida de que el interés

que el profesor había sentido por la tía Marga era algo más que paternal. Pero... ¿y ella?, ¿habría sido él la causa de su suicidio? Miré la hora, se me había hecho tardísimo. Aproveché que el camarero se acercaba a nuestra mesa para levantarme.

—Tengo que irme —le dije, señalándole la hora.

—¡Ah...! la niña se va a casa con su mamá —intervino la larguirucha, algo bebida, mientras las otras le ordenaban callar.

El profesor la fulminó con la mirada pero no hizo el menor esfuerzo por levantarse. Me acerqué a su oído y le susurré:

—Me gustaría acabar nuestra conversación en otro momento.

—¿Cuándo?

—¿Mañana? —tanteé probando mi suerte.

—Tengo que acabar de ver el Museo Romántico, si quieres nos encontramos allí otra vez a las cinco.

Salí del bar a toda prisa sin despedirme de ellas. Todavía resonaban en mis oídos sus risitas estúpidas. Caminé cabizbaja hacia el metro. ¿Por qué el profesor había temido perder a Marga? ¿Es que presentía que se iba a matar? ¿Por qué no lo impidió? Mi incertidumbre crecía a pasos agigantados pero al día siguiente sabría la verdad. Tenía la certeza de que me lo contaría todo porque me había dado cuenta de que él necesitaba hablar. El metro estaba atestado de gente. Me situé como siempre en primera fila al borde del andén, observando los ratones que corrían por las vías entre la basura y los desperdicios. Se decía que en los túneles vivían ratas del tamaño de niños recién nacidos pero nunca tuve la oportunidad, o la mala suerte, de ver una. Antes de entrar en el tren metí las manos en los bolsillos pero una de ellas chocó con otra mano, fría y desconocida, que salía veloz de mi bolsillo izquierdo. Miré a las impertérritas caras de mi alrededor, pero nadie parecía darse por aludido. Podía elegir entre una señora de mediana edad que agarraba su bolso con fiereza; un señor mayor con sombrero y bastón de puño plateado; o una jovencita, tipo secretaria, con mucho rímel y carmín, que mascaba chicle con verdadera pasión. Antes de seguir observando a todos los personajes próximos a mi persona, se abrieron las puertas y fui empujada dentro del tren como en una avalancha. Por suerte, mi pequeña cámara *Instamatic* se hallaba intacta en el otro bolsillo, de manera que el ladrón se había llevado un chasco al encontrase con un bolsillo vacío. Sonreí complacida, el trayecto en metro se me haría mucho más llevadero mientras ejercía uno de mis pasatiempos favoritos: el de intentar averiguar quién, entre todos ellos, habría sido mi presunto ladrón.

El día siguiente era domingo. Tenía la suerte a mi favor porque de haber sido otro día cualquiera, hubiera tenido que esperar hasta el

siguiente fin de semana para poder reunirme con el profesor, ya que mis estudios en el colegio absorbían todo mi tiempo. Mamá me sobresaltó con un meneo violento en la cama.

—¡Despierta, perezosa, que son las doce!, hoy vamos a comer a casa del abuelo ¿o… es que te has olvidado?

—¡Por un miserable día que tengo para dormir! —exclamé desperezándome.

—¡Venga…, date prisa!, que hoy no quiero ninguna excusa y me vas a acompañar a la Misa de la una.

—Pero mamá, si sabes que yo…

—¡No hay peros que valgan!, hoy te sacrificas y acompañas a tu madre a Misa.

Asentí resignada, como se enterase el abuelo —pensé— me echaría uno de sus discursos sobre la hipocresía de las apariencias: «El espíritu lo llevamos dentro, como las emociones —me dijo un día—, no tenemos por qué alardear de nuestra fe o arrepentimiento rezando y dándonos golpes de pecho». Y cuando tenía algún problema en el colegio o me habían castigado por alguna tontería, él me aconsejaba: «Tú, pon cara de contrición y baja la cabeza, ya verás qué pronto te perdonan las monjas. En este mundo de pedazos de mediocres lo único que vale es la apariencia, no el verdadero sentimiento. Si tú entras en su juego nunca tendrás ningún problema; pero… ¡pobre de ti como se te ocurra salirte de la norma!». Hacía tiempo que no asistía a la ceremonia de la Misa los domingos y esto me hacía sentir a la vez incómoda y orgullosa. Era una forma de desafiar las reglas y de no estar siempre asustada del pecado. También había dejado de confesarme. Me encontraba ridícula cuando me arrodillaba en el confesionario delante del padre Santiago y, después de cerrar los ojos para que no se percatara de mi aburrimiento, le soltaba la misma retahíla de todas las semanas: «Padre, hace una semana que no me he confesado; me acuso de pelearme con mis hermanos, de insultarles, de pronunciar el nombre de Dios en vano, de decir mentiras, de pensar en chicos…». Aquí el padre carraspeaba como saliendo de su letargo. El tema de los chicos era lo que parecía interesarle más de toda mi enumeración de pecadillos, y me animaba a que le siguiera contando por qué salía con los amigos de mi hermano y qué era lo que, en realidad, hacíamos. Después de comprobar que no había nada pecaminoso en mis inocentes salidas con el sexo opuesto, acababa imponiéndome siempre la misma penitencia: «Reza tres avemarías y una salve, y que Dios te perdone». Pero lo que nunca llegué a confesar a nadie fue mi enamoramiento con Jesús cuando yo tenía trece años. Mi relación con Él comenzó cuando comulgué por primera vez y tuve que transgredir las reglas de lo divino masticando la hostia, ya que tenía grandes dificultades en tragarla. Mi complicidad con Jesús fue

creciendo cuando pacté con El que podría desayunar todos los días en mi casa antes de recibir la Comunión en el colegio; un acto considerado sacrílego en aquella época. Cuando mi hermana se chivó a la Reverenda Madre fui castigada severamente por las monjas, pero mi espíritu intuitivo sabía que a Jesús no le importaba lo más mínimo el estado de mi estómago antes de recibirle en mi cuerpo. Poco a poco, ese Jesús que yo había ido construyendo en mi interior se fue materializando en mi vida y le di un pelo, unos ojos, unas manos y una sonrisa que acabaron por enamorarme. Recuerdo que experimentaba momentos casi de éxtasis cuando al comulgar recibía a ese Ser tan maravilloso, inventado en exclusiva por mí, que no *se* parecía en nada al Jesucristo que representaban las estampas. Jesús salía de su invisibilidad para convertirse en un hombre de carne y hueso que me hacía sentir tímida, deseada, querida, protegida e ilusionada; como cualquier otra mujer se hubiera sentido con su novio, esposo o amante. En aquellos momentos en que lloraba más que nunca el abandono de mi padre, recurría a Jesús como una mujer ultrajada que se consuela con las delicias de un amor oculto, apasionado e inocente.

Cuando bajábamos las escaleras mamá y yo oíamos las voces airadas, los gritos y los ruidos estrepitosos del primer piso. Me colgué de su brazo, nerviosa.

—Ya están otra vez los Vidal, ¡es que no paran de pelear...!

Llegamos al primer piso y nos paramos delante de la puerta B. Se oían insultos, golpes y lloros de mujer. Una voz de hombre gritaba enloquecida:

—¡Como me lo vuelvas a repetir te mato...! ¡Te digo que te mato!

Mamá me ordenó:

—¡Esto no se puede soportar más!, vete a llamar al portero... que llame a la policía. Un día de estos se matan de verdad, ¡corre!

Bajé casi sin respirar. Manolo, el portero, se encogió de hombros:

—Y qué quieres que haga..., la policía no hace absolutamente nada, y cuando se los llevan están de vuelta a las tres horas... y se vuelven a atizar.

—Tiene que hacer algo..., esta vez va en serio... —dije asustada.

—Como todas... ¡no te joroba! Venga..., vamos palla.

Mamá ya había empezado a aporrear la puerta con todas sus fuerzas pidiendo que pararan de una vez. Los vecinos del A salieron al rellano y se reunieron con nosotros.

—Anda que... ¡qué poca vergüenza tienen estos borrachos!, primero beben... y luego arman la de Dios —se quejó la vecina del A.

—¡Silencio!, ¡ya está bien!, ¡que no estamos en una chabola! —gritó el marido, dando unos golpes terribles en la puerta.

Desde dentro oímos la voz distorsionada por el alcohol de una

mujer.

—¡Sinvergüenza!, ¡que no eres más que un sinvergüenza!, ni siquiera por tu hija..., ¡ay...Dios mío, llévame!, ¡llévame contigo!

—¡Uy..., Madre mía, lo que hay que oír! —exclamó persignándose, la señora que subía al sexto piso con un paquetito de pasteles en la mano.

—Señores, por favor, un poco de paz —intervino el portero con gesto cansado.

Los ruidos cesaron durante un rato, sólo se oían los lloros desconsolados de un hombre y una mujer, como ronquidos de un dolor sobrehumano. La puerta se entreabrió lentamente. Los ojos asustados de una joven veinteañera aparecieron por apenas una rendija.

—Ya se han calmado..., por favor —nos rogó con el rostro bañado en lágrimas—, ¡váyanse!, no llamen a la policía..., no volverá a ocurrir..., se lo prometo.

Una voz ronca de hombre totalmente embriagado le gritó desde dentro.

—¡Ana, desgraciada!, ¡cierra la puerta... o te mato!

Salimos a la calle comentando los horrores del alcohol. Conocíamos tantas vidas destrozadas por ese elixir tan reconfortante e inocente en apariencia. Recordé las noches, años atrás, cuando mi padre llegaba a casa borracho y maltrataba a mi madre. ¿Cómo era posible una transformación tan radical en una persona tan cariñosa y atractiva como solía ser él? Después de su marcha estábamos más tranquilos, pero así y todo algunas noches el vecino de arriba llegaba a su casa borracho a altas horas de la madrugada y aporreaba nuestra puerta por equivocación. Mi madre, asustada, le amenazaba con llamar a la policía. Con todo el barullo se nos había hecho tarde para llegar a Misa de una, y con gran satisfacción por mi parte nos dirigimos directamente a casa del abuelo.

Nos recibió como casi siempre, sentado a la mesa camilla en su salita de estar. Nada más verme me guiñó un ojo en señal de completa complicidad. Pasados ya tres años de nuestra conversación sobre el tío Enrique, todavía manteníamos nuestro pacto de silencio. La boca se me hizo agua cuando me vino, desde la cocina, el delicioso aroma que emanaba de la tarta de manzana que la tía Simona sabía preparar mejor que nadie. Como buena suiza, su repostería era exquisita. Nos sentamos enseguida a la mesa, hambrientos.

—¿Os acordáis del hambre que pasamos durante la guerra? —comentó mamá mientras devoraba con apetito una pata de pollo en pepitoria.

—Y ¡cómo lo íbamos a olvidar, Lolita! —respondió rápida Simona, con su cerrado acento francés.

—Bueno —intervino el abuelo—, vosotras no os podéis quejar, al fin y al cabo erais unas privilegiadas...

—Sí, sí... —protestó mamá—, tú dirás lo que quieras pero yo pasé mucha hambre.

—¡Anda, anda...! que todo el barrio en Bilbao os apodaban, a Pilucha y a ti, las ratas de Madrid, porque cuando bombardeaban y sonaban las sirenas, en vez de correr hacia el refugio como todo el mundo hacía, vosotras entrabais en los bares y *cafés y os poníais* moradas.

—¡Mamá! —exclamé entre asombrada y divertida.

—Sí, hija, *sí..., en* tiempos de necesidad no sabes lo que uno puede hacer —explicó mamá mientras se echaba a la boca, sin ninguna ceremonia, un trozo de pan mojado en salsa pepitoria.

—Y tu tía Pilucha nos traía de cabeza... —recordó Simona, esbozando una sonrisa en que se le iluminaron todavía más sus azulísimos ojos—. Porque decía que prefería morir al aire libre que enterrada por los escombros, y se negaba a entrar en el refugio.

—¡Y tenía razón! —dije, poniéndome en su lugar.

—Vosotros, hijos —dijo el abuelo mirando a sus tres nietos—, habéis tenido la suerte, o la desgracia, de no haber conocido una guerra... Y digo desgracia... porque lo único positivo de vivir situaciones extremas, como la guerra, es que uno aprende a descubrir sus propios mecanismos para poder sobrevivir. Es una cruel enseñanza de la vida.

—Vaya una forma de aprender, ¡no, gracias!, yo prefiero ir al colegio —dije haciéndome la lista.

El abuelo me miró despectivo.

—¿Es que acaso crees que tus monjas te están enseñando algo?

—Bueno, bueno... —atajó mamá conciliadora—, no empecemos con el temita de siempre que hace un día precioso.

Sabía muy bien que el abuelo tenía razón, no había mejor enseñanza que la que te ofrecía la vida misma. La tía Pilucha me había contado numerosas veces la compasión que ella sintió cuando veía a la gente, aunque fueran desconocidos, llorando porque sus casas habían sido destruidas en un bombardeo o porque habían perdido a un ser querido. Otro día fes podía tocar a ellos, y rae decía: «la vida pierde su valor por la cantidad de muertes ocurridas, pero no su importancia— Al final de rodo, la vida es lo único que nos queda».

El abuelo parecía encantado con el tema de la guerra que mi madre había sacado a relucir tan de improviso, y seguía comando:

—Lo único bueno que yo saqué de la guerra fue cuando me trasladaron a un convento de los Carmelitas para cumplir mi sentencia y me encerraron en la biblioteca, que era extensísima.

Ceno los ojos para saborear mejor sus palabras:

—Estaba rodeado de libros por todas partes… me encontraba como un borracho encerrado en una bodega.

—Sí, y rodeado de enfermos también —dijo Simona, aprensiva—. No me olvides, Enrique, que convirtieron el convento en una prisión para los presos enfermos.

Mamá empezaba a aburrirse y quería zanjar el tétrico rema de conversación de una vez por todas.

—Bueno…, ya está bien de nostalgia y de recuerdos, que los niños no tienen la culpa de que nosotros hayamos vivido una guerra.

Nos levantamos de la mesa para tomar el café en la salita de estar. En una hora tenía que reunirme con el profesor y ya empezaba a ponerme nerviosa. No estaba muy segura de sí debía preguntarle acerca de la naturaleza de su relación con la tía Níarga. Me paré frente a una mesa situada al final del pasillo. Como tenía por costumbre desde pequeña, tome la cajita de música con forma de chalet alpino, la acerqué a mi oído izquierdo y la abrí muy despacio por el techo de madera pedreado. Una agradable musiquilla tirolesa sonó y al instante me sentí mejor.

En la calle se respiraba un aire tan helado que me enrollé la bufanda a la altura de los ojos para no congelarme. Andaba deprisa, sin detenerme en ningún escaparate o seguir a nadie. Tenía un largo trecho que recorrer desde la calle Padilla hasta la de San Mateo, donde se hallaba el Museo. Todavía resonaban en mis oídos las palabras con las que me despidió el abuelo en la puerta de su casa: «Tú no hagas caso de los recuerdos de los viejos —me dijo en tono confidencial—, cada uno debe construirse sus propios recuerdos. Cuando llegues a mi edad vivirás gracias a ellos, y si no te gustan…, bueno, si no te gustan… ya será demasiado tarde». Para ser tan joven, yo ya sacaba un cierto placer, también dolor, de mis recuerdos. No me cabía la menor duda de que a esa misma jovencita que de pequeña le gustaba cazar fantasmas recorriendo las habitaciones de su casa, en aquel momento estaba a punto de enfrentarse con otro fantasma, ignorado o ya casi olvidado, del profesor. Pero, igual que cuando yo era pequeña, no sabía muy bien cómo atraparlo. Llegué por fin jadeante, exhalando un vaho húmedo y frío a través de mi respiración entrecortada. Me detuve unos instantes en la entrada para recuperar el aliento, y contemplé enfrente de mí la puerta enrejada que se destacaba magnífica y fantasmagórica al contraluz. Subí las escaleras despacio, intentando alargar el tiempo al máximo. En ese momento era yo quien se sentía avergonzada por haberme entrometido en la intimidad del profesor, por haberle forzado a desenterrar una parte de su pasado más secreto. Le encontré en la sala Restauración rodeado de cuadros y muebles. Se inclinaba ligeramente sobre las teclas de un

inmenso y majestuoso piano de aterciopelada madera oscura, situado en el fondo del cuarto. Me acerqué por detrás y lo vi tan absorto que esperé inmóvil a su lado un momento para no asustarle.

Se dio la vuelta como si hubiera adivinado mi presencia.

—Tu tía Marga quizá haya tocado en este piano.

—¿Este mismo? —pregunté sorprendida.

—Sí, el mismo... Pertenece al poeta Juan Ramón Jiménez y ella le conocía.

—Pero la tía no sabía tocar el piano, al menos eso pienso yo.

—No lo sé, pero seguro que lo oyó tocar en casa de Juan Ramón alguna vez.

—Y usted ¿le conocía?

—No, no personalmente, pero a tu tía le encantaba su poesía y me hablaba de él a menudo.

Yo no quería hablar de ningún poeta. Sin duda, el profesor quería desviar la conversación por otros caminos. Era muy listo, pero yo no se lo permitiría. Seguimos recorriendo las salas repletas de cuadros de Fernando VII y de sus cuatro mujeres, de personajes románticos y de muebles estilo Imperio. Nos paramos en el Oratorio para contemplar sobre su altar la pintura de Goya de San Gregorio Magno. Cruzamos la sala de Literatos y Artistas, en la que dormitaban, casi apolilladas, obras de Madrazo, Esquivel, y los hermanos Bécquer. La visita se me hacía interminable, no veía el momento de respirar un poco de aire puro. Me ahogaba en aquel ambiente tan cargado de nostalgia que me arrastraba paso a paso hacia el sopor. El profesor se paraba en cada sala mirándolo todo con detalle y tomaba notas para su próxima conferencia. Yo no me atrevía a interrumpirle y esperé a que llegara el momento.

Bajamos por fin a un sombrío y recogido jardín, y a pesar del frío nos sentamos en un desvencijado banco de madera, bajo un magnolio.

Fui directa al grano:

—¿Por qué temía perder a Marga?

Me miró un largo rato sin poder articular palabra.

—¿Todavía no lo sabes?

Le mantuve su mirada llena de nostalgia.

—¿La quería?

Retiró sus ojos de los míos antes de responder.

—Era casi imposible no querer a Marga...

—¿Y ella a usted?

Se masajeaba la frente con las manos, una y otra vez, mientras repetía un poco obsesivamente.

—Si hubiera hablado con ella aquella noche... si la hubiera escuchado... a lo mejor ahora estaría viva...

Me miró con los ojos nublados.

—...y la habrías conocido...

Me cogió las manos, impulsivo.

—¡Perdóname, Marga...!

Retuve mis manos en las suyas. No sabía exactamente a cuál de las dos Margas pedía perdón, pero estaba dispuesta a llegar hasta el final.

—Pero... ¿qué es lo que pasó? ¿Por qué se mató? ¿Por qué? —casi le grité—. ¡Dígamelo!, ¡usted lo sabe...!

—Sé tanto como tú. Dos días después de su llamada leí en el periódico que se había suicidado —se pasó la mano por su frente bañada en sudor—; ...es algo con lo que he tenido que vivir toda mi vida.

—Pero..., usted la quería...

La tristeza embelleció sus cansados ojos.

—Sí, Marga, yo la quería, pero ella no lo sabía, sólo era un buen amigo... nada más.

?—Y entonces... ¿por qué se siente tan culpable de su muerte?

Huyó de mi mirada y la fijó en el suelo.

—Porque no acudí a su llamada..., porque no sabía cómo decirle que la amaba..., porque me hacía daño mirarla sin sentir su amor...

Por fin me lo había confesado todo, pero al hacerlo me había hundido todavía más en la encrucijada. Él no sabía nada sobre el suicidio de la tía Marga porque ella se había matado antes de contárselo. Y si lo sabía, estaba claro que no me lo iba a decir. El profesor me miraba un poco consternado y bastante avergonzado por su confesión tan emocional.

—Te advierto Marga que tú eres la única persona que lo sabe. Nunca confié este amor frustrado a nadie, ni siquiera a la que más tarde fue mi mujer.

Un frío helado me recorrió el esqueleto. Me puse de pie y comencé a dar pequeños saltos para entrar en calor.

—¡Nos vamos a congelar!

El profesor se levantó y me cogió del brazo, de repente parecía contento, o quizá aliviado.

—Vamos, te invito a lo que quieras.

—Un chocolate con churros no nos vendría mal ahora mismo.

Mientras nos dirigíamos al bar de Santa Bárbara, me pasó casi rozando la señora que había seguido hacía unos días desde el metro hasta la pastelería La Duquesita. La reconocí enseguida por las preciosas perlas que lucían sus enrojecidos lóbulos. Debía de vivir por el barrio. Caminaba muy agarrada del brazo de un señor cincuentón y elegante que la miraba embobado. Su destino no coincidía con el que yo le había otorgado en mi álbum de desconocidos; no era ni mejor ni peor, sólo era diferente.

Pidió dos chocolates con churros mientras nos frotábamos las manos para hacerlas reaccionar.

—¿Cómo se llama su mujer? —pregunté con curiosidad.

—Amelia... Nos separamos hace cinco años, ahora vive en el pueblo con su familia.

—Y... —tuve un presentimiento—, ¿Ramona es su suegra?

—¿Tanto se nota? —preguntó sorprendido.

—No, pero..., bueno sí, noté algo raro en ella, como si usted le perteneciera.

—Y ¡nunca mejor dicho! —exclamó más relajado—, se vino a vivir con nosotros el mismo día que nos casamos, hace doce años. Cuando su hija regresó al pueblo, ella se negó a acompañarla pensando que si se quedaba cuidándome su hija volvería conmigo.

Engullimos los churros con verdadero deleite, tanto desgaste emocional nos había abierto el apetito.

—Y... ¿nunca volvió?

—Todavía la estamos esperando. Cuando nos conocimos, Amelia era aún demasiado joven para dejar su pueblo y casarse con un viejo y aburrido profesor.

Le miré apenada, este hombre que ya empezaba a considerar entrañable, en realidad, no había tenido mucha suerte con las mujeres.

—No te preocupes —dijo, notando mi gesto preocupado—, ya estoy acostumbrado, ahora mi verdadero amor son los libros. Si éstos me faltaran algún día no sé lo que haría.

Cuando nos despedimos en la boca del metro, me dijo apretándome con fuerza las manos.

—Ven a verme cuando quieras, así haremos rabiar un poco a la vieja Ramona.

Y reteniendo todavía mis manos en las suyas, murmuró:

—Gracias Marga..., gracias...

XIII

FUE CASI una vida, aunque sólo habían pasado siete años desde aquel aciago día en que mi padre nos abandonó. Un lapso de tiempo en que la niña, la adolescente y la mujer se fundieron para siempre en fuerte abrazo. Horas marcadas por el dolor, el deseo, y la inquietante intensidad de mis sueños. Meses heroicos y desesperados cubiertos por cicatrices mal curadas que mi cuerpo escondía todavía muy dentro. Aquel año conseguí una beca para estudiar en una universidad de Estados Unidos. De esta manera yo también abandoné a mi padre.

17 DE OCTUBRE 1963

Estoy abandonando a mi padre como él me abandonó a mí. Apaciguaré mi dolor en la distancia. La venganza es a veces necesaria. Permite restablecer, aunque sólo sea momentáneamente, el equilibrio en la vida emotiva.

Mantenía mí diario de tapas negras siempre cerca de mí. Ahora sí que acudía a él casi todos los días. Más que un pasatiempo se había convertido en una necesidad, Tenía que escribirlo todo: pensamientos, sueños, experiencias. Mi voz interior —esa desconocida que se había apoderado de mí— dictaba mis palabras, me obligaba a hacerlo. Fue un período de mi vida en el que experimenté más hondamente el vacío de la soledad, cuando todavía no entendía del todo el significado de esa palabra. Por eso recurrí a la escritura, para que las palabras rellenaran los huecos y me protegieran del *Iría*. Tenía en mi poder el diario de la abuela Pilar, la carta del tío Enrique, la semblanza o pequeño relato que había escrito la tía Marga sobre su madre, y lo más importante de todo: el diario de la tía Marga, Todas estas pequeñas reliquias eran los testimonios de unas vidas pasadas pero no olvidadas. Las páginas respiraban y las personas que me hablaban a través de ellas todavía estaban vivas, sugiriendo, aconsejando, advirtiendo y enseñando. El diario de Marga, aunque tardé años en conseguirlo, siempre lo sentí cercano a mí; quizá fuera por ese deseo mío tan acuciante de encontrarlo. No fue hasta el día antes de mi viaje a Estados Unidos cuando mi padre puso el preciado diario entre mis manos. Mi sorpresa fue tan grande que me hizo enmudecer y lo acepté en silencio. Me lo dio como una ofrenda llevándome aparte, casi a escondidas Me ofreció una parte de su vida como quien muestra una herida abierta que no cesa de sangrar. Apreté el libro contra mi pecho y abracé a mi padre. Me entregaba a su hermana. Por fin la desenterraba para que me acompañara en mi huí'

da, y yo la acogí para que iluminara mi abandono. La nostálgica bruma de misterio que siempre había acompañado la figura de Marga fue la llave que me abrió la puerta para poder contemplar, desde su umbral, el pasado. Marga, desde la muerte, me puso mucho más en contacto con la realidad de mi vida. Me ayudó a esquivar escollos y juntas caminamos entre aguas movedizas. Me prestó su aliento cuando a mí me faltaba. En cierta forma murió para que yo no lo hiciera. Su diario —algo confuso y terriblemente agónico, ya que fue escrito unos días antes de su trágico final, cuando contemplaba a la muerte muy de frente—, se complementaba de formas muy diversas con aquel otro que yo estaba escribiendo entonces en Nueva York, cuando apenas tenía diecinueve años y sufría los horrores de mi primera desilusión amorosa.

10 DE NOVIEMBRE 1963

Me encuentro día a día más hundida en mi depresión. Siento mi propio peso sumergirse en un fondo sin fin. Estoy cansada por mi gran incapacidad de vivir con los que quiero, de destruirlo todo tan conscientemente, de prever el final. Cansada de ver mis ilusiones frustradas, de no poder volar más allá. Esta vez creí sinceramente que podría amar. Pero, ¿cómo hacerlo sin perderme en el proceso? Rob, ¡qué lejos y qué cerca estás de mil

13 DE NOVIEMBRE 1963

Cada vez veo más claro que mi lucha por la supervivencia está en mantenerme conectada e integrada conmigo misma, aunque para conseguirlo quizá tenga que permanecer alejada de ti. No quiero entraren el peligroso juego de la posesión; absorber o ser absorbida. Jamás permitiré ser anidada. Si esto ocurriera nunca me lo perdonaría. Sería capaz de destruir nuestro amor antes de abandonarme a tal situación. Esta es mi lucha y mi castigo al mismo tiempo porque, al final, siempre acabo destruyendo todo aquello que me quiere y deseo.

Mi apasionada historia de amor con Rob hizo saltar todas las alarmas que yo había ido instalando poco a poco en mí todavía debilitado organismo. El pitido era lo suficientemente alto como para detener el paroxismo alocado que habían alcanzado mis sentidos. Debía recuperarme. Me sentía aún convaleciente. No recuerdo en qué parte de mi diario había escrito: «Vivo refugiada en el fantasma de un padre que nunca recuperaré». En mi vida quedaban todavía algunos fantasmas. Era el momento de encontrarme con ellos cara a cara, desenmascararlos y matarlos. Mi padre era una ausencia que nunca podría llenar, por eso sabía que la niña en mí no moriría nunca. Pero..., ¿cómo conseguiría silenciar su llanto?

1 DE DICIEMBRE 1963

Hoy ha sido un día relajado y conciso. No me he extendido en nada, sino en lo preciso e inmediato del momento. Se supone que hoy llegará Rob y preveo una alteración en ese equilibrio emotivo al que tan difícilmente he conseguido llegar en esta última semana. ¡Es tan diferente hablar por teléfono a tenerle enfrente! ¡Tengo miedo!, miedo de perderme... de perderle...

2 DE DICIEMBRE 1963

No vino ayer, ni llamó por teléfono. Son las tres de la mañana, me es imposible conciliar el sueño. Cuento los barrotes del balcón, uno a uno; ¡llevo cientos! No hay estrellas, sólo un cielo donde me pierdo..., me pierdo. Los demonios me asaltan sin compasión, mantienen mis ojos abiertos. ¡Si tan sólo pudiera desconectar mi cerebro, y abandonarme al sueño...!

4 DE DICIEMBRE 1963

Sigue sin llamar. Tengo sed pero hace frío y no quiero levantarme. Necesito agua, pero permanezco inmóvil en mi cama. ¡Qué horror...el no saber!

8 DE DICIEMBRE 1963

He llamado a Rob pero no se ha puesto al teléfono. ¡Tengo que hablar con él! Es la incertidumbre lo que me aterra. Siento mi cuerpo vacío, sin fuerza, sin musas ni duendes que lo saquen del abismo.

12 DE DICIEMBRE 1963

Me siento mejor, no porque en estos doce días tan llenos de angustia haya resuelto mi situación, sino porque me siento más preparada para aceptarla. El final es casi inevitable pero al menos lo presiento. Estoy cansada, débil, y más que nunca siento mi inmensa fragilidad. Me quiebro y trato de encontrar los miles de pedazos mutilados. Los necesito todos.

17 DE DICIEMBRE 1963

Sé lo que estoy haciendo. Sé que acabaré con este amor que me roe por dentro. No puedo detenerme, soy como una marioneta atada al hilo de una fuerza interior que me controla. Ayer vino Rob y hablamos durante toda la noche. Somos dos muros tenaces que luchan por no desmoronarse. Cuando se fue me sentí pequeña y mezquina, todo lo que yo desprecio profundamente en los demás. Exijo y reclamo, pero al rato doblego mi orgullo hasta el suelo y suplico. Me avergüenzo de mis palabras. Es el final, lo sé..., no me hubiera cubierto de tanta fealdad. La retirada es siempre más fácil de esta forma. Quisiera poder amar hasta el final, ser heroica —

como lo fue mi tía Marga—, noble y generosa…, pero no sé…, ¡no puedo! Me gustaría salir de todo esto…, perder el miedo… no sentir más.

Mi primer desengaño amoroso surgió cuando me encontraba sola por primera vez en un país extraño, con una lengua todavía desconocida y sin amigos o un alma bondadosa que me pudiera echar una mano. Mi abuelo Enrique era el único que me escribía y me daba los consejos que una persona de ochenta años pueda ofrecer a una ardiente jovencita en el terreno amoroso. Para encontrar consuelo, quizá también respuestas, recurría constantemente al diario de la tía Marga. Su primera lectura, hacía tan sólo unos meses, llenó las horas de mi viaje a Nueva York. Mi padre me había entregado el diario la noche anterior y yo abrí la primera página, con una intensa emoción, cuando me hallaba ya entre las nubes volando hacia un destino incierto y desconocido. Sus palabras me embriagaron y sobrecogieron. Hubiera querido que el viaje no terminara nunca. Deseaba quedarme allí para siempre, suspendida entre el deseo, el amor y la desesperación. Pero sabía que la realidad me esperaba, y el sabor exquisito y oculto de sus palabras había saciado mi espíritu. Antes de aterrizar, sobrevolando el río, creí ver los ojos profundos de Marga reflejados en el agua; eran como una lágrima inmensa que me daba la bienvenida. Una de las innumerables noches neoyorquinas en las que abrí el diario guiada por mi desesperación, me percaté de varios detalles que antes me habían pasado desapercibidos. Primero me fijé en su letra: picuda, elegante y desordenada, de rasgos enérgicos y algo masculinos. Además construía las frases de forma deshilvanada, donde las palabras se sucedían unas tras otras rápidas, atormentadas, se podía deducir que su estado al escribirlas había sido casi febril; no existía el orden convenido de principio-fin sino que las palabras subsistían por sí solas y se erguían gigantes, sin apoyarse en estructuras o composiciones falsas. Era un vómito veraz y certero del espíritu, un exorcismo de su estado anímico. La tía Marga recorría un camino empedrado de líneas y puntos suspensivos al que se agarraban peligrosamente las palabras. Me saltaron las lágrimas; en sus textos sólo hablaba el sentimiento, la emoción, la profunda exaltación de los sentidos. De vez en cuando se le escapaba un juicio o pequeño reproche, también generoso, hacia su amado. Me dio envidia, ¡si yo pudiera amar de esa forma!, ¡si pudiera entregarme con esa generosidad y plenitud!

Lunes noche…
Tu voz…
…tu sonrisa
tus ojos…

—yo... ¡qué dicha!...
—alguna vez..., me has hablado...
—y sonreído... y...
...mirado... ¡vida!...
Tú, a mí... y yo..., ¡cómo
no me habré muerto, entonces!,
...de contenta.

VIERNES

...Estoy tan poco de acuerdo

conmigo misma... ¡La crítica de yo a yo es realmente sangrienta!... Querría..., querría rehacerme de nuevo... para ti.

MIÉRCOLES 22

¡Qué bueno eres, Juan Ramón!... momentos hay... que sientes... ves claro... y teda pena que te quiera tanto. Hoy, un poco abrumado, me has dicho...: «No quiero que te ocupes tanto de mí, Marga... no quiero tomarte más tiempo...» (es cuando te mandé Baladas/

...Juan Ramón... afecto sincero... buena amistad...

Marga... amor pleno... único... no es posible igualar... no es posible... ¡son distintas materias!

Por fin el amor de Marga se había desenmascarado, tenía un nombre, una identidad. Me asombré de lo ciega que había permanecido durante todos aquellos años de incertidumbre. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Recordé, como en una imagen fotográfica, el nombre de Juan Ramón escrito por la misma Marga en el dorso de un dibujo suyo y cuando, años más tarde, el profesor Romero mencionó su nombre en el Museo Romántico explicándome que había sido amigo de Marga. Ahora comprendía por qué en las reuniones familiares, cuando alguna vez surgía en la conversación el nombre del poeta, éste era silenciado enseguida con un rotundo cambio de conversación. Sí..., ahora comprendía aquellos cruces misteriosos de miradas entre mi padre y su hermana, los bruscos silencios, la falta de entusiasmo hacia mi creciente interés por el mundo de la creación, ahora empezaba a comprenderlo todo... Marga y Consuelo habían conocido a Juan Ramón Jiménez y a su mujer, Zenobia, a través de una amiga común, pero fue en enero de 1932 cuando se intensificó más su relación. Desde el principio Marga se entusiasmó con Juan Ramón, le gustaba todo de él; su físico, su poesía, su vida, pero también ella le fascinó a él. Una de las mejores descripciones sobre mi tía Marga fue la que escribió el propio Juan Ramón en su libro *Españoles de tres mundos*:

«Yo me había imaginado que Marga era rubia, como Consuelo su hermana mayor, y creí entreverla así en la penumbra carminienta de un palco, una mañana de concierto. Aquella tarde Marga era morena pálida de verdoso alabastro, con ojos hermosos grises, y pelo liso castaño. Sentada tenía una actitud de energía, brazos musculosos, morenos, heridos siempre de su oficio duro. Y al mismo tiempo, ¡tan frágil! Llevaba el alma fuera, el cuerpo dentro—Le dije al momento: Amarga. "Persa, fuerte, viril".

En su arte, escultura, pintura, también estaba siendo oriental. Una desvelada imaginación, una fantasía sinuosa y delicada enfondada en ritmo redondo, misticismo sensual. Con una gran personalidad en medio, centro, médula, eje. A los veinticuatro años se libraba ya de los fatales influjos de la escultura máxima actual: Mestrovic, Einstein, Rosandich, Fiori. Iba a ella, se atraía a sí misma como un imán.

Al momento quiso hacer las cabezas de mi mujer y mía. Empezó la de mi mujer. Un hallazgo desde el primer instante, una primera distribución maestra, después un sentimiento natural y sobrenatural a la vez, sacado del fondo, sin otra estilización que la necesaria. Mi mujer le dijo que parecía que la estaba haciendo brotar, como una fuente, de la tierra. Soltada la piel anterior. Evolucionaba, estaba en la naturaleza penúltima. Iba sin duda a lo perenne. Nuestras cabezas (no hizo más que una, tenía prisa), estaban siendo ¡quién lo hubiera sabido! el ensayo para su extraordinaria escultura yacente, resucitada.[1]

Venía contenta, nueva, salida de sus nubes. Nos traía generosa el regalo de cada día, de cada mediodía, de cada hora: rosas, libros, frutas, papeles, cintas de colores. Sin duda se encontraba a gusto trabajando con nosotros, trabajadores como ella. Trabajaba hora tras hora sin descanso, de pie, con dolor físico, cabeza, hígado, muelas. Se deshacía las manos, se caía, se hería. Manchada de yeso, punteados, los ojos de piedra cobran una belleza acida, una expresión ingente. Se iba ya de noche, corriendo. Siempre corriendo, entrando, saliendo, cargada de cosas, subiendo, bajando. Dormía poco, abandonaba el comer. Café, té, vida abreviada. No le importaba seguramente vivir. Una estoica».

En el cochecillo a la casa de los marcos... Azulita y yo delante... tú... detrás, con los marcos. Me dices grave, censurando: «Observo que tú, que eres artista, pues... no contemplas la naturaleza casi nunca; miras más para dentro, que para fuera...». Ya tú ves..., pues claro que no contemplo la naturaleza siempre que voy contigo. Si miras un paisaje de sol... ¿qué ves...?, ves el sol y sientes a través de él.., por él, el paisaje en torno. Yo... te miro a ti... y siento por ti... a través de ti... la naturaleza.

Desde que a los diez años descubrí su misteriosa existencia, la tía Marga había ocupado un lugar en mi interior tan importante como difícil de explicar. Sin embargo, era sólo a través de las páginas de su diario cuando de verdad la estaba conociendo. El modelo que yo había creado alrededor de su figura para calmar mis momentos de soledad y angustia, se iba transformando en una realidad mucho más enigmática de la que yo hubiera podido imaginar. La desesperación que en aquel momento yo estaba viviendo con Rob se fundía con la que detectaba en las palabras de Marga. Sí, incluso en momentos como aquéllos, la tía Marga me acompañaba, nos tomábamos las manos, andábamos unidas buscando el camino. ¡Cómo me hubiera gustado haberla acompañado en su dolor...!, haberle ofrecido yo también mi apoyo y mi consuelo.

...Si yo pudiese ser feliz... mi ideal de vida sería muy semejante al tuyo... Mi ideaL.., el amor de dos personas.,, dos únicas personas viviendo en una atmósfera de trabajo intenso... Alguna tarde que me he quedado en tu casa trabajando..., esa satisfacción del trabajo a gusto... yo en el mío... saberte a ti en el tuyo..., es un lazo de unión sólido... Cada uno en su obra... y luego irse uno junto al otro... Claro... tú me ves exactamente y es natural... ya que tú eres la razón... la fase de mi vida sentimental., donde digo adiós a las cosas... Pero realmente yo no soy así...

¡Cómo te quiero!

Si tú... espontáneamente, me dieras un beso... y me atrajeras... tan... estrechamente... dejándome... oír en tu pecho latirte el corazón... y un poco también la plata de tu voz... Seria glorioso... ¡qué contenta! luego de esa plenitud., pero tengo bastante miedo..., me parece que tendré que morirme triste... sin beso... ni corazón... ni voz de plata... ni versos... ¡ay!...

La tía Marga iba preparando su camino hacia un fatal desenlace. Leyendo su diario poco a poco me cabía la esperanza de que sus frases mortuorias fueran sólo románticas metáforas para suplir su gran deseo frustrado. No podía creer que un amor tan puro e incondicional se destruyera al final.

¿Por qué no había podido sublimar con su trabajo su amor no correspondido?

...Qué sé yo por qué te quiero tanto..., vamos... sí sé... comprendo muy bien que se quiera así... pero... querría no quererte tanto... aunque mi única razón de ser es ésa... y también mi única razón de no ser...

...En amor... no cabe una intervención razonada... quieres o no quieres.

...¡Qué bruma!... densa noche negra... noche enferma eterna... cuando siento que apenas si te importo.

...Hoy... mañana..., vida... risas de sol y agua..., cuando me dejas imaginar que me quieres.

Yo lo siento tan claro... debe ser sencillamente, la sensación maravillosa de amor...

Y esta mañana mi rosa se abrió, porque debía abrirse... pero sin alegría... y era hermosa... y olía intensamente... pero sin alegría.

En el taller... la metí en un frasco... mirándola un rato... qué sé yo... imaginéis no sería mi cadáver ya... cadáver de mi alma..., amor..., entonces, no sé por qué le di un beso y le dije: «¿Sabes!... Juan Ramón te quiere mucho...».

Fuimos al Taller a ver la cabeza de Zenobia... acaso sea hoy la última vez que vaya con Juan Ramón en el cochecillo...

...No sé si te gustó la cabeza, porque nada dijiste, ¡por eso creo más bien que no...! pero viste mi (tu) rosa en su frasco de cristal, mi rosa que es tan tonta, que desde que me oyó que tú la querías, pues parece que nace cada mañana... y cada tarde...

... Tu voz de plata risueña—dijo: «¡Vamos, esta rosa la has puesto ahí, para que nosotros la veamos... qué frescura tiene...», y la oliste.

Yo empecé estúpidamente..: «No, no está ahí para eso... esa rosa tiene ya dos días... y está fresca... porque...porque...».

...¡Dios, Juan Ramón!, ¿por qué verás tan poco el aspecto hondo!... ¿Por qué tejías tanto de lo externo-probable!

Sí..., sí es bella la muerte... una vez... una noche iré a tu lado..., pondré... ¡a palma de mis manos en tu frente..., frente iluminada tuya..., y te diré: «Ven Juan Ramón conmigo... porque... ¿sabes!... ¡es muy bella la muerte!».

...Me has llamado al teléfono y... has sido conmigo muy bueno... me has hecho mucho bien...

¡Ay!... cómo me gusta oírte... oírte... ¡oírte tu voz!... ¡Dios!

... Vas en silencio... en ti sumido... no me miras, acaso... ni sabes qué voy yo...

...Miras las flores del campo... las mujeres bellas que pasamos... el cielo... el campo... el cielo... miras sereno... todo lo que es bello..., bello... porque lo es... o, ¡porque tú lo miras!...

... Y te iluminas... y enjoyas su color... y su perfume... y su forma...

... Y no me ves... ni sabes qué voy yo..., pero yo voy... mi mano... en mi otra mano... y tan contenta...

...porque voy a tu lado.

Porque hay Zenobia... y tula quieres... además, es azul y flor y soy su amiga.

...porque no soy hipócrita

...por lo gloriosa que siento que la vida pueda ser contigo... ¡ay!...

...No..., no me conformo con un poco... yo también quiero todo el árbol

...¡No!..., ¡prescindir del árbol yo no puedo!...

...Por eso... ¡por esoooo!...

Su palabras, desordenadas pero lúcidas, me recordaban a las que yo había escrito en mi diario durante la madrugada de la nochebuena del 63, cuando me encontraba en un chalet perdido en las nieves del Colorado, sola y rota por la desilusión. *Yo* tampoco me conformaba con poco, quería como ella todo o nada. También despreciaba la hipocresía. Sin embargo, ya estaba aprendiendo que a veces había que mentir para no herir a los demás...

24 DE DICIEMBRE 1963

Todos duermen, mañana quieren madrugar para ser los primeros en bajar por la montaña. El fuego de la chimenea me hipnotiza y acompaña, pero el frío nunca me abandona. ¿Dónde estás Rob?, ¿por qué te siento cada vez más hondo, aunque ya no me permita ni siquiera pensar en ti? ¿Por qué irrumpes en mi mente borrando al instante todo lo demás? ¿Por qué me invades?, ¿por qué? He tratado de eliminarte, pero ¡no puedo... no puedo! Tengo que apaciguarme. Es tiempo de meditación, de silencio. Quiero confrontar ese miedo que me tortura y que sale violento destruyendo todo aquello que me quiere y me desea. Necesito exorcizarlo, echarlo fuera de mi cuerpo para sólo sentir tu amor.

Sí, era ambiciosa, pero no de cosas materiales. La vida ya me había enseñado que el espíritu y la mente de las personas son las armas más poderosas para alcanzar la felicidad. Por eso yo me protegía tanto. En mi clase de Historia del Arte en la

Universidad de Nueva York, donde estudiaba, precisamente nos estaban hablando sobre las neurosis de varios artistas. Leí algunos de mis apuntes: «Querer poseerlo todo de alguien es la gran excusa del romántico neurótico para no llegar nunca a entregarse completamente. De esta forma, puede mantenerse en ese mundo utópico que él o ella ha creado, donde “el todo” es inalcanzable. El

sentirse solo, incomprendido e insatisfecho es inevitable. El romántico, y a veces el neurótico, se ha destruido a sí mismo por no poder alcanzar lo absoluto, tanto en el mundo creativo como en el amoroso. Al final, se convierte en su propia víctima, pues él mismo se inflige el sufrimiento». Creo que tanto la tía Marga como yo, en ese momento específico de nuestras vidas, pretendíamos llegar a poseer ese «absoluto» inalcanzable e imposible.

...Pensando que si me muero... no veré más tu obra..., no veré lo que sigue..., siento la muerte absurda.
...Si me dijeran... aún tú muerta, su obra irá a ti... entonces... siíí, ¡muerta...!
...Obra tuya... cuerda mojada... irrompible... que me ata aquí... a la vida... de la vida al corazón... de la vida a la cabeza... de la vida por el pecho, debajo de los brazos... un lazo... abrazo intenso...
...¡No quieres la vida!... siííí... entonces, no quieres la muerte...

...La muerte... Sííí... ¡entonces, no quiero nada... por quererlo todo!

... Y cada vez siento más... que te quiero todo... sin ti todo es nada... una palabra tuya podría volverme loca de alegría... y mi alma se parte...
¡Ay Dios!, qué desmadejamiento cuando veo así...
¡Tú crees posible que un amor tan inmenso se acabe así., por morirse uno...! ¡Sí... acabar... acabar...!

...Juan Ramón... no sé... pero pienso, que no es posible morirse del todo... por completo... cuando dentro sientes algo tan intenso... como lo que yo te quiero...
..Algún día... quizás... mi amor irá a ti... flor... música... luz... algo...
...el que yo imagine materializar mi amor en algo bello... no es vanidad..., de ningún modo..., ya que mi amor... sin vanidad... ¡es muy bello!...

Te quiero con todo el mayor egoísmo generoso imaginable... lo bueno... lo guapo... lo alegre... lo pleno... lo azul...
...Amor... flores... vida... para ti., quiero todo para ti. Ya ves..., no digo para ¡os dos.

La clave de todos mis misterios,., reservas... no es más que esto..., que te quiero, como te quiero... y que... para dar un alivio a estas penas... que me parten la frente y el alma... «una noche...», ¡me mataré!

Yo también hablaba de la muerte, pero no de la mía corporal, sino de mi amor utópico e inalcanzable. La resolución que tomé

mirando mi copa de *champagne*, minutos antes de que terminaran las doce campanadas, rodeada de gritos, música y abrazos, fue la de enterrar el cadáver de mi amor para siempre...

1 DE ENERO 1964

Hoy más que nunca me pido ser fuerte. Tengo que retirar la sábana y mirar el cadáver de mi amor que yo misma, asesina, estrangulé con esa seda tan blanca que llevo anudada al cuello. Tengo mis manos manchadas de sangre... y mi corazón sangrando...

Si me hubieras podido soñar, Marga, si me hubieras podido imaginar, aunque sólo fuera por una milésima de segundo, te habría entregado el estilete afilado que habría apuñalado el corazón agonizante de tu amor. Habría mitigado el estertor de tu aliento, aliviado tus palabras malheridas. Habría destrozado las cadenas de tu obsesión fuerte y pura, y te habría liberado de tu martirio inocente e innecesario. Tía Marga, ¿Por qué no fuiste más allá de los misterios...?

...Desde que miro la vida desde el otro lado... ¡cómo han cambiado los valores de las cosas!

...Creo que todo va tomando más su sitio real... lo pequeño cada vez importa menos... y tú, como no eres pequeño... cada vez eres más todo...

...¡Ay vida gloriosa... tú y yo, Juan Ramón, una eternidad para nosotros...

y... habré de contentarme así...

Tía Marga buscaba ya a Juan Ramón en la eternidad. En la vida real su amor era imposible, pero en la eternidad quizá no. Poma su esperanza en el enigma de lo desconocido. Su vida cotidiana empezó a empequeñecerse con los pequeños dramas familiares...

Todos... creen, juzgan, piensan... ¡estoy cansada!, y me importa tan poco todo eso a mí...

Ya tú ves... no me sirves, ¡Vida!..., podrías ser inmensa y eres ¡tan pequeñita...!

Que mira... ¡no te quiero!

Esta tarde has venido... ¡viva!, qué alegría me has dado, Juan Ramón...

...Estabas... eres tan, no te enfades comprende que soy artista... y claro, me fijo..., tan guapo, no, no es esa la palabra..., sugestivo, persa... ojos, qué ojos... ¡dios, qué ojos! ...¡nariz, boca, labios!... dientes... pómulos

nobles... expresión...

... Todo tú... desde todos los aspectos... ¡cómo me gustas, y cómo te quiero!

... Y si supieras, cómo me haces sufrir... siendo bueno, como eres..., sensitivo... cómo eres, y queriéndome bien... como... sí, creo que me quieres...

...Con ser bueno... eres injusto... y con ser sensitivo... eres cruel...

...Yo te veo todo grande, soberbio. Tú (me ves)... pequeñita y mezquina... y tú si eres soberbio... pero yo creo que ¡no soy mezquina... ni así, pequeña!

Domingo... último...
Quiero morirme pronto, ahora mismo...
¡tres meses!... ¿a qué todo ese tiempo?...
¡ahora mismo, cuanto antes mejor!
...La obra... ¿para qué?... y tú, ¡ay de mí!
Desánimo... metal frío, ácido, vacío... no quiero así... ¡no!
¡...Cómo duelen de agudo las articulaciones del alma...! ¡...ni puedo pensarlo!

Marga se sentía profundamente incomprendida por su ser más amado pero así y todo le disculpaba. Su amor era ilimitado, pero no ciego. Marga ya pensaba en el metal frío del arma que acabaría con su vida; sin embargo, este pensamiento la inquietaba profundamente, le dolía en el alma. Quería morir, sí, pero amaba la vida demasiado, no era fácil para ella. Su muerte no fue un impulso repentino, un grito fugaz, un acto indeliberado c impulsivo, sino el resultado de meses y meses de desaliento, de lucha febril por conseguir un amor que, aunque lo deseaba más que a su propia vida, al final, debido a su gran honestidad, nunca lo hubiera podido aceptar. Fue un acto premeditado. A medida que leía su diario con más detenimiento, cada página se convertía en una llamada desesperada, un gemido ahogado que dañaba mis entrañas, como a ella las «articulaciones del alma». Su muerte era inevitable, porque si las cosas hubieran tomado un cariz diferente y Juan Ramón hubiera correspondido a su amor, abandonando a Zenobia y uniéndose a ella, yo tengo casi la seguridad de que el suplicio de Marga hubiera sido más doloroso que la idea de su propia muerte. Ella le hubiera seguido, *sí*, porque Juan Ramón para Marga era una fuerza irresistible, pero también su sufrimiento hubiera sido insoportable, sabiendo que había faltado al sentido de amistad y fidelidad que sentía hacia su querida amiga Zenobia. Fue cobarde al no querer sufrir más, pero también noble, al privarse de su preciada vida por evitar el dolor de los demás.

... Y es que...

Ya no quiero vivir sin ti...

No... Ya no puedo vivir sin ti...

...tú, como sí puedes vivir sin mí...

...debes vivir sin mí...

...Si tú no pudieras vivir sin mí, no sobraría, pero como sobro, lo mejor es irme...

... Y como sin ti... es que ni quiero, ni me importa nada

...lo mejor es morirme...

...Y para morirse cuando aún se es joven... pues... hay que matarse...

...y para matarse...

¡ay... yo quiero antes, necesito, estar contigo un poco... sintiéndome feliz!

Marga sólo pedía un minuto de la existencia de Juan Ramón para poder eternizarlo en su mente. Pero ni eso tuvo, porque en el fondo sabía que el poeta nunca le pertenecería, no de la forma que ella quería y deseaba. Y no sólo era Juan Ramón quien se resistía a sus deseos, también intuyo que el entorno social y su familia trataron de obstaculizar la relación de Marga con el poeta. Me imagino el disgusto de los abuelos al observar la creciente obsesión de Marga hacia un hombre casado y cincuentón. La sociedad de aquella época, *al* menos en España, no creo que fuera muy indulgente con problemas de esta índole. Sobre todo si el desvarío provenía de una jovencita educada y de buena familia. El abuelo hizo uso de toda su autoridad «irrevocable» para desviarla de ese camino que él intuía sólo la conduciría al desastre. Le buscó un trabajo como dibujante para un libro sobre *El Quijote*, y de esta forma, apartarla de inmediato de la asidua compañía de Zenobia y Juan Ramón. Le prohibió modelar la cabeza del poeta hasta que no hubiera terminado *El Quijote*, pero ya era demasiado tarde. Los abuelos no pudieron, por más que lo intentaron, convencer a Marga de lo erróneo de su amor. Fueron días duros en que veían languidecer lentamente a su hija, como una flor sin agua, como una planta sin sol, como un poeta sin palabras. Pero ninguno de los dos pensó en que Marga pudiera atentar contra sí misma en algún momento. El abuelo la tenía bajo un acecho constante. Le pedía cuentas de sus idas y venidas, la observaba sin cesar. Marga, viendo sus perspectivas amorosas totalmente destruidas decidió no esperar más y quitarse la vida. Lloraba por su tiempo interrumpido, ese tiempo onírico que ella con tanto cuidado había planeado en compañía de Juan Ramón. Modelar su cabeza era la única excusa que le quedaba para poder gozar de su presencia. Le robaban su proyecto, su tiempo tan soñado..., tan preciado. Se quejaba: «¡ay,

mi vida de tres meses!...», ella ya sabía que sólo era cuestión de días.

Yo me había fijado tres meses... hasta septiembre para vuestras cabezas... y el tiempo intermedio... ¡ya no puedo hacer esa vida absurda de visitas... cine... nada!... (nunca he podido, pero ahora menos, en mi estado de ánimo)..., Yo necesitaba los tres meses, todos, para vivirlos a mi gusto... trabajar... leer... leerte... pensar... mirar... contemplarla vida... contemplarlo todo...y... nada..., comprende, en casa no podía decir esto... ni a ti...

...Hasta hoy no pude hacerme el retrato... el fotógrafo... rubio, pequeño, seboso... meneaba la cabeza... «¡Vamos, dé un poco de vida a ese rostro... ¡expresión, expresión!... a ver... ¡ríase!...», y, como a los niños, se reía él con dientes horribles pastosos... Decía descontento... «¡Vaya una cara de retrato, parece un difunto!...».

No lo debí de hacer muy bien verdaderamente... aunque sí procuré alegrarme... te quería dejar un recuerdo mío plácido... ya tú ves... ¡no podía!...

...Pues tus libros, Juan Ramón, los he robado yo... ¡robado!... está muy mal... y es una vergüenza horrible, y una indignidad... pero... no había otro medio... busqué antes bien por todos sitios, créeme...

En fin, como estoy convencida de que tú tienes más derecho a ellos que nadie... y sobre todo, dijiste que te gustaría tenerlos... para mí eso bastaba...

... Verás... cuando hagas nuevas ediciones tienes que restituir: A Marañón, Arias tristes... *Al Ateneo*, Ninfas, La soledad sonora, Pastorales, y Las hojas verdes, *que cogí creyendo que las querías... A la Nacional*, Jardines lejanos, Baladas y Almas de violeta... *creo que es todo...*

...Me daba mucha vergüenza... pero me ilusionaba tanto llevártelo, que volvería a hacerlo cien y cien veces...

No te quise decir de dónde eran... me apenaba... como aún no te das bien cuenta de lo que eres para mí...

...No quería que me pensaras capaz de hacer eso... sin un motivo así...

Marga se despedía de la vida paulatinamente. Era una agonía lenta y dolorosa, un grito agudo que buscaba la esperanza, un estertor profundo. Se despedía de las noches interminables y las vacías madrugadas, de las desgarradas tardes y del doloroso anochecer. Se despedía enérgica y vivaz, desde la vida, arreglándolo todo con precisión y detalle. Quiso hacerse un último retrato para dejárselo a su amado, con el deseo *de que éste* la recordara, la añorara o quizá, la besara; le diera ese beso que ella nunca pudo sentir en sus labios. Por

eso se mataba, porque sabía que Juan Ramón no la amaría nunca tal como ella había imaginado.

...Oye Dios, ¿verdad que un amor inmenso... un amor pleno... un amor... así como el mío... verdad que un amor así... disculpa todo?

...Óyeme Dios, ¿verdad que es bastante magnífico que pudiendo tener toda una vida... para quererlo... para tomar lo que él me quiera dar... haga esto?

¡Pequeña!... estoy siendo pequeña, ¿no es así?... ¡no!, ya bien sé yo... que si él pasase, como yo, por todo... o sin pasar por todo... si sintiese que él me quería con plenitud... ¡ay!... jamás pensaría en dejar esta vida... ni un sólo momento de ella...

...Pero, ¿verdad, Dios, que sí... que un amor inmenso... si disculpa todo?

Qué razón tiene el que ha dicho... que donde no hay comprensión... no hay amor... no me cabe duda, el ¿amor? tuyo ya no es... pero ¡acaso lo ha sido nunca!

En fin, yo lo imaginé y fui feliz... querría poder seguir con esa ilusión este tiempo aún... pero la realidad, con sus crudezas disonantes no te deja situarte en el mundo de lo ideal..., único posible para mí... Ya tú ves, sólo colocarte las alas nobles... grandes... azulas y frágiles, ¡ay! para subir un poco... y al momento empiezas a tropezar con... realidades... la realidad se te impone... pero tú no puedes imponerte... tú no puedes imponer la realidad tuya... Juan Ramón... tú sabes lo que es amor, lo has escrito tan bien, ¡lo has debido sentir de tantas maneras!... Yo antes suponía..., ahora sé... entiendo, que es lo mejor de la vida... amor que es ideal., deseo... amor de un hombre y una mujer... amor a la obra...

...Y leyéndote... me he sentido vivir...¡sentir la vida!

...Por este amor inmenso mío a ti... a tu obra... no me mataría...

...Pero ¡me gustas tanto!... que no puedo evitar ser excesiva... y eso..., por el efecto que te hace a ti... no quiero...

Porque no es noble con Zenobia, que es mi amiga... no quiero.

Porque no es noble con mis padres... no quiero...

En mí no es posible callarlo por lo inmenso que es... En ti no tiene importancia porque no es inmenso...

Yo... puedo decir una mentira... cien mentiras... inventar una historia (a ti, mirándote, no..., sabes, no puedo)... pero no puedo no ser noble... puedo, a pesar de Zenobia, padres y de todos... si tú me quisieras..., ¡ay!... casarme... irme contigo... lo que fuera... como tú quisieras... sintiendo que me querías...

Pero... como no es así., por nobleza... por quererte... por egoísta que soy... ¡me mato!

Hasta este punto todavía podía mantener la fantasía de que Marga

se echara hacia atrás, de que corriera a abrazarme a través del tiempo alejándose del precipicio; pero no, era inútil que le advirtiera..., que se lo rogara. Mi grito ancestral se ahogaba ante la inmensidad de su dolor. Marga, aquella noche lloré contigo lágrimas amargas. Yo tampoco podía hablarte, tampoco podía consolarte, convencerte de que tu vida y tu obra eran infinitamente superiores al amor y las palabras de un poeta. Tú eras todo amor y poesía. Quizá eras demasiado joven y aún no te habías descubierto. Pero yo te veía..., te veía claramente en la distancia, Marga, el tiempo nos había separado sin remedio, pero tú sí me hablaste en tu delirio, tu sufrimiento allanó mi camino y tu aliento disipó la niebla que cegaba mis ojos. Lloré con tus lágrimas de dolor infinito y encontré el consuelo, tan negado para ti, en tus manos. Esas manos fuertes y sutiles que daban la vida modelando, para después ser capaces de apretar el gatillo. Marga, cómo me habría gustado que en vez de sentir el frío metal entre tus dedos, hubieras sentido el fuego alentador de otras manos, de otra vida, de otro amor. Pero tú continuabas amando porque tu amor ya no pertenecía a nadie, porque ya no era de este mundo...

LUNES NOCHE, 25 DE JULIO

Mi amor es infinito...
...La muerte es... infinita... el mar... es infinito...
la soledad infinita
...yo con ellos
...¡contigo!...
...Mañana tuya sabes... yo... con lo infinito...

MARTES, 26 DE JULIO

...Como no duermo, me he salido a la ventana... ya no es más noche... qué dulce es el amanecer del día último... se te adentra en el alma por los ojos... manos... boca... parece que soy yo la que amanezco, azul y nueva...

...Tan dentro se me ha ido... mañana... cuando amanezca... vida si... tú piensas en mí...

¡Ay... Juan Ramón!

MIÉRCOLES 27 DE JULIO

...Noche última... que querría estar tanto a tu lado... y estoy sola...no... ¡estoy contigo sola!

Yo así en la vida... estoy...,
tan inmensamente lejos de ti... ¡ay! aunque esté cerca...

...Pero en la muerte, ya nada me separa de ti... sólo la muerte... sólo la muerte, sola... y, es ya... vida ¡tanto más cerca así...! ¡muerte... cómo te quiero!

Aquélla fue la última noche que Marga pasó entre los vivos: cantando a la muerte. Porque para ella la muerte era la unión espiritual con su amado. Era su grito de liberación, su amor no consumado. El poeta Rainer Maria Rilke abandonaba a los seres que amaba y por quienes era correspondido pues su espíritu creador le empujaba a la soledad; según él, único estado propicio a la creación. ¿Por qué Marga, no pudiste abandonar tú también a Juan Ramón? ¿Por qué no quisiste encontrar refugio entre el barro de tus manos?, ¿por qué...? Sin embargo, tú a mí sí me enseñaste el camino, me diste la fuerza para seguir adelante...

3 DE FEBRERO 1964

Hoy es un gran día, sólo porque he empezado a trabajar. Estoy iniciando los primeros pasos hacia mi recuperación. ¡Cuánto la deseo!, espero grandes cosas en mi vida, ¡conmigo misma!, y es por esto que ansió encontrarme en mi trabajo. Mi cuerpo está todavía débil. He decidido fortalecerlo, cuidarlo, mimarlo; aunque sea a través de los ejercicios más arduos. Necesito mi cuerpo para trabajar con mi mente. Toda la agonía de estos meses me tiene que servir para algo. No se debe sufrir en vano.

20 DE FEBRERO

Rob me ha llamado, y ha hecho renacer la esperanza. El resentimiento ha abandonado mi espíritu, tan sólo siento la melancolía de un amor suave que apenas tiene fuerzas para mantenerse en pie. ¿Volveré a amarle otra vez? ¡Qué sabrá la mente de estas cosas!, ¡es vana y pretenciosa! El espíritu sabrá cuidar de estos momentos, como la madre al hijo cuando está cansado o enfermo.

27 DE MARZO

Sé que exijo un amor absoluto que penetre incluso hasta mi más escondida crueldad. Sólo de esta forma sabré entregarme: siendo amada en mi propio desvarío y hasta el final Sin embargo, mi amado se echó hacia atrás al contemplar las primeras muecas de mi locura. Corrió y se escondió en su densa lucidez. Me atrevo a decir que ciertas sensibilidades sólo aman realmente cuando llegan a rebasar los límites de lo imposible y cuando lo dan todo sin cuestionarse siquiera el porqué. ¿Idealista?, ¿romántico?, ¿inalcanzable?, quizá, pero un segundo de esto merece mi espera, mi lucha y confirma la heroicidad de lo imposible.

5 DE ABRIL

Voy perdiendo sensaciones, como si finalmente mi cuerpo se quisiera proteger de las fuertes sacudidas aún por llegar, o como si quisiera curar sus heridas. Mi mente se abandona a este estado letárgico, anestesiado, es como un dormir despierta, muy despierta; con los ojos cerrados y la mente

girando como un rompecabezas desbaratado. Mi estado de sopor estimula más el no sentir, es el momento para cicatrizar el recuerdo. Casi podría reducirme hasta llegar a desaparecer del todo. Quizá esto es lo que busque inconscientemente; el «no ser» existiendo; ese punto de suspensión, imperceptible e intransitable; esas horas obtusas y desapasionadas en que mi ser se encuentra, de repente, sorprendiéndome en lo hondo, distanciándome del «todo», reduciéndome a mi infinito, a mí no ser.

6 DE MAYO

Recuperé mi sentimiento perdido, ese sentir arrasador que temí nunca volver a encontrar. Dormitaba en mis entrañas prisionero del amor. Hoy, otra vez siento mi libertad, desbordada, sin límites. La amo y la temo, porque bien sé yo lo difícil que es mantenerla. No quiero dejarme atrapar más. El mundo es una selva llena de trampas y de cepos que hieren y encarcelan las almas.

Poco a poco voy decidiendo lo importante en mi vida. Me voy preparando al ritual de mi propia iniciación, mi despertar… Sé que seguiré hacia adelante por muy duro que sea. La niña todavía busca a su padre porque aún no lo ha matado. La niña todavía llora, pero ya sabe por qué.

XIV

CUANDO la tía Marga empezó a hablar a sus padres de Juan Ramón y Zenobia, el abuelo Julián, percibiendo la fogosidad de su hija hacia la pareja, intentó calmarla en su entusiasmo. Su madre, intuyendo el estado anímico de Marga, se preocupó mucho. Por primera vez su hija le ocultaba algo. Sabía que sufría en silencio, se lo decían la profunda tristeza de sus ojos y su actitud distante y decaída. Marga se inventaba historias para salir y entrar, para encerrarse en su cuarto, para no comer. Su padre, dándose cuenta de la situación, conminó a la abuela para que hablase con su hija: «tú tienes buena mano con ella, entérate qué le pasa y aconséjala» le dijo convencido de su éxito. Por aquellos días, el abuelo andaba un poco nervioso pues tenía que ingresar en el hospital para que le operaran de una hernia y estaba ocupado escribiendo cartas y dejándolo todo preparado en su trabajo para cubrir sus días de ausencia. La abuela intentó hablar con Marga, pero ésta se escabullía siempre, encontraba una disculpa para no quedarse a solas con ella. Su madre, alarmada, una mañana entró en su cuarto y la increpó:

—Marga, tenemos que hablar.

Marga la miró impaciente, adivinando lo que se le venía encima. No quería explicar a nadie sus sentimientos. Ni siquiera a su madre. Ella tampoco los entendería. Su pasión era insaciable, ilimitada. Ya lo tenía todo decidido.

—Ahora no, mamá —contestó—, salgo corriendo para el taller.

Y diciendo esto trató de escaparse por la puerta. Su madre con un movimiento rápido la agarró por la muñeca, y le gritó:

—¡Marga, por favor, no me rehúyas!, ¡tenemos que hablar!

Miró a su madre con empatía. Se imaginaba lo que estaba pasando por su cabeza. Sabía que de toda su familia, ella era la única que había captado la magnitud de su sufrimiento. Pero esta vez su madre no la podía ayudar, tenía que hacerlo sola. Se soltó de sus manos y le dijo con voz firme:

—Mamá, hablaremos más tarde, te lo prometo, ya encontraremos otro momento.

Su madre la dejó marchar. Un sentimiento de frustración se apoderó de ella. Su hija estaba allí, sufriendo ante ella y sin poder hacer nada. Quería respetar su intimidad, ya era mayor, estaba en su derecho pero, ¿cómo puede una madre mantenerse aparte mientras su hija languidece? Quizá debiera hablar con su marido, explicarle la gravedad de la situación. Esto era algo más que un capricho de niña mimada. Su padre la podía hacer entrar en razón, Marga siempre lo

había respetado mucho. La abuela Margot sabía que, en el fondo, ella era la única persona en el mundo que de verdad podía ayudar a su hija. No, pensó, ¡no esperaría hasta más tarde!, hablaría con ella de inmediato, aunque tuviera que coaccionarla. Peinó sus cabellos, pintó ligeramente sus labios, cogió su bolso y salió a la calle con premura.

La abuela Margot abrió la puerta del taller con la llave que Marga le había confiado para casos de emergencia. Contempló a su hija desde la puerta sin atreverse a entrar. El quejumbroso sonido de un violonchelo invadió sus oídos. Marga estaba recostada en el hueco de la ventana mirando hacia fuera. Escribía en su cuaderno de tapas negras con una fuerza febril e inusitada. Su madre no quería interrumpir ese momento de desahogo, ella también tenía un libro escondido donde escribía su alma cuando Julián estaba arriesgando su vida en el campo de batalla. Oyó un ruido seco proveniente de la ventana. Marga se había percatado de su presencia y cerró de golpe su diario, como pillada en falta:

—Mamá, ¡qué haces aquí...!

Un silencio denso se interpuso entre las dos, sólo se oía el quejido del violonchelo. A la abuela Margot no le salía la voz, quería que hablara el sentimiento. Corrió hacia su hija, muda por la emoción, y rodeándola con sus brazos la apretó contra su pecho como cuando era niña. Ninguna de las dos podía hablar porque ambas sentían su dolor como si fuera sólo uno. Se mecieron juntas durante un largo rato, quizás fueran minutos, hasta que la angustia comenzó a abandonarlas. Marga se sentía segura en los brazos fuertes de su madre, el calor que le traspasaban entibiaba su frío interior. Fue Marga la primera en romper el silencio:

—*Es* inútil mamá, nadie me puede ayudar, ni siquiera tú...

—Hija, ¡no digas eso! —le replicó con ternura—, todos estamos aquí para ayudarnos, no me rechaces, por favor...

—Mamá, tú no lo entiendes —siguió Marga obstinada—, hay cosas que una tiene que resolver por sí misma. No sabría ni cómo empezar...

—Pequeña mía —dijo acariciándola con ternura—, no tienes que explicármelo, sé que sufres porque te has enamorado de Juan Ramón.

Marga la miró por un momento con la sorpresa reflejada en los ojos, pero enseguida continuó:

—No mamá, es más que eso, ¡le quiero!, ¡le amo...!, él es... toda mi vida..., mi sueño. No lo puedes comprender, porque tú no lo sientes...

La abuela Margot la miró entristecida. Sí, ella la comprendía, pero también estaba segura de que su hija estaba equivocada. Ella misma había vivido una experiencia similar con su marido, aunque en este caso, fue Julián quien se arriesgó a casarse con ella. Tenía que

contárselo, pero su marido era una persona tan discreta e introvertida que si lo revelaba a alguien, incluso a su hija, lo consideraría casi un sacrilegio. Pero no, éste era el momento, pensó Margot, era mucho más importante tratar de ayudar a su hija.

—Mar guita, te voy a contar una historia, que espero mantengas siempre en secreto. Tu padre me mataría si supiera que te la he revelado.

Marga se limpió las lágrimas y asintió con la cabeza,

—Antes de conocerme, tu padre estaba locamente enamorado de María, mi mejor amiga. Estaban a punto de casarse, cuando los padres de ella decidieron regalarle un viaje de despedida de soltera y se embarcó con ellos rumbo a la India. Las cartas de María a tu padre se empezaron a distanciar. Julián intentó ponerse en contacto con ellos, incluso estuvo a punto de embarcarse en su busca, pero esta acción hubiera significado el final de su prometedora carrera y tuvo que contentarse con esperar pacientemente su regreso. Fue muy penoso para los padres de María explicar a Julián por qué su hija había decidido quedarse en una misión perdida entre las montañas del Cachemira. La India había sido una experiencia demasiado fuerte para ella y sus prioridades dejaron de tener la importancia de antes. La vida, de repente, le mostraba otro cariz distinto. Tu padre tardó mucho tiempo en reponerse del golpe, y en el fondo, siempre pensó que al cabo de un tiempo María se cansaría y volvería a él. Estaba convencido de que un amor como el suyo no podía acabar así, ¡no era justo! Sin embargo, María nunca regresó, y tu padre no volvió a tener noticias de ella.

Marga interrumpió a su madre, conmovida:

—¡Yo no me hubiera resignado!, la hubiera seguido hasta los confines del mundo. Me hubiera conformado tan sólo con mirarla.

—Pero, Marga, tu padre también pensaba así, también quería seguirla, reconquistarla; pero..., aquí es donde yo aparezco, ayudando a tu padre a superar el dolor...; lo demás hija mía, tú lo sabes muy bien.

—Sí, mamá, yo sé que tú eres, y siempre serás, la mujer de su vida...

—¿Lo ves, Marguita?, tu padre tampoco pensaba que volvería a amar. Sin embargo, con el tiempo se dio cuenta de que el amor que sentía por mí era lo que siempre había soñado. Hija, eres demasiado joven todavía para decidir qué Juan Ramón es el único amor de tu vida, ya pasará, el tiempo lo dirá... No te obsesiones, con él, la obsesión y el amor son dos cosas diferentes...

—¡Mamá, por favor! —la interrumpió gritando—, ¡yo sé lo que es el amor porque lo siento dentro...!, ¡aquí..! —y se golpeó el pecho con fuerza—. No me hables del tiempo, ni de la edad, ¿qué tendrá que ver

todo eso con el amor? ¿Es que no me entiendes...?, ¡yo le amo!, ¡le amo!, ¡sobre todo...!, ¡a pesar de todos...!

La abuela Margot miró a su hija desconsolada. Era inútil. Marga estaba aferrada a su amor por Juan Ramón y nada que le dijera la podría hacer cambiar de opinión. Le parecía irónico que ella, que en su momento había salvado a su marido de la desesperación, ahora que su hija la necesitaba en un caso similar, se sintiera frustrada e impotente ante la imposibilidad de poderla ayudar. La abuela Margot se separó dulcemente de Marga y mirándola a los ojos le dijo muy bajo:

—Me da miedo cuando hablas así. Por favor, Marga, recapacita, piensa en todo lo que te he dicho. No te desesperes. Refúgiate en tu trabajo ya que no quieres refugiarte en nosotros.

Marga, más calmada, la miró conmovida mientras la veía caminar hacia la puerta, pero antes de que su madre desapareciera por el umbral, le dijo emocionada:

—¿Sabes, mamá?, siempre he deseado que Juan Ramón me mire alguna vez a mí como papá te mira a ti.

Marga se quedó sola, contemplando absorta los débiles rayos del atardecer que se filtraban a través de la ventana. Se hacía tarde. Abrió su diario que había mantenido cerrado mientras hablaba con su madre. Lo abrió de golpe como si le faltara el aire. Sí, allí estaba su vida, su liberación. Una extraña quietud se apoderó de ella mientras leía con voz firme la última fiase:

...Pero en la muerte, ya nada me separa de ti... sólo la muerte... sólo la muerte, sola... y, es ya... vida ¡tanto más cerca así...! ¡Muerte... cómo te quiero!

Al día siguiente la tía Marga se levantó muy temprano. No había pegado ojo en toda la noche pues había sentido la acuciante necesidad de volcar todas sus emociones y sentimientos en su diario. Pero se encontraba lúcida, y con una fuerza interior especial. Se arregló con esmero, quería estar guapa y elegante en su último día. No debía pensar en nada, lo tenía ya todo decidido y preparado. Fue al despacho de su padre, tomó la llave que él siempre escondía en un cajoncito de su secreter y abrió la vitrina donde guardaba sus armas de fuego. Cogió el revólver más pequeño y manejable, y varias balas. Lo envolvió todo cuidadosamente en un paquete y salió del despacho sin hacer ruido. Nadie se había levantado todavía. Recorrió la casa en silencio, quería verlo todo por última vez, llevarse con ella las imágenes. En su cuarto vio su diario de tapas negras encima del escritorio, lo cogió casi sin pensarlo, lo apretó contra su pecho; allí se encontraba entero su sufrimiento. Ahora que emprendía un viaje sin

regreso se lo daría a Juan Ramón. Por fin podía hablar, romper el silencio. Avanzó deprisa por el pasillo, no quería ver a nadie, las fuerzas le podían flaquear. Sus hermanos dormían. Se paró delante de la puerta del dormitorio de su madre, sabía que estaba sola, no podía resistir la tentación de verla por última vez, aunque esto fuera arriesgado. Abrió la puerta poco a poco, la oscuridad la invadió de golpe. Andaba de puntillas guiándose por el ritmo acompasado de la respiración de su madre. Sus pies chocaron con algo firme; ya estaba al lado de la cama. Sus ojos se habían acostumbrado a la densa negrura del cuarto y vio, entre las sábanas blancas de hilo fino, el pálido rostro de su madre enmarcado por los rizos negros y rebeldes de su magnífico cabello. Quería abrazarla, pedirle perdón por el horrible sufrimiento que, con toda seguridad, le infligiría. Se sentía egoísta, cobarde; pero no, ¡tenía que hacerlo!, ¡era su única salida! La miró unos minutos sin atreverse a tocarla. Quería llevarse ese recuerdo plácido de su madre; que esa imagen tan serena le infundiera fuerza cuando llegara el momento.

Era una mañana de julio, clara y apacible. La ciudad comenzaba a despertarse, Marga ya no tenía prisa, en su casa había anunciado la noche anterior que estaría todo el día trabajando en el taller desde muy temprano por la mañana. La ausencia de su padre, que se hallaba todavía ingresado en el hospital, había sido providencial para que Marga pudiera llevar a cabo sus planes hasta el final. Con su padre en casa hubiera sido más difícil robar el arma sin que él la echara en falta. Sintió miedo y compasión por la reacción de su padre, sin duda se sentiría fatal; ¡su querida hija, se mataba con uno de sus revólveres durante su ausencia! El abuelo, héroe de guerra, ganador de tantas batallas, padecería hasta el final de sus días la frustración y el dolor de haber perdido la única batalla importante de su vida. Marga recorría las calles del Madrid que tanto había amado y que pronto abandonaría para siempre. Se alejó de su barrio, quería pisar calles desconocidas, mezclarse con la gente, ser una más para poder así aligerar el peso de su mente y quitar importancia a ese acto brutal que estaba a punto de cometer. Pasó varias horas deambulando por la ciudad, sin rumbo fijo. Cuando consiguió serenarse, sus pasos la condujeron hasta el portal donde vivía Juan Ramón. Sabía que éste se levantaba temprano para trabajar. Quería verle a solas, despedirse de él, de su amor, de su vida. Pero en realidad, ¿por qué iba...? esta última visita no entraba dentro de sus planes. Quizá tenía la esperanza de que él adivinara sus intenciones, que no la dejara irse, que la detuviera con una palabra, con un gesto, con tan sólo una mirada. ¡Hubiera sido tan fácil detenerla! Marga subió las escaleras de dos en dos, tiñendo de color sus pálidas mejillas — Subía corriendo con la ilusión de una enamorada, una novia que va a encontrar a su futuro esposo, a su

dueño, a su amado. Juan Ramón la recibió serio y un poco adormilado en su despacho; no había dormido bien aquella noche, últimamente padecía de insomnio. Había tenido sueños confusos que ya ni siquiera recordaba. Marga lo miraba embelesada. Hablaron, como de costumbre, de las últimas exposiciones que habían visto, de las esculturas que estaba preparando y de otros proyectos de libros que tenían en común. Marga estaba triste y lo disimulaba bien, pero pedía que Juan Ramón fuera más allá de las palabras. ¿Cómo era posible que estando tan cerca de la muerte, su amado, creador de palabras y de emociones, no la intuyera? ¿Es que no vio el gris turbio de sus ojos..., ni su cabeza, siempre tan erguida, desplomada entre sus hombros? ¿Es que no oyó su risa tan triste..., ni el suspiro entrecortado..., ni le extrañaron sus manos casi inertes? ¿Por qué no comprendió sus silencios...? ¿Por qué no escuchó su agonía...? La desesperación de Marga alcanzó su límite cuando Juan Ramón, amable y solícito, le recordó otra vez que debía viajar a París o a Londres para estudiar, incluso le ofrecía una maleta de regalo. Marga no podía creer lo que estaba oyendo; el poeta, el hombre de su vida, le estaba sugiriendo un viaje para... ¿deshacerse de ella? «Pero..., ¿es que quieres que me vaya?» le preguntó Marga con las lágrimas asomándole a los ojos. «No —le contestó Juan Ramón—, pero es más importante que te hagas artista». Me imagino cómo se sintió Marga en ese momento, su mundo se había derrumbado por completo. ¿Cómo podía seguir viviendo? Sí, tenía razón Juan Ramón, emprendería un viaje, un viaje sin paradas ni refrigerios, un viaje final y sin regreso.

Marga se levantó bruscamente del sillón, «tengo que irme corriendo» —le dijo a Juan Ramón sin apenas mirarle a la cara. El paquete donde se escondía el revólver y las balas yacía amenazador en el centro de la mesa de despacho. Había permanecido allí, inmóvil, entre los dos, como un cadáver, escuchándolos, separándolos, apuntándolos. Solamente tenía que haber alargado un poco el brazo Juan Ramón para haberlo descubierto todo, pero ése no era su destino. El poeta miró el envoltorio distraído mientras Marga lo recogía y, en su lugar, depositaba su diario. Juan Ramón no salió con ella a despedirla a la puerta. Ya estaba tan acostumbrado a las idas y venidas de Marga que le dijo adiós desde lejos, con un sencillo movimiento de manos. Marga se detuvo antes de abrir la puerta de la calle. No podía irse así, sin más. No era ésta la despedida que había planeado, ¡era mucho más amarga! Apoyó su cabeza en la puerta y empezó a llorar suavemente. La doncella se asomó por el pasillo, extrañada, preguntó a Marga: «¿Le pasa algo, señorita?». Por un momento Marga tuvo la falsa esperanza de que esa pregunta se la hubiera hecho Zenobia o Juan Ramón, deseaba que la detuvieran, que la forzaran a quedarse con ellos. Pero al girarse, sólo encontró los ojos

alarmados de aquella persona tan ajena a su dolor y, mirándola a través de sus lágrimas, cerró la puerta lenta e irremediablemente.

Bajó las escaleras secándose las lágrimas con una energía nueva. Sí, quizá este encuentro con Juan Ramón era justo lo que ella necesitaba para inyectarse el valor suficiente y poder apretar el gatillo. Se reafirmaba en su decisión, sentía hasta un cierto alivio, como el enfermo que por fin descubre su enfermedad aunque ésta sea grave o terminal. Marga ya sabía con certeza que tenía que morir. Las dudas, la incertidumbre, los sentimientos de culpa la habían abandonado instantáneamente. Sentía su mente clara, ligera, transparente. De repente, sabía lo que tenía que hacer, como si un impulso le obligara a ello. Se dirigió rápida al taller, era un espacio grande y luminoso. Sus esculturas la miraban desconcertadas, se erguían sobre sus peanas, olvidadas e inacabadas. La mirada de Marga buscó el busto de Zenobia, lo cubrió con un paño oscuro. No quería que viera toda la destrucción que sobrevendría en unos segundos. Ella sería la única superviviente, sería un mudo testigo de su derrumbamiento. Puso la música lo suficientemente alta como para no asustar a los vecinos. Tenía que destruir su obra. Era como una madre que se resiste a abandonar a sus hijos indefensos. Tomó su cincel y un martillo y empezó a destrozar sus esculturas golpeándolas, una a una. Era una ejecución fría y precisa. Pensó en lo distinto que había sido para ella el momento de creación, todo pasión y levedad, excitación y entusiasmo, mientras sentía la materia transformarse entre sus dedos, tomar vida. Ella, que les había otorgado la existencia, ahora era su verdugo. Marga acabó exhausta. Sabía que había dado el paso definitivo, ya no podía retroceder. Estaba medio muerta. Se tiró al suelo cubriéndose la cara con sus manos, manos de asesina —pensó— ensangrentadas y heridas. No quería ver la desolación que le rodeaba, los restos mutilados de sus obras esparcidos por el suelo. Se acunó entre sus brazos buscando algún recuerdo que amainara su dolor. Y entonces apareció ella, su madre, que venía entre sueños para recitarle otra vez ese poema de Juan Ramón que tanto le gustaba y que decía:

Desde entonces, ¡qué paz!,
no tiendo ya hacia Juera
mis manos. Lo infinito
está dentro. Yo soy
el horizonte recogido.

Sí, incluso en los peores momentos Marga encontraba consuelo en las palabras de su amado. Ella sabía que la acompañarían siempre hasta después de su muerte. Sentía que la mitad de su vida ya la había abandonado, ahora le quedaba lo más duro y difícil de aniquilar: su

cuerpo.

Salió del taller anonadada. Era una muerte lenta la que se proponía. ¿Por qué no?, más lentas habían sido sus noches y sus días sin Juan Ramón; sin poder gozar de su mirada, sus besos, o su sonrisa. Buscó un taxi que la llevara a un pueblo fuera de Madrid. Había decidido ir hasta Las Rozas, a un chalet propiedad de sus tíos. Era el perfecto escenario para abandonar este mundo, allí nadie la molestaría. No fue fácil encontrarlo, no se fiaba de las caras de los taxistas. Buscaba a un hombre serio y digno que pudiera ser un testigo fiel de lo que iba a ocurrir. Estuvo tiempo observándolos hasta que encontró a uno que le llamó la atención. Era un hombre de edad indefinida y constitución fuerte, tenía el pelo entrecano y los ojos oscuros. Su mirada era tan penetrante y profunda que Marga sintió un escalofrío. Pensó que esos ojos ya habrían visto a la muerte. Se subió al taxi y le dio la dirección. El taxista no pareció extrañarse de que quisiera ir fuera de Madrid. La media hora que duró el trayecto hasta Las Rozas fueron para Marga los minutos más largos de su existencia. Alguien le había dicho que cuando uno está a punto de morir se le presenta toda su vida como en una fotografía gigante. Todo fluye en un instante, y uno tiene el tiempo y la lucidez para decidir si muere o todavía no le ha llegado su hora. Marga estaba segura de que a ella ya le había llegado la suya. Miraba fijamente el cuello del hombre que la conducía a su muerte; si se girara y le sonreía, ¿cambiarían las cosas? ¿Por qué no la miraba? ¿Por qué no decía nada? Lo había elegido bien, era el Virgilio de su último viaje, su perfecto ángel custodio. Entraron por el caminito del jardín y se detuvieron enfrente de la casa. Marga bajó del taxi y le pidió al conductor que se esperara unos minutos pues tenía que recoger unas cosas antes de regresar a la ciudad, y diciendo esto le deslizó unos billetes en su mano derecha. El taxista, o ángel mensajero, asintió con la cabeza sin decir palabra, parecía comprenderlo todo. Marga pidió la llave de la casa a la guardesa; petición nada sorprendente puesto que ella los visitaba con su familia a menudo. Subió a su cuarto favorito, se sentó en el escritorio, abrió su bolso, y sin perder un momento sacó su pluma, cogió una cuartilla blanca que había en uno de los cajones y empezó a escribir:

Zenobita... vas a perdonarme... ¡Me he enamorado de Juan Ramón! y aunque querer y enamorarte es algo que te ocurre porque sí, sin tener tú la culpa... a mí al menos, pues así me ha pasado... Lo he sentido cuando ya era... natural...,

que si te dedicaras a ir únicamente con personas que no te atraen... o te repugnan... quitarías todo peligro... pero eso es estúpido; en fin, me he enamorado de Juan Ramón... y siendo tu amiga... aquí ya está mi culpa...,

le he dicho... que le quiero .y le he pedido que se case conmigo...

...¡estaré loca!...

pero como él... te quiere, ¡te quiere!... pues me ha dicho... que no... que nunca...

...Perdóname... porque si me hubiese dicho que sí... ¡ay...! a pesar de que la idea de amistad es para mí sagrada... y tú eres mi amiga... y de verdad te quiero mucho... y me gustas mucho... pues... ¡con ser todo eso tanto!... yo habría pasado por todo... por todo lo que fuese preciso... pero claro como soy yo sola a querer... creo mucho mejor matarme ya... que sin él no puedo... y... con él no puedo... perdóname Azulita... por lo que si él quisiera yo habría hecho.

Marga

Marga metió la carta en un sobre y lo selló con saliva. Tenía que darse prisa, todavía quería escribir otras dos. Miró a través de los visillos transparentes de la ventana. El taxista se había sentado en los escalones de la entrada como un perfecto *Cancerbero*, miraba serio el paisaje, no parecía impacientarse. Cogió otra cuartilla y empezó a escribir a su hermana.

Consuelin, me he matado porque no podía ser feliz... y no quería no serlo... es un egoísmo enorme ...quizás... el mayor acto de egoísmo que cabe hacer ...y no me he expansionado contigo... ni con nadie... no por falta de cariño... es que cuando se está muy triste... y lo triste no tiene arreglo...

...no se expansiona uno.

Sólo le quedaba una carta: la más difícil de escribir, porque de las tres, ésta era la que haría más daño a sus destinatarios.

Perdonadme, os lo suplico... madre cita mía, p apetito, perdonadme por ser tan egoísta. Mamá no te desesperes pensando en... la pena eterna... matarse es en mí una crueldad horrible por vosotros... pero aparte de eso no es siquiera malo. Y justamente porque creo en Dios siento así.

Hago esto... porque siento que nunca podré ser feliz... vuestra niña egoísta... no os imaginéis que he hecho nada malo...

Y aunque no os parezca verdad... de verdad os quiero muchísimo... SI.

A papá un beso. A mamaíta un beso

La mano te temblaba, Marga, cuando apartaste las cartas a un lado de la mesa. Y te temblaba aún más, cuando la adentraste en la oscuridad de tu bolso para sacar el revólver. Es difícil aproximarse a lo que tú pudieras estar pensando en esos momentos, o el dolor que sentías, o el frío... o la angustia... o el miedo. ¿De dónde sacaste la fuerza para levantar el brazo y dirigirlo a la sien? ¿De dónde la

fortaleza para apretar el gatillo? Sé que estuviste lúcida hasta el final pensando siempre en tu amor, en tu amado. Las tres cartas que escribiste justo antes de atentar contra ti misma nos lo demuestran. Te excusaste con Zenobia por lo que no hiciste, por lo que podías haber hecho. Con Consuelo, te reprochaste tu acto egoísta. Y a tus padres les dejaste tu amor y les pedías perdón. No perdiste tu mente en ningún momento, siempre fuiste dueña de tu acción brutal y violenta, Marga, ¿qué hiciste para merecer este final? ¿Es que el sentimiento del amor no fue lo suficientemente fuerte como para mantenerte viva? ¿Es que el sentirlo así, tan en extremo, no era ya por sí sólo suficiente? Desearía que hubieras cambiado tu destino saliendo de aquel cuarto y subiéndote en el taxi que te esperaba para llevarte de regreso a Madrid, donde habrías recogido y limpiado tu taller y, más tarde, habrías emprendido ese viaje de estudios que te hubiera alejado de ese sentimiento tan innecesariamente asesino. Pero no fue así, Marga, tu destino siguió su camino a pesar de todo. Te llevó derecha hasta tu muerte, y yo ahora tengo que pasar por el dolor y la amargura de imaginarlo, de contarlo, de describirlo en detalle. Pero yo no puedo, Marga, ¡no puedo...!, por favor, cuéntamelo tú, cómo lo hiciste, lo que sentiste, cuánto duró...

«Ya me iba llegando la hora, Marga, saqué el revólver. Era pequeño, frío como un cadáver y de tacto sorprendentemente suave. Lo acaricié mientras cerraba los ojos, lo sentí como si fuera otra mano, otra piel. Era una despedida a la vida y un saludo a la muerte. No era tan fácil como me lo había imaginado la noche anterior recostada en la ventana de mi cuarto. No, no era tan fácil. Un estremecimiento me recorrió el cuello, ¿qué pasaría si no me mataba del todo?..., ¿si quedaba maltrecha o lisiada, como un vegetal, a la vista de mi amado? Ese sería mi mayor infierno, ¡el castigo que yo merecía por no haber querido sufrir más! Marga, mi querida sobrina, si te hubiera tenido cerca, si el tiempo no nos hubiera mantenido tan alejadas, te lo hubiera pedido a ti. Yo sé que aunque tú no compartieras mi decisión, me habrías ayudado y acompañado en aquellos duros momentos. Pero me encontraba sola, más sola que nunca en mi vida. Cuando vine al mundo también estaba sola y asustada deslizándome por ese túnel oscuro de sangre y de dolor, pero al ver la luz, mi madre me recogió entre sus brazos. Y ahora, pensaba, que estoy a punto de atravesar la oscuridad, ¿quién me recogerá en sus brazos? Llamé a mi madre desesperada: "¡Madrecita... mamaíta...!, ¿dónde estás?". No podía flaquear, ¡ése era el momento! Mi cuerpo temblaba casi convulsivamente, pero mi mano, con un pulso y una fuerza extraordinaria, casi perversa, acercó la boca del revólver a mi sien derecha y, sin pensarlo, apreté el gatillo».

«Lo demás, Marga, tú ya lo sabes tan bien como yo. Al oír el disparo, la guardesa y el taxista subieron atemorizados y descubrieron mi cuerpo. ¡Pobre taxista!, él no se podía imaginar, ni remotamente, por qué su espera se había alargado tanto. La ambulancia me trasladó agonizante al Sanatorio Omnia. Cuando ataron mi pobre cuerpo a la camilla para meterme en la ambulancia, no sentí nada. No podía moverme pero lo oía todo perfectamente. ¡Había ocurrido lo peor!, ¡no me había matado!, al menos, no del todo. Sin embargo, sentía una paz interior difícil de explicar. Por primera vez, la angustia, ese nudo que últimamente se alojaba perenne en mi garganta, me había abandonado. Sí, ¡estaba muerta!, eso debía ser la muerte; el no sentir, la entrega, el abandono total. Esperaba serena mi separación con el cuerpo. ¡Mi pobre cuerpo!, ¡el que tanto había cuidado, del que tanto antes me había preocupado! ¿Qué aspecto tendría ahora?, no, no quería pensar eso cuando ya estaba a punto de abandonarlo. Sabía que lo conseguiría, que moriría en unas horas. Me llevaron a un cuarto blanco, casi traslúcido, me acuerdo que la luz me cegaba, ¿era la luz de la muerte, el desconocido destello al final del túnel?, o... ¿era la luz potente de la sala de operaciones? No, de eso no recuerdo nada, ni me interesaba entonces. Sabía que el pretender salvarme la vida era un esfuerzo inútil, pero no podía hablar, ni moverme, ni nada...».

«Mamá estaba muy preocupada. Se había pasado toda la mañana llamando al taller, pero nadie le contestaba. No sé por qué se imaginó que estaba en casa de Juan Ramón y lo llamó por teléfono después de comer. Zenobia y Juan Ramón salieron a la calle preocupados. Me estuvieron buscando por todas partes, preguntando en los cafés que solía frecuentar. Cuando fueron al taller y el cantero les dijo que yo había estado allí por la mañana y había destruido todas mis esculturas, se temieron lo peor. Quizá Juan Ramón había visto algo en mis ojos aquella mañana pero no se lo llegó a creer del todo. La doncella le había comunicado que yo había abandonado su casa llorando. Juan Ramón, ¿por qué no me buscaste entonces? Por qué no saliste a la calle corriendo y me gritaste: ¡no lo hagas!, ¿por qué no me detuviste...? Ahora ya es demasiado tarde. Tu angustia, tu dolor, tu... ¿culpabilidad?, ya no se pueden evitar, ni tienen sentido».

«Los vi a todos una vez más. Lloraron, me abrazaron, me hablaron y alentaron. Mamá se acercó a mi oído todavía ensangrentado, y me dijo llorando con entereza, "hija, vive si tienes que vivir, si no, espérame en el cielo". ¡Mi madre, mí maravillosa madre!, siempre ha sabido consolarme, tranquilizarme, ¡gracias por tus palabras, por tus brazos, por tu amor! Pero todos se fueron, uno a uno. Salieron del

cuarto y te ¡dejaron a ti solo, Juan Ramón. Por fin te tenía sólo para mí. Por fin estrechabas mi mano entre las tuyas, por fin. ¿Era necesario llegar a esto para que pudiera sentir tu calidez? ¿Tenía que sacrificar mi vida para poder tenerte a mi lado? Fueron las horas más felices que pasé contigo, Juan Ramón; momentos en los que no deseaba nada de ti, tan sólo tu mirada, el tacto de tus manos, tus palabras entrecortadas, tus lágrimas que vi por primera vez. ¡Gracias muerte!, mi mente deliraba, ¡por haberme entregado a mi amado! Ahora sería más difícil morir por no querer separarme de ti. Fue una agonía larga para vosotros…, pero corta para mí… porque el dejar de ver— te significaba mi muerte… y yo no quería dejar de verte… no… ¡Agonía gloriosa…!, gritaba en mi silencio, ¡alárgate en tu recorrido…!, ¡no me abandones todavía… no…! Y poco a poco…, suavemente, mis dedos se deslizaron de los tuyos… y la oscuridad me llenó toda…».

XV

LOS PÁJAROS notaron tu ausencia, Marga. ¡Volabas con ellos tan a menudo! Te llamaban, pero tú ya no respondías. A veces yo los escuchaba porque me hablaban de ti. Pero ya no es necesario recurrir a ellos, Marga. Estoy contenta porque al fin te he liberado del cajón secreto donde te habían enterrado. Estoy feliz, porque ahora ya puedes echarte al vuelo de nuevo, grácil y ligera, como eras tú. Tu espíritu ha dado forma a mi recuerdo y me ha empapado de tu ser. ¿Quién puede decir que tu muerte haya ocurrido en vano?, muchos lo creerán, yo ya no lo creo. ¿Habría aprendido más a través de tu ejemplo en la vida real, que de tu recuerdo? Quizá, pero de lo que sí estoy segura es de que tu paso por este mundo no me fue indiferente y marcó, junto con el abandono paterno, mis primeros pasos adolescentes. Ya puedo gritar tu nombre, Marga, al cielo, al mar, a los hombres. Tu memoria fluye libre, ligera, en nuestras mentes.

La lluvia cae fina y lenta sobre mi cabeza. Los recuerdos se enredan como la hiedra en mi memoria. Me duele la mente de tanto recordar. El tiempo transcurre lento, insoluble, sin dolor ni arrepentimiento. Sigue hacia adelante, estoico, como el río en su cauce, como el viento en su aullido. Somos como hojas de los árboles que vivimos arropados y apiñados hasta que en el otoño dejamos de pertenecer. Pero tú no te has ido todavía, Marga. Al menos mientras yo resista este duelo con la vida. Pues la muerte no es el morir sino el ser olvidado, y yo te recordaré siempre. Aprendí a moverme en el mundo de lo invisible para poder capturar los fantasmas que tanta compañía me hacían de pequeña. Entraba y salía con sutileza sibilina para no despertar a las ánimas durmientes. Allí te presentí por primera vez, acurrucada en un rincón del alma, etérea y olvidada. Entonces no tenías nombre, eras toda aire y armonía. Tu aliento despertó mi sueño y sentí tu abandono como el mío. Más tarde reconocí tu nombre, Marga, y surgiste de lo oscuro para acompañarme en mi dolor. Te liberé de la herrumbre del cerrojo para descubrir tu enigma, y dar forma a tu memoria. En la vida, fuiste tú víctima y verdugo, mártir de tu corazón y suicida de tu amor. En la muerte eres ensueño, arte, magia e inspiración.

La lluvia cesó de repente. Olía a tierra mojada. Aspiré con fuerza, éste era el olor que me hacía sentir más cercana a mi juventud. Casi sin darme cuenta me encontré dentro del Retiro. La lluvia había ahuyentado a los paseantes y el parque estaba desierto. Caminaba absorta por la alameda que desemboca en el estanque, repleta de

árboles y estatuas. A lo lejos vislumbré una figura diminuta que caminaba hacia mí. Era algo inquietante y un tanto fantástico contemplar, en la inmensidad de un parque solitario, cómo la silueta pequeña de un cuerpo, casi espectral, se aproximaba a mí poco a poco. Cada vez que se acercaba más, la figura iba adquiriendo una forma más definida. Era el cuerpo de un adolescente tan lánguido y ambiguo que se me hacía difícil distinguir su sexo. Apenas se movía, parecía deslizarse, o más bien arrastrarse tenuemente. Cuando lo tenía casi enfrente, me impresionaron sus ojos; eran grises, profundos y rasgados, con una expresión, no sabía bien si de tristeza o complacencia, pero sí de complicidad. Al instante la reconocí. Era la mirada que encontré en la primera foto que admiré de Marga, cuando ésta era pequeña y sostenía a mi padre entre sus brazos. Era ella, estaba segura. Me volví de inmediato para observarla de lejos, y vi que había arrojado un papel blanco al suelo. Traté de correr detrás de ella, quería verla, hablarle, pero algo me detuvo. Recogí el papel húmedo. Me sobrecogió la letra extrañamente familiar, y leí emocionada:

Y un grito aterrador
acompañó mi vertiginoso descenso
al abismo.

Un pájaro malva paralizó su vuelo.

Y el sol se oscureció
de tanto amor[2].

notes

Notas a pie de página

[1] Alianza Editorial, Madrid, 1987. (N. del E.)

[2] Marga Clark, del poemario El olor de tu nombre, Huerga y Fierro editores, 2007.